

[COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO.]

ADVERTENCIA SOBRE EL COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MATEO.

I. En la interpretación de las Escrituras, Hilario ocupa el primer lugar entre los latinos. Qué opinaba sobre los escritos de Tertuliano.---Jerónimo, al enviar a algunos que se lo solicitaban la versión de los tratados de Orígenes sobre Lucas, incluyó este Comentario de Hilario junto con otro de Victorino, alegrándose de que los latinos también se hubieran dedicado desde hace tiempo a la interpretación de las Escrituras. En el prólogo, que precede a la explicación de Orígenes sobre Lucas, dice: "He decidido enviaros en pocos días los comentarios del elocuentísimo Hilario y del bienaventurado mártir Victorino, que publicaron sobre Mateo con diferente estilo, pero con la misma gracia del Espíritu, para que no ignoréis cuánto interés tuvieron también nuestros compatriotas (es decir, los latinos) por las santas Escrituras en tiempos pasados". Con estas palabras, Jerónimo indica de alguna manera que hasta entonces la comprensión de las sagradas letras se había buscado en los griegos, y que aún no eran bien conocidos aquellos latinos que habían emprendido el mismo estudio. En su libro sobre los escritores eclesiásticos, si exceptuamos a Victorino, quien también conocía el latín no tan bien como el griego, no menciona a nadie antes de Hilario que se haya dedicado a las Escrituras, salvo al obispo Rético de los heduos en el Cantar de los Cantares, y a Fortunaciano de Aquilea en los cuatro Evangelios con un estilo breve y rústico. Siendo Hilario contemporáneo de estos, si no se le puede dar el primer lugar entre los intérpretes latinos de la Escritura, ciertamente se le puede contar entre los primeros. También se puede dudar si sabía que el evangelio de Mateo había sido explicado por algún latino antes que él. Pues no parece que hubiera emprendido la exposición de este si hubiera sabido que ya estaba hecho en latín; ya que, como él mismo testimonia en el capítulo 5, se abstuvo de escribir sobre la oración del Señor porque Cipriano ya la había explicado. En ese lugar no omito mencionar también el muy adecuado volumen sobre la misma oración escrito por Tertuliano, pero debido al error subsiguiente del hombre, se le restó autoridad a sus escritos. Sería difícil creer que ignorara la obra de Victorino, si con Mariano en la edición de Jerónimo sobre los escritores eclesiásticos, el mismo Victorino debería escribirse como de Poitiers, y no más bien como en los manuscritos, ya sea de Pitavionensis, Petabionensis, Poetabionensis, o finalmente, como tiene el códice Germanensis escrito en letras merovingias, Pectabionensis, obispo en la Alta Panonia. Pero ya hemos oído de Jerónimo que los comentarios de ambos fueron escritos con diferente estilo. Por lo tanto, cuando Hilario cita las opiniones de otros en estos, no se debe entender que menciona tanto a los griegos como a los latinos.

II. Si en esta obra tomó algo prestado de Orígenes.---No faltan quienes piensan que, al igual que en los salmos, también aquí en Mateo, Hilario tomó prestados los sentidos de la Escritura de Orígenes. Las palabras de Jerónimo en su libro sobre los escritores eclesiásticos son ambiguas, cuando al enumerar las obras de Hilario dice: "Y el libro de himnos, y otro de misterios, y los comentarios sobre Mateo, y los tratados sobre Job, que tradujo del griego de Orígenes al sentido". Es incierto si se refiere solo a los tratados sobre Job como traducidos del griego de Orígenes, o también junto con ellos los Comentarios sobre Mateo. Pero él mismo resuelve la ambigüedad en la epístola LXXV, contra Vigilancio, quien lo acusó de que la lectura de Orígenes le era familiar, y responde en primer lugar: "Si esto es un crimen, que se acuse también al confesor Hilario, quien tradujo la interpretación de los salmos y las homilias sobre Job de sus libros, es decir, del griego al latín". Pues en este lugar, para una mayor defensa de su causa, no habría pasado por alto en silencio los Comentarios sobre Mateo, si también hubiera creído que fueron traducidos de Orígenes. Pero esto mismo se hace más evidente desde el inicio de su apología contra Rufino, donde enumerando a los antiguos

traductores de Orígenes, inmediatamente menciona a Hilario el confesor, quien tradujo casi cuarenta mil versos de Orígenes sobre Job y los salmos. Ciertamente, le habría sido más fácil enumerar un comentario completo que tantos miles de versos. O si pensó que el número de versos ayudaba a su causa, ¿por qué no por la multitud de obras? Además, al prometer esta obra de Hilario a quienes solicitaban los tratados de Orígenes, no dice que esté llena de las sentencias de Orígenes, sino de la gracia del Espíritu.

III. Estilo.---Pero tampoco hay una frecuente coincidencia entre este comentario y las obras que tenemos de Orígenes sobre Mateo. Este difiere principalmente de ellas en que rara vez se citan testimonios de las Escrituras para probar las cosas narradas. Tampoco se extiende ampliamente en el discurso; sino que casi siempre el discurso es conciso, abarcando mucho en pocas palabras: lo cual está lejos del método de aprendizaje de Orígenes. Al esforzarse por la brevedad, Hilario omite aquí y allá algunas palabras, y no siempre se adhiere estrictamente a las reglas gramaticales. Pero también toca algunos pasajes de la Escritura tan ligeramente que a veces no se entiende lo que quiere decir, a menos que se haya leído previamente la parte del Evangelio que está explicando. Él mismo, en su mayoría, recorre brevemente las palabras o hechos evangélicos, deteniéndose en ellos con el pensamiento. Luego, a veces indica el sentido literal con pocas palabras. Pero su principal y casi todo su esfuerzo se centra en investigar los sentidos espirituales y ocultos.

IV. Método de interpretación.---No solo el Antiguo Testamento, sino también el Nuevo, además de la simple comprensión, creía que estaba lleno de otra comprensión más alta, interior y espiritual: "La palabra de Dios", dice en el capítulo 12, n. 9, "es rica, y puesta para el argumento de la inteligencia, ofrece de sí misma una abundante cantidad de ejemplos: y ya sea entendida simplemente, o vista interiormente, es necesaria para todo progreso. Pero dejando de lado aquellas cosas que son evidentes para la comprensión común, detengámonos en las causas interiores". Con estas palabras declara que esa doble comprensión es útil y necesaria, pero que él se adhiere principalmente a la interior y espiritual; y esto porque la simple es obvia para cada uno por sí misma, no supera la comprensión común.

V. Derivada de los sentidos más íntimos de la Escritura.---Al abordar este método de interpretación, profesa en el capítulo 7, n. 8, que no sigue una opinión propia del ánimo, ni acomoda las Escrituras a sus pensamientos, sino los pensamientos a las Escrituras, con estas palabras: "No fingimos la inteligencia; sino que los mismos hechos imparten la inteligencia. Pues no la cosa sigue a la inteligencia, sino la inteligencia a la cosa". Confiesa ciertamente en el capítulo 19, n. 4, como también muy a menudo en otros lugares, que todas las cosas que están escritas (en el evangelio) fueron hechas y realizadas. Pero inmediatamente advierte que las cosas que se hacían bajo Dios (Cristo) llevaban la forma de los efectos presentes, de las cosas futuras: y así siempre en las Escrituras celestiales el discurso ha sido moderado, de modo que no menos a las cosas que se hacían, que a la semejanza de las que habrían de hacerse, convenían.

VI. Cómo indaga lo que el Espíritu Santo significa latentemente.---Para alcanzar lo que está prefigurado en los escritos o dichos evangélicos, suele observar el orden de los hechos, las propiedades de las palabras, así como la relación de los lugares, tiempos y personas: y habiendo considerado y examinado bien todas estas cosas, a veces sostiene que apenas pudo haber sido, que además del sentido literal, el Espíritu Santo quiso significarnos algún otro sentido espiritual. Por esta razón cree que a veces se deseaba algo para la perfecta exposición de las cosas presentes. "Como hemos advertido en los demás", dice en el capítulo 21, n. 13, "también aquí debemos recordar que a veces falta algo a la razón de las cosas presentes, para que la especie de las futuras se cumpla sin daño alguno para la eficacia de la prefiguración".

VII. Esto siempre lo hace salvaguardando la verdad histórica.---La necesidad de esta inteligencia espiritual, teniendo en cuenta la razón de las circunstancias, la expresa a veces de tal manera que, si no hubiera protestado a menudo que deseaba mantener intacto el sentido literal, parecería rechazarlo por completo. Creerías, por ejemplo, en el capítulo 10, n. 17, que niega, con las palabras: "Porque vine a separar al hijo contra el padre", etc., cualquier separación de los parientes carnales, a menos que ya antes en el capítulo 4, n. 19, donde son un escándalo para él, hubiera enseñado que es absolutamente necesaria por la autoridad de las mismas palabras. Por lo tanto, cualquiera que sea la manera en que declare que en las Escrituras debe entenderse algo diferente de lo que suena, esto debe ser entendido de tal manera que, como advierte en el capítulo 2, n. 2, recordemos que la verdad no se corrompe por el hecho de que a las cosas que han de hacerse se les sujete la razón de una inteligencia interior. Lo cual también enseñó en el Salmo CXXIII, n. 5, con estas otras palabras: "La fe en la historia no pelagra si creemos que a las cosas realizadas les corresponde y está unida una significación externa". Mientras busca diligentemente lo que está oculto bajo las palabras o hechos evangélicos, nada le resulta más familiar que el estado de la ley y el Evangelio, de la Iglesia y la Sinagoga, de los judíos y los gentiles o cristianos, que narra que fue prefigurado por esas palabras y hechos. En esto es bastante célebre la distinción de los judíos, es decir, de aquellos pocos que obedecieron al Evangelio, y de aquellos muchos más que resistieron.

VIII. Nomenclatura de esta obra.---Si realmente pronunció estas cosas al pueblo, es incierto. Más bien, cuando en el capítulo 19, n. 11, llama a esta obra "libro"; es seguro que no fue publicada a modo de sermones. En algunos manuscritos se titula: "Tratados sobre Mateo"; en otros: "Exposición sobre Mateo"; en otros: "Comentario sobre Mateo": nombre con el que Jerónimo lo llama constantemente, apoyado por el mismo Hilario, en el capítulo 5, n. 1, donde recuerda que se liberó de la necesidad de comentar sobre la oración del Señor gracias al bienaventurado Cipriano.

IX. Es indudablemente obra de Hilario.---No hay razón para detenernos más tiempo en atribuir estos comentarios a Hilario. Pues no solo los antiguos transmitieron que los comentarios sobre Mateo fueron publicados por él; sino que también coinciden con los que tenemos en manos, lo que Hincmaro en su libro sobre la Predestinación, capítulo 25, Agustín, después de Pelagio, en su libro sobre la Naturaleza y la Gracia, capítulo 62, y Jerónimo en la epístola CXLV, transcribieron de ellos. De hecho, ya hemos oído al inicio de esta advertencia cuánto los valoraba. También se puede decir que Ambrosio se benefició mucho de ellos. Ciertamente, al exponer a Lucas, en aquellos lugares donde este evangelista coincide con Mateo, imita o menciona en su mayoría las sentencias que nuestro Hilario consignó en estos comentarios.

X. Falta el prólogo que había publicado.---Juan Casiano había visto estos comentarios enriquecidos con un prólogo. Pues en el libro VII sobre la Encarnación, capítulo 24, después de haber relatado varias cosas extraídas de los libros de Hilario sobre la Trinidad, añade: "También del mismo en el prólogo de la exposición del Evangelio según Mateo: Era necesario primero para nosotros que el unigénito Dios, por nuestra causa, se hiciera hombre, lo que entonces no era, fuera engendrado. También en el mismo: En tercer lugar, era conveniente que, ya que Dios había nacido hombre en el mundo, y las demás cosas". Alcuino también había visto el mismo prólogo. Aunque sospechamos fuertemente que no vio nada más de él que lo que había leído en Casiano. Pues al describir sus palabras después de la mitad del libro IV contra Félix de Urgel, dice: "Hilario (debe añadirse de Casiano, varón) de todas las virtudes y ornamentos, y como su vida, así también su elocuencia, en el segundo libro de la fe, etc. El mismo en el prólogo de la exposición del Evangelio según Mateo: Era

necesario primero para nosotros que el unigénito Dios, por nuestra causa, se hiciera hombre conocido". Pero también de las mismas palabras de Hilario al inicio del número 2, capítulo 1, se desprende que nos falta algo en lo que había hablado previamente sobre la generación de Cristo.

XI. Sobre el índice de argumentos.---En lugar del prólogo, ahora se tiene un índice de títulos o argumentos distribuidos en 33 capítulos. En las ediciones anteriores, este índice estaba titulado "índice de cánones", y de él se dividió todo el comentario en cánones. La razón de esta inscripción y denominación, ya que no es obvia para todos, no estará de más investigar de dónde proviene y si debe ser aprobada. Esperamos que esto sea evidente para cada uno después de haber considerado qué autoridad se debe dar a esos títulos.

XII. Autor de este índice.---Se puede dudar si Hilario debe ser considerado el autor de ellos: ya que el índice parece estar ordenado de manera algo bárbara, y no muy precisamente, al omitir algunas cosas que se tratan bastante extensamente; mientras que contiene otras que apenas se tocan después. Se prescribe, por ejemplo, en el capítulo 15: "Sobre el lavado de manos, y que no lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca contamina"; cuando no se trata nada que responda claramente a este título. Añadimos también este del capítulo 13, en el que se anotan los títulos "sobre el sembrador de buena semilla, sobre la cizaña y el trigo", aunque en la narración no se dice ni una palabra sobre estas parábolas. Sin embargo, no sé si esta razón no debería tener más peso para adjudicar ese índice a Hilario que para negárselo. Pues él mismo pudo haber propuesto al principio ciertas cosas que luego juzgó que no debía detenerse en ellas: otro no podría haber recopilado de sus escritos más que los argumentos de las cosas que se tratan. De aquí surge una gran sospecha de que esos títulos ya estaban anotados en los ejemplares de los evangelios en la época de Hilario, y que él seleccionó de ellos aquellos cuya explicación consideraba más útil. Aunque recorre todo el evangelio de Mateo, no explica cada una de sus palabras, sino solo los títulos selectos de cada capítulo. Lo cual también hizo Orígenes antes que él, como es evidente en los comentarios de Orígenes publicados por Huetio, en los que el evangelio de Mateo se ilustra bajo ciertos títulos. Este uso era común en esa época, como confirma Jerónimo sobre los escritores eclesiásticos, donde recuerda que Fortunaciano, obispo de Aquilea, escribió comentarios sobre los evangelios con títulos ordenados en un estilo breve y rústico. Dado que esto es así, se puede suponer que Hilario, aunque no fue el autor de los mismos títulos, al menos fue el autor de su colección o índice previo. Pero ciertamente no se permite a nadie considerarlo más reciente, ya que la mayoría de los manuscritos, incluso los más antiguos, lo presentan bajo esta inscripción: "Comienzan los capítulos del santo Hilario sobre Mateo". Por lo tanto, hemos decidido expresar el índice completo con sus títulos según la fidelidad de esos manuscritos, sin cambiar nada, aunque tal vez se podría haber confeccionado algo más preciso.

XIII. Índices en el frente de los libros puestos por los antiguos.---Ciertamente, el uso de proponer un índice de títulos de este tipo al frente de los libros es antiguo, como lo demuestra el "canon de la verdad hebraica" compuesto por el mismo Jerónimo, y que finalmente será publicado. Pues en él se puede ver en el mismo umbral de cada libro un índice de títulos distribuidos en varios números, que resumen lo que se contiene en el libro siguiente. Estos índices se titulan indistintamente "Capítulos" y "Títulos", por ejemplo, "Comienzan los capítulos del libro del Éxodo"; "Comienzan los títulos del libro del Levítico"; "Comienzan los títulos del libro del Deuteronomio"; "Comienzan los capítulos del libro de Josué", etc. Así también en los libros más antiguos de Agustín sobre la Ciudad de Dios, antes de los mismos libros se propone un índice solo dividido en varios números, a los que luego se les da el nombre de capítulos, en el que se contiene un resumen de lo que se incluye en cada libro. Además, este índice en el códice de Corbie, escrito hace mil años, se llama "canon". Pues se

lee inscrito de esta manera: "Comienza el libro primero de Aurelio Agustín, obispo, contra los paganos sobre la Ciudad de Dios, con el canon prepuesto, que indica qué contiene cada libro": y al final del índice o del resumen "termina el canon de los diez libros".

XIV. No correctamente distribuido este trabajo en cánones. De dónde proviene esto.---De esto ya cualquiera puede fácilmente advertir de dónde obtuvo el término "canon" en estos comentarios de Hilario, y si lo obtuvo correctamente. No hemos visto ningún códice manuscrito en el que aparezca este término "canon". Sin embargo, concedemos que puede ser posible que donde en nuestros manuscritos se lee "Comienzan los capítulos del libro del santo Hilario", en algunos se prefiera "Comienza el canon del libro del santo Hilario": y así creemos que existió en el códice de San Benigno de Dijon, del cual se publicó por primera vez este comentario. Pero dado que Jerónimo llama "canon" de la verdad hebraica a lo que nosotros llamaríamos la colección de todos los libros que los hebreos reciben como verdaderas escrituras; y dado que el "canon" de los libros de Agustín es lo que para nosotros es el índice y resumen de lo que contienen esos libros: está claro que el título del índice publicado al principio, es decir, "Índice de cánones" no debe ser aprobado, mucho menos debe repetirse el nombre de "canon" en cada sección del comentario. Por lo tanto, en lugar de "canon" sustituiremos el término "capítulo" como más usual y aceptado, y asignaremos a cada capítulo sus títulos, como ya se ha hecho antes, por razones de conveniencia, aunque en los manuscritos solo tienen lugar en el índice que precede a la obra. Pues en estos el comentario entero se continúa en una sola serie, sin interrupción de capítulos o adición de títulos. Solo en algunos, y no en los más importantes, se anotan números casi en los mismos lugares donde antes se prescribían los cánones, ahora los capítulos.

XV. Tiempo de esta obra.---No parece adecuado guardar silencio sobre el tiempo de esta obra. Sin embargo, no hay ninguna indicación que permita afirmarlo con certeza. No obstante, al comparar esta obra con otros escritos de Hilario, creemos que fue compuesta antes de sus otras obras y antes de su exilio, por lo tanto, antes del año 356. No parece ser obra de un hombre ya experimentado en muchas batallas contra los arrianos. Ciertamente, en sus exposiciones sobre los salmos, no deja pasar ninguna oportunidad para afirmar la divinidad de Cristo. Pero en este comentario, por no mencionar otros aspectos, en el capítulo 2, número 6, toca el testimonio del Padre sobre su Hijo, e incluso la espléndida confesión de Pedro en el capítulo 16, número 6, como si no hubiera conocido a los arrianos. Al menos, es evidente que aún no estaba bien instruido sobre sus argumentos, como se manifiesta claramente en el capítulo 31, número 3, donde escribe de manera católica en cuanto al sentido, pero menos cautelosa en cuanto a las palabras, que el Hijo nació de aquel que era, y que está en aquel que nació, porque es el mismo que estaba con aquel antes de nacer; es decir, que la misma eternidad pertenece tanto al que engendra como al engendrado. Ciertamente, nadie negará que esto fue escrito antes de los libros sobre la Trinidad, en los cuales, especialmente en el duodécimo, se discute con gran esfuerzo y muchos argumentos que aquello de "antes de nacer" no tiene lugar alguno en la generación eterna del Hijo. ¿Cuánto más se debe conceder que los tratados sobre los salmos, en los cuales se mencionan los libros sobre la Trinidad, son posteriores a este mismo comentario? Sin embargo, es evidente que no le eran desconocidos esos herejes, no solo por los últimos capítulos, sino también por el capítulo 15, número 12. Y dado que la herejía de los arrianos llegó más tarde al conocimiento de los galos, tanto que Hilario, como él mismo testifica en el libro sobre los Sínodos, número 91, nunca había oído hablar de la fe de Nicea sino hasta que iba a ser exiliado; de aquí se puede deducir de alguna manera que fue compuesto no mucho antes de su exilio. Si escribió incluso antes de oír hablar de la fe de Nicea, cuando en esa obra afirma más de una vez que el Hijo es de la misma sustancia que el Padre: no en vano en el lugar citado sobre los sínodos

testifica que aprendió esa fe de los evangelios y los apóstoles. "Regenerado hace tiempo", dice, "y permaneciendo por un tiempo en el episcopado, nunca oí hablar de la fe de Nicea sino hasta que iba a ser exiliado: pero los evangelios y los apóstoles me enseñaron la comprensión del homoousios y el homoeousios".

XVI. Sobre la unidad de la Trinidad.---Dado que se presenta la ocasión, para que en la confesión de la santísima Trinidad termine esta nuestra pequeña obra, la concluimos con aquel espléndido testimonio del capítulo 13, número 6, que en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sin la necesidad de un fermento externo añadido en Cristo, todo es uno. En esto también el lector tiene un ejemplo de lo que en este comentario ha sido devuelto a su pureza original con la ayuda y autoridad de los códices escritos. Pues antes todo eso se encontraba de manera confusa y errónea: "En el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la necesidad de un fermento externo añadido en Cristo, todo es uno". Pero aquellos que buscan en Hilario una declaración explícita sobre la divinidad del Espíritu Santo, mantengan esto por ahora, hasta que en los libros sobre la Trinidad se les satisfaga más plenamente.

CAPÍTULOS DEL COMENTARIO DE SAN HILARIO SOBRE EL EVANGELIO DE MATEO.

I. Sobre el nacimiento de Cristo, y sobre los Magos con sus regalos, y sobre los niños asesinados.

II. Sobre el regreso de Jesús de Egipto, y sobre la predicación de Juan y su bautismo, y sobre el Señor bautizado.

III. Sobre el tentador diablo, y sobre el ayuno de Jesús durante cuarenta días, sobre Pedro y Andrés pescadores.

IV. Sobre la bienaventuranza y los preceptos, sobre la reconciliación de los hermanos, sobre el adulterio, sobre el ojo y la mano que deben ser arrancados, sobre los juramentos y la limosna.

V. Sobre la oración y el ayuno, sobre el tesoro en el cielo, sobre la lámpara del cuerpo, sobre dos señores, sobre la comida y el vestido, sobre las aves y los lirios del campo y el heno, sobre la preocupación del día, sobre la paja y la viga en el ojo.

VI. Sobre las perlas ante los cerdos, sobre el falso profeta, sobre la casa edificada sobre la roca.

VII. Sobre el leproso que curó, sobre el siervo paralítico del centurión, sobre la suegra de Pedro, sobre muchas y diversas curaciones.

VIII. Sobre los discípulos en la barca despertando a Jesús, sobre dos endemoniados en la tierra de los Gerasenos, sobre el paralítico curado y llevando su lecho.

IX. Sobre Mateo el publicano, sobre el ayuno de los fariseos y los discípulos de Juan, sobre el remiendo de paño nuevo, sobre el flujo de sangre de la mujer, sobre la hija del jefe resucitada de entre los muertos, sobre dos ciegos, sobre el sordo y mudo.

X. Donde envía a los doce discípulos con doctrina.

XI. Juan envía desde la cárcel a Jesús, y Jesús habla a las multitudes sobre Juan. También la confesión de Jesús al Padre.

XII. Los discípulos arrancan espigas. Jesús curó la mano seca y al hombre en sábado. Curó al ciego y endemoniado. Sobre la blasfemia del espíritu, sobre el fruto del árbol bueno y malo, sobre toda palabra ociosa, sobre los ninivitas y la reina del sur, sobre los siete espíritus y el octavo, sobre la madre de Jesús y sus hermanos.

XIII. Sentado en la barca, Jesús habla a las multitudes en parábolas sobre el sembrador de buena semilla, sobre la cizaña y el trigo, sobre el grano de mostaza, sobre la levadura escondida en la harina, y la explicación de la cizaña, sobre el tesoro en el campo, sobre la buena perla, sobre la red echada al mar.

XIV. Sobre el escriba en el reino de los cielos, sobre los hermanos y hermanas del Señor, sobre la cabeza de Juan en un plato, sobre los cinco panes y dos peces, donde camina sobre el mar, y levanta a Pedro que se hunde.

XV. Sobre el lavado de manos, y no lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca contamina, sobre la hija de la mujer cananea, sobre los siete panes y pocos peces.

XVI. Sobre la señal del profeta Jonás. Sobre la levadura de los fariseos, sobre la confesión de Pedro y la bendición del Señor, y sobre negarse a sí mismo quien quiera seguir a Cristo.

XVII. Donde en el monte se ve con Moisés y Elías, y se oye una voz del cielo, donde libera al niño lunático, sobre la fe de los creyentes, sobre el didracma solicitado, y el estatero en la boca del pez.

XVIII. Sobre los niños impedidos, y sobre la humildad que se debe asumir de ellos, sobre la mano, el pie y el ojo que deben ser arrancados, y sobre la oveja perdida, sobre corregir a los hermanos primero en secreto, luego con dos testigos, finalmente con la iglesia presente. Siempre se debe perdonar. Quien ahoga a su consiervo, habiéndole sido perdonada la deuda por su señor.

XIX. No se debe dejar a la esposa, sobre los eunucos, sobre los niños impedidos. Es difícil para el rico entrar en el reino de los cielos.

XX. Sobre la esperanza de los apóstoles, sobre los últimos que serán primeros. Donde se contratan obreros para la viña. Sobre los hijos de Zebedeo, sobre el primer asiento, sobre dos ciegos sentados junto al camino.

XXI. Sobre la asna y su pollino, sobre los cambistas expulsados del templo, sobre la higuera maldecida, sobre los dos hijos enviados a la viña, sobre los publicanos y las prostitutas.

XXII. Sobre los viñadores que matan a los enviados a ellos para recoger los frutos, sobre los invitados de toda clase y el vestido nupcial.

XXIII. Sobre el tributo y la imagen de César, sobre la misma esposa de los siete hermanos, sobre los mandamientos más grandes, sobre el hijo de David.

XXIV. Sobre la cátedra de Moisés sobre la cual se sentaron los escribas y fariseos, sobre el reino de los cielos cerrado por ellos, y sobre ellos devorando las casas de las viudas, recorriendo el mar y la tierra seca, y diciendo: "Quien jure por el templo, no es nada", y

diezmando la menta y el eneldo, y edificando sepulcros para los profetas, y sobre Jerusalén que mata a los profetas, y apedrea a los que son enviados a ella.

XXV. Sobre la estructura del templo preguntando los discípulos, y sobre aquellos que están en el techo, que no descieran a tomar algo de la casa; y los que están en el campo, que no regresen a tomar su túnica, y sobre las embarazadas y las que amamantan.

XXVI. Sobre el sol oscurecido, la luna y las estrellas.

XXVII. Sobre el siervo fiel a quien el señor pone sobre su familia, sobre las diez vírgenes, sobre el hombre que se va de viaje, quien entrega su sustancia a sus siervos.

XXVIII. Sobre la venida del hijo del hombre viniendo en su majestad.

XXIX. Sobre la mujer que se acercó a Jesús en la casa de Simón el leproso con un frasco de alabastro de unguento precioso.

XXX. Sobre el primer día de los ázimos, en el cual los discípulos se acercaron a Jesús, diciendo: "¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?"

XXXI. Cuando Jesús llegó al huerto llamado Getsemaní, y dice a sus discípulos: "Sentaos aquí mientras voy allá a orar", y sobre su alma triste hasta la muerte, sobre el cáliz si es posible que pase de él, sobre el espíritu dispuesto y la carne débil, y de nuevo, "Padre, no puede este cáliz pasar si no lo bebo? Hágase tu voluntad."

XXXII. Sobre Judas, que era uno de los doce discípulos, viniendo a Jesús con una gran multitud para entregarlo; sobre la espada que ordenó a Pedro volver a su lugar.

XXXIII. Sobre Pilato: cuando estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensaje, diciendo: "No tengas nada que ver con ese justo". Sobre los que pasaban junto a la cruz que movían sus cabezas, y decían: "Este es el que destruía el templo y en tres días lo reconstruía".

668 COMENTARIO DE SAN HILARIO SOBRE EL EVANGELIO DE MATEO. (C)

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre el nacimiento de Cristo, y sobre los Magos con sus regalos, y sobre los niños asesinados.

1. Origen de Cristo de linaje real y sacerdotal.---El grado que Mateo presentó en el orden de la sucesión real, Lucas lo computa en el origen sacerdotal. Al enumerarlo ambos, cada uno indica el parentesco en el Señor de ambas tribus. Y correctamente se establece el grado de la generación: porque la sociedad de la tribu sacerdotal y real, iniciada por David en matrimonio, ya se confirma en Salatiel en Zorobabel por linaje. Y así, mientras Mateo recuenta el origen paterno, que procedía de Judá, Lucas enseña el linaje recibido a través de Natán de la tribu de Leví (Luc. III, 24); cada uno de los padres de nuestro Señor Jesucristo, quien es eterno y rey y sacerdote, también en su nacimiento carnal probaron la gloria de ambos linajes. Que se recuente el nacimiento de José en lugar del de María, no importa: pues es la misma tribu y un solo parentesco. Además, Mateo y Lucas dieron ejemplo, llamando padres entre sí, no tanto por linaje como por gente: porque comenzando de una tribu, se contiene bajo la familia de una sola sucesión y origen. Pues siendo hijo de David y de Abraham, como así comenzó Mateo; "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" (Mat. I, 1): no importa quién se coloque en el número y orden del origen, siempre que se entienda que la familia de todos comenzó de uno. Así, siendo de la misma

tribu José y María; mientras se muestra que José procede del linaje de Abraham, también se enseña que María procede de él. Pues esta es la razón mantenida en la ley, que si el jefe de la familia muriera sin hijos, el hermano posterior de la misma parentela tomaría a la esposa del difunto, y los hijos nacidos se referirían a la familia de aquel que había muerto (Deut. XXV, 5): y así permanecería el orden de sucesión en los primogénitos, cuando los padres de aquellos que nacieran después, o se tendrían por nombre, o por linaje.

2. Por qué se omiten algunas generaciones. Por qué se cuentan catorce donde solo hay trece.--Lo siguiente es que, como dijimos, según la verdad de los hechos, el orden de esta generación no se mantiene ni en número ni en sucesión; también se debe dar razón de esto. Pues no es una causa leve que en la narración sea una cosa, y en los hechos otra; y que en el resumen se refiera una cosa, y en el número se mantenga otra. Pues desde Abraham hasta David se enumeran catorce generaciones, y desde David hasta la transmigración de Babilonia catorce generaciones, cuando en los libros de los Reyes se encuentran diecisiete. Pero en esto no hay falta de mentira o negligencia. Tres fueron omitidas por razón. Pues Joram engendró a Ocozías, Ocozías a Joás, Joás a Amasías, y Amasías a Ozías (IV Reg. VIII, 25). Y en Mateo se escribe que Joram engendró a Ozías, cuando es el cuarto de él. Esto fue así (suplir, hecho), porque Joram engendró a Ocozías de una mujer gentil, de la casa de Acab: y se había dicho por el profeta que no se sentaría nadie de la casa de Acab en el trono del reino de Israel sino hasta la cuarta generación. Así, purgada la familia de Acab de gentiles, y pasadas tres, ya se cuenta el origen real en la cuarta generación consecutiva. Pero que hasta María se escriban catorce generaciones, cuando en el número se encuentran trece; no puede haber error para quienes saben que no solo es ese el origen de nuestro Señor Jesucristo, que comenzó de María; sino que en la procreación corporal se comprende el significado del nacimiento eterno.

3. Contra aquellos que no quieren que María permaneciera virgen.---La razón de la generación es simple. Pues el concebido del Espíritu Santo, nacido de María virgen, es obra de todos los profetas. Pero muchos irreligiosos, y muy ajenos a la doctrina espiritual, toman ocasión de esto para opinar torpemente sobre María, porque se dijo: "Antes de que se unieran, se halló que estaba encinta" (Mat. I, 18); y aquello, "No temas recibir a María tu esposa" (Ibid. 20); y aquello, "No la conoció hasta que dio a luz" (Ibid. 25); no recordando que estaba desposada y que esto se dijo a José cuando quería repudiarla; porque él, siendo justo, no quería que se le aplicara la ley. Por lo tanto, para que no surgiera ninguna ambigüedad sobre su parto, él mismo es tomado como testigo del Cristo concebido del Espíritu Santo: luego, porque estaba desposada, se recibe como esposa. Se conoce, por tanto, después del parto, es decir, pasa al nombre de esposa. Se conoce, pues, no se mezcla. Finalmente, cuando se le advierte a José que pase a Egipto, se dice así: "Toma al niño y a su madre"; y, "Vuelve con el niño y su madre" (Mat. II, 13 y 20); y de nuevo en Lucas (Luc. II, 33, según el griego): "Y estaba José y su madre". Y siempre que se habla de ambos, se menciona más bien a la madre de Cristo, porque eso era; no se le llama esposa de José, porque no lo era. Pero esta razón también fue mantenida por el ángel: que cuando significaba que estaba desposada con el justo José, la llamara esposa. Pues así dice: "José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa". Por lo tanto, la desposada asumió el nombre de esposa, y después del parto, reconocida como esposa, solo se muestra como madre de Jesús: para que así como a José, justo, se le atribuyera el matrimonio de María en virginidad, así se mostrara venerable su virginidad en la madre de Jesús.

4. Hijos de José de un matrimonio anterior.---Sin embargo, hombres muy perversos toman de aquí la autoridad de su opinión, porque se ha transmitido que nuestro Señor tuvo varios hermanos. Si hubieran sido hijos de María, y no más bien de José de un matrimonio anterior; nunca en el tiempo de la pasión se habría transferido a Juan el apóstol como madre, diciendo

el Señor a ambos: "Mujer, he ahí tu hijo" (Juan XIX, 26 y 27); y a Juan: "He ahí tu madre", sino porque dejaba en el discípulo el consuelo de la caridad del hijo a la desolada.

5. La fe de los Magos y qué indican sus regalos.---El nacimiento de la estrella, primero entendido por los Magos, indica que pronto las naciones creerán en Cristo, y que hombres de una profesión muy alejada del conocimiento de la doctrina divina reconocerán la luz que apareció inmediatamente en su nacimiento. Finalmente, la ofrenda de los regalos expresó la comprensión de toda su cualidad: confesando en el oro al rey, en el incienso a Dios, en la mirra al hombre. Y así, por la veneración de ellos, se consumó el conocimiento de todo el sacramento: en el hombre la muerte, en Dios la resurrección, en el rey el juicio. Pero el hecho de que se les prohiba repetir el camino y regresar a Herodes en Judea (Mat. II, 12): no se nos permite buscar nada de Judea en cuanto al conocimiento y reconocimiento, sino que, colocando toda nuestra salvación y esperanza en Cristo, se nos advierte abstenernos del camino de la vida anterior.

6. Qué significa la huida de Cristo a Egipto. Inocentes, mártires.---Cuando Herodes preparaba la muerte de los niños, José es advertido por el ángel para que lo lleve a Egipto (Ibid. 13): Egipto lleno de ídolos, y venerando monstruos de toda clase de dioses. Ya después de la persecución de los judíos, y con el consentimiento de la plebe profana en extinguirlo, Cristo pasa a las naciones entregadas a religiones vanísimas: y dejando Judea, se introduce para ser adorado en un mundo que lo ignoraba, mientras Belén, es decir, Judea, rebosa de la sangre de los mártires. La furia de Herodes y la matanza de los niños es una forma del pueblo judío que se ensaña contra los cristianos: creyendo que con la matanza de los bienaventurados mártires puede extinguir el nombre de Cristo en la fe y profesión de todos.

7. La Iglesia llora la perdición de los judíos.---Pero por el profeta se devuelve el honor glorioso a su muerte, diciendo: "Voz en Ramá se oyó, llanto y gran lamentación, Raquel llorando a sus hijos: y no quiso ser consolada, porque no son" (Jerem. XXXI, 15: y Mat. II, 18). Raquel fue esposa de Jacob, estéril por mucho tiempo; pero no perdió a ninguno de los que engendró. Sin embargo, esto en el Génesis prefiguró el tipo de la Iglesia. Por lo tanto, no se oye la voz y el llanto de aquella que no tuvo dolor por hijos perdidos, sino de esta Iglesia, estéril por mucho tiempo, ahora fecunda. Se oye su llanto por los hijos, no porque doliera por los muertos, sino porque eran asesinados por aquellos que hubiera querido retener como sus primogénitos. Finalmente, no quiso ser consolada quien dolía. Pues no es que no existieran aquellos que se creían muertos; pues eran llevados al progreso de la eternidad por la gloria del martirio. La consolación era para la cosa perdida, no para la aumentada.

673 CAPÍTULO II. Sobre el regreso de Jesús de Egipto, y sobre la predicación de Juan y su bautismo, y sobre el Señor bautizado.

1. José, tipo de los apóstoles.---Después de esto, muerto Herodes, José es advertido por el Ángel para que regrese a Judea con el niño y su madre (Mat. II, 20). Y al regresar, al oír que Arquelao, hijo de Herodes, reinaba, temió ir allí (Ibid. 21); y es advertido por el ángel para que pase a Galilea y habite en la ciudad de Nazaret de esa región. Se le aconseja, pues, regresar a Judea; y al regresar, teme. Y nuevamente, advertido en visión, se le ordena pasar a la región de los gentiles. Pero no debía temer quien había sido advertido, ni debía cambiarse inmediatamente la advertencia dada por el ángel. Sin embargo, se mantuvo la razón típica. José tiene la figura de los apóstoles, a quienes se creyó que Cristo debía ser llevado. Estos, como si Herodes hubiera muerto, es decir, el pueblo de él hubiera perecido en la pasión del Señor, fueron enviados a predicar a los judíos; pues fueron enviados a las ovejas perdidas de

la casa de Israel: pero, permaneciendo el dominio de la infidelidad hereditaria, temen y se retiran. Advertidos en visión, contemplando el don del Espíritu Santo en los gentiles, trasladan a ellos a Cristo, enviado a Judea, pero llamado vida y salvación de los gentiles.

2. Lugar, predicación, vestimenta, alimento de Juan.---En aquellos días vino Juan predicando en el desierto de Judea, diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado, etc. (Mat. III, 1). En Juan se debe considerar el lugar, la predicación, la vestimenta, el alimento: y así, recordemos que la verdad de los hechos no se corrompe si a los hechos se les sujeta una razón de inteligencia interior. Pues para el que predicaba había un lugar más oportuno, una vestimenta más útil y un alimento más adecuado: pero subyace en los hechos un ejemplo, y en él la operación misma es meditación. Pues vino a la desierta Judea, desierta de la frecuentación de Dios, no de gente; y vacía de la habitación del Espíritu Santo, no de hombres; para que el lugar de la predicación protestara la soledad de aquellos a quienes la predicación era enviada. También anuncia el arrepentimiento con el reino de los cielos acercándose, por el cual hay retorno del error, y regreso del crimen, y después de la vergüenza de los vicios, la profesión de cesar: para que la desierta Judea recordara que iba a recibir a aquel en quien está el reino de los cielos; no quedaría vacía en adelante, si se purificara de los antiguos vicios con la confesión del arrepentimiento. La vestimenta tejida con pelos de camello designa el hábito peregrino de esta predicación profética: con las pieles de animales inmundos, a los que se nos considera iguales, se viste el predicador de Cristo; y se santifica con el hábito profético todo lo que en nosotros antes era inútil o sucio. El ceñimiento del cinturón es una preparación eficaz para toda buena obra: para que estemos ceñidos con voluntad para todo ministerio de Cristo. También se eligen para alimento las langostas, fugaces de los hombres, y que vuelan a todo sentido de nuestra llegada: nosotros, que éramos llevados por ciertos saltos de cuerpos de todo discurso y encuentro de los profetas. Vagabundos por voluntad, inútiles en obras, quejosos en palabras, peregrinos en fe, ahora somos el alimento y la saciedad de los profetas elegidos junto con la miel silvestre: ofreciendo de nosotros el alimento más dulce, no de las colmenas de la ley, sino de los troncos de los árboles silvestres.

3. La fe o la infidelidad hace hijos de Abraham o del diablo.---Así pues, Juan predicando con tal hábito, llama a los fariseos y saduceos que vienen al bautismo, progeie de víboras: les aconseja que hagan fruto digno de arrepentimiento, y que no se gloríen de tener a Abraham por padre, porque Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham (Mat. III, 7-9). No se busca la sucesión de la carne, sino la herencia de la fe. La dignidad, pues, del origen consiste en los ejemplos de las obras: y la gloria de la estirpe se retiene por la imitación de la fe. El diablo es infiel, Abraham es fiel. Pues aquel fue pérfido en la transgresión del hombre, este fue justificado por la fe. Así que los hábitos y la vida de cada uno adquieren la cercanía de parentesco: para que los que son fieles sean la descendencia de Abraham por la fe; pero los que son infieles, se transformen en la progeie del diablo por la infidelidad: cuando también los fariseos son llamados nación de víboras, y se les prohíbe la gloria del padre santificado, y de las piedras y rocas se levantan hijos a Abraham, y se les advierte que sean fructíferos en obras dignas de arrepentimiento: para que los que habían comenzado a tener al diablo por padre, con aquellos que se levantarían de las piedras, vuelvan a ser hijos de Abraham por la fe.

4. Cristo nuestro salvador y juez.---La hacha puesta a la raíz de los árboles testimonia (Mat. III, 10) el derecho del poder presente en Cristo, significando con la tala y quema de los árboles infructuosos la destrucción de la infidelidad inútil preparada para la conflagración del juicio. Y porque la obra de la Ley ya sería ineficaz para la salvación, y Juan había sido mensajero para bautizar en arrepentimiento (pues el oficio de los profetas era apartar de los pecados,

pero propio de Cristo salvar a los creyentes); dice que él bautiza en arrepentimiento, pero que vendrá uno más fuerte, de quien no es digno de llevar el calzado (Ibid. 11): dejando la gloria de la predicación que debe ser llevada por los apóstoles, a quienes con hermosos pies se debía anunciar la paz de Dios (Isa. LII, 7). Así que designa el tiempo de nuestra salvación y juicio en el Señor, diciendo: Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego: porque a los bautizados en Espíritu Santo, les queda ser consumados por el fuego del juicio. Teniendo el aventador en su mano, limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero; pero quemará la paja con fuego inextinguible (Mat. III, 12). La obra del aventador es discernir lo fructuoso de lo infructuoso. Que esté en la mano del Señor indica el arbitrio del poder, guardando en los graneros su trigo, es decir, los frutos perfectos de los creyentes; pero quemando la paja, es decir, la inanidad de los hombres inútiles e infructuosos, en el fuego del juicio.

5. Santificó al hombre con la ascensión, las aguas con el lavado.---Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él (Ibid. 13); y lo demás. Había en Cristo Jesús un hombre completo; y por eso, en el servicio del espíritu, el cuerpo asumido cumplió en sí todo el sacramento de nuestra salvación. Vino, pues, a Juan nacido de mujer, constituido bajo la ley, y hecho carne por el Verbo (Ibid. 14): y así, no él tenía necesidad de ser lavado, porque de él se dijo: No hizo pecado (I Pet. II, 22); y donde no hay pecado, también la remisión de él es ociosa. Pero de él fue asumido tanto el cuerpo como el nombre de nuestra creación: y así, no él tuvo necesidad de ser lavado, sino que por él en las aguas debía ser santificada nuestra purificación. De hecho, es prohibido ser bautizado por Juan, como Dios (Mat. III, 14): y así enseña que debe hacerse en él como hombre (Ibid. 15). Pues por él debía cumplirse toda justicia, por quien solo la ley podía cumplirse. Y así, con el testimonio del profeta, no necesita el lavado, y con la autoridad de su ejemplo consume los sacramentos de la salvación humana, santificando al hombre tanto con la ascensión como con el lavado.

6. Los efectos de nuestro bautismo prefigurados en el bautismo de Cristo.---También en él se expresa el orden del misterio celestial. Pues bautizado él, abiertos los accesos de los cielos, se envía el Espíritu Santo, y se reconoce visible en forma de paloma, y se perfunde con la unción de la piedad paterna de esta manera. Luego una voz del cielo dice: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy (Ibid. 17). El Hijo de Dios se muestra por el oído y la vista, y se envía testimonio de su Señor a la plebe infiel y a los profetas desobedientes tanto de contemplación como de voz: y al mismo tiempo, para que conociéramos de lo que se consumaba en Cristo, después del lavado del agua, y de las puertas celestiales, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros, y somos perfundidos con la unción de la gloria celestial, y por la adopción de la voz paterna nos hacemos hijos de Dios; cuando así dispuesta en nosotros la imagen del sacramento, la verdad prefiguró con los mismos efectos de las cosas.

CAPÍTULO III. Del diablo tentador, y del ayuno de Jesús por cuarenta días, de Pedro y Andrés pescadores.

1. Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo (Mat. IV, 1), y lo demás. Tanto la conducción al desierto, como el ayuno de cuarenta días, y después del ayuno el hambre, y la tentación de Satanás, y la respuesta del Señor, están llenos de los efectos de un gran y celestial consejo. Pues al ser llevado al desierto, se significa la libertad del Espíritu Santo, ofreciendo ya su hombre al diablo, y permitiendo la ocasión de tentar y asumir, que el tentador no habría tenido si no se le hubiera dado. Había, pues, en el diablo una sospecha de miedo, no un conocimiento por sospecha: se movía por el ayuno de cuarenta días. Sabía que en igual número de días se habían derramado las aguas del abismo (Gen. VII, 17), que la tierra de la promesa había sido explorada, que la ley de Moisés había sido escrita por Dios, y que este número había sido cumplido en los años en que el pueblo

permaneció en el desierto con vida y hábito de ángeles. Así que por el miedo de este tiempo, al tentar a aquel que veía como hombre, tomó la temeridad. Pues había seducido a Adán, y lo había llevado a la muerte engañándolo. Pero era digno de su malicia y crimen, que en aquel cuya muerte y calamidades se gloriaba, fuera vencido por el hombre; y quien había envidiado los beneficios de Dios al hombre, antes de la tentación no podía entender a Dios en el hombre. Así que el Señor es tentado inmediatamente después del bautismo, indicando con su tentación que en nosotros santificados los tentamientos del diablo se ensañan principalmente: porque la victoria sobre los santos es más deseada por él.

2. Qué tipo de hambre tuvo Cristo.---No tuvo hambre de comida de hombres, sino de salvación: pues después de cuarenta días, no en los cuarenta días tuvo hambre (Mat. IV, 2), mientras Moisés y Elías en el mismo tiempo de ayuno no tuvieron hambre. Así que cuando el Señor tuvo hambre, no fue la operación de la inanición la que se introdujo: sino que aquella virtud, no movida por el ayuno de cuarenta días, dejó a su hombre en su naturaleza. Pues no era el diablo quien debía ser vencido por Dios, sino por la carne: la cual ciertamente no se habría atrevido a tentar, si no hubiera reconocido en ella, por la debilidad del hambre, lo que es del hombre. Ciertamente sintiéndola en él, así comenzó: Si eres hijo de Dios (Mat. IV. 3). Es un discurso ambiguo, si eres hijo de Dios. Aunque lo veía hambriento, sin embargo temía en él el ayuno de cuarenta días. Con esta razón de las cosas indica que después de la conversación de cuarenta días, en los cuales después de la pasión iba a permanecer en el mundo, tendría hambre de la salvación humana. En cuyo tiempo, el don esperado por Dios Padre, el hombre que había asumido, lo devolvió.

3. Qué explora el diablo de la deidad de Cristo, o intenta quebrar la paciencia. Cristo Dios y hombre.---Así que ahora se debe considerar qué preguntas usó. Dice: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. El diablo engañoso, y artífice muy astuto para seducir, sabía que Cristo podía todo, y sentía el hambre en el hombre desde el mismo tiempo del ayuno, ignorante de qué se tenía hambre. Así que en la tentación propuso la condición de la obra, por la cual tanto en Dios, por la transformación de las piedras en panes, reconociera el poder de la potestad; y en el hombre, con el deleite del alimento, burlara la paciencia del hambre. Pero el Señor, no teniendo hambre de pan, sino de la salvación de los hombres, dice: No solo de pan vive el hombre (Ibid. 4): porque él no solo es hombre, sino también Dios, aunque hasta el día de la tentación se abstuviera del alimento del hombre, sin embargo, era alimentado por el Espíritu de Dios: mostrando que no en este pan solitario, sino en la Palabra de Dios, se debe esperar el alimento de la eternidad.

4. El diablo calla lo que es contra él: se debe evitar la jactancia.---La siguiente pregunta también es tal, cuando lo llevó a la cima del templo: Si eres hijo de Dios, lázate abajo, y lo demás (Ibid. 6). Se esfuerza en la tentación por llevar al Señor de lo alto a lo bajo: y puesto en la cima del templo, es decir, sobresaliendo sobre las leyes y los profetas, contenerlo en lo humilde. Sabía ciertamente que los ministerios de los ángeles estaban prestos para el Hijo de Dios, y que no podía tropezar en piedra de ofensa (Sal. XC, 12 y 13): pues iba a caminar sobre áspides y basiliscos, y a pisar al león y al dragón. De estas cosas que se dijeron sobre él, calló; pero recordando las superiores, quiere de cualquier manera obtener obediencia del tentado; iba a obtener gloria de aquí, si el Señor de la majestad, aunque por confianza, le obedeciera. Pero ninguna ocasión de tanta fraude le ocurrió al diablo, testificando el Señor en tiempo posterior, cuando dice: Viene el príncipe de este mundo, y no encuentra en mí nada (Juan XIV, 30). Así que una respuesta digna siguió a esta petulancia suya del Señor: No tentarás al Señor tu Dios (Mat. IV, 7). Contundiendo los intentos y tentaciones del diablo, se proclama Dios y Señor: enseñando que de los fieles debe estar ausente la jactancia, porque aunque todo es posible para Dios, sin embargo, nada debe ser intentado en su tentación.

5. El mismo orden de tentaciones de Cristo que de Adán. El honor del mundo, obra del diablo.---Pero ya en la tercera se conmueve toda la ambición del poder diabólico. Así que puesto el Señor en un monte alto, le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria, si solo fuera adorado él (Ibid. 8 y 9). Ya había superado la opinión de sospecha con una doble respuesta. Sedujo a Adán con comida, y lo llevó de la gloria del paraíso al lugar del pecado, es decir, a la región del árbol prohibido: en tercer lugar, lo corrompió con la ambición del nombre divino, prometiendo que sería semejante a los dioses. Así que contra el Señor se lucha ya con todo el poder del mundo, y se ofrece al Creador suyo la posesión de este universo: para que manteniendo el orden del antiguo engaño, a quien no había seducido con comida, ni movido de lugar, ahora al menos lo corrompiera con ambición. Pero la respuesta del Señor hizo un digno paso de los superiores. Dice: Vete, Satanás. Porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Ibid. 10). Recibió un final adecuado a tal temeridad, cuando oyó en el nombre de Satanás los crímenes suyos, y en el hombre reconoció al Señor Dios suyo que debía ser adorado. También el Señor nos ofreció un gran ejemplo con el efecto de esta respuesta: para que despreciada la gloria del poder humano, y pospuesta la ambición del mundo, recordáramos que solo Dios y el Señor deben ser adorados; porque todo honor del mundo es negocio del diablo. Después de esta huida del diablo, los ángeles ministran a Cristo (Mat. IV, 11); mostrando que, vencida y pisoteada la cabeza del diablo por nosotros, tampoco faltarán los ministerios de los ángeles y los oficios de las virtudes celestiales en nosotros.

6. Qué designa la vocación de los primeros apóstoles.---Cuando Jesús oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea (Ibid. 12). El paso a Cafarnaúm, y la profecía de Isaías, es el orden del hecho. En la elección de los pescadores, por el arte de los hombres se revela la obra de su futuro oficio; así como a los peces del mar, así a los hombres de ahora en adelante del mundo a un lugar superior, es decir, al lugar de la luz de la morada celestial. A quienes dejando el arte, las patrias y las casas, se nos enseña que siguiendo a Cristo, no debemos estar atados por la preocupación de la vida secular, ni por la costumbre de la casa paterna. En la elección de los cuatro primeros apóstoles, además de la fe de las cosas, porque así se hizo, se prefigura el número de los futuros evangelistas. Así que recorre Galilea, y predica en las sinagogas el evangelio del reino: y curando todas las enfermedades y dolencias, se manifiesta a sí mismo con hechos: para que a quien estaban acostumbrados a leer en los volúmenes de los profetas, lo contemplaran presente en las obras.

CAPÍTULO IV. De la bienaventuranza y los preceptos, de la reconciliación de los hermanos, del adulterio, del ojo y la mano que deben ser arrancados, de los juramentos y la limosna.

1. Cristo en el monte, qué.---Reunidas, pues, muchas multitudes, sube al monte y enseña (Mat. V, 1): puesto en la altura de la majestad paterna, establece los preceptos de la vida celestial. Pues no habría entregado los institutos de la eternidad, si no estuviera puesto en la eternidad. De hecho, así está escrito: Abrió su boca, y les enseñaba (Ibid. 2). Era más fácil decir que había hablado. Pero porque estaba en la gloria de la majestad paterna, y enseñaba la eternidad, por eso se muestra que el oficio de la boca humana obedeció al movimiento del Espíritu elocuente.

2. Causas y premio de la humildad.---Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos (Ibid. 3). El Señor había enseñado con el ejemplo que se debe abandonar la gloria de la ambición humana, diciendo: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás (Mat. IV, 10). Y cuando por los profetas había advertido que iba a elegir a un pueblo humilde y tembloroso ante sus palabras (Isa. LXVI, 2); en la humildad del espíritu puso el

comienzo de la bienaventuranza perfecta. Así que los que respiran humildad, es decir, recordando que son hombres, constituidos en la posesión del reino celestial, conscientes de que de principios humildes y tenues se forman en esta forma de cuerpo perfecto, y en este sentido de sentir, contemplar, juzgar, actuar, avanzan con el progreso que Dios ministra, nada de nadie es suyo, nada propio, sino que a todos por el don de un solo padre se les otorgan los mismos principios de venir a la vida, y se les ministra la sustancia para usarla: y nosotros, por el ejemplo de aquel óptimo que nos ha otorgado esto, debemos ser emuladores de su bondad cumplida en nosotros; para que seamos buenos para todos, consideremos todo común para todos; que ninguna insolencia de orgullo secular, ni la codicia de riquezas, ni la ambición de gloria vana nos corrompa: sino que estemos sujetos a Dios, y por la comunión de vivir en todos seamos retenidos por la caridad de la vida común, estimando que también en el hecho de haber nacido hay un gran progreso de la bondad divina, cuyo premio y honor debe ser merecido por las obras de la vida presente: y así por esta humildad de espíritu, por la cual recordamos de Dios tanto lo que se nos ha concedido como lo que se debe esperar en adelante, el reino de los cielos será nuestro.

3. Bienaventurados los mansos; porque ellos heredarán la tierra. (Mat. V, 4). A los mansos se les promete la herencia de la tierra, es decir, de aquel cuerpo que el mismo Señor asumió como morada (Ver infra, n. 12). Porque por la mansedumbre de nuestra mente, Cristo habitará en nosotros, también nosotros seremos revestidos de la gloria de su cuerpo.

4. Qué consuelo será el del luto.---Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados (Ibid. 5). A los que lloran se les promete el consuelo de la eterna consolación. No a los que lloran por orfandades o afrentas o pérdidas, sino a los que lloran por los pecados antiguos, y a los que están afligidos por la conciencia de los crímenes con los que nos ensuciamos, se les prepara este consuelo solícito en el cielo.

5. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán saciados (Ibid. 6). A los que tienen hambre y sed de justicia, se les concede la bienaventuranza: significando que la avidez de los santos extendida en la doctrina de Dios se llena con los bienes de la saciedad perfecta en el cielo.

6. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mateo V, 7). A los misericordiosos se les preparan los dones de la misericordia. Tanto se deleita Dios en nuestro afecto benevolente hacia todos, que su misericordia será otorgada solo a los misericordiosos.

7. El impuro no puede soportar la visión de Dios. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Ibid. 8). A los limpios de corazón se les promete la visión de Dios. Nada impuro y sucio puede resistir el encuentro con la claridad divina, y la mente oscurecida se debilita ante la visión de Dios: aquellos que, por la pureza del alma y la vida, tienen el poder de contemplar. Solo los perfectos en espíritu y transformados en inmortalidad verán lo que en Dios es inmortal, reservado para los limpios de corazón.

8. Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios (Ibid. 9). La bienaventuranza de los pacificadores es la recompensa de la adopción, para que permanezcan como hijos de Dios; pues Dios es el único padre de todos. No se podrá entrar en la denominación de su familia de otra manera, sino viviendo en la paz de la caridad fraterna, olvidando las cosas que podrían ofendernos.

9. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, y lo demás (Ibid. 10). Finalmente, se les otorga la perfecta bienaventuranza a aquellos que están dispuestos a sufrir todo por Cristo: porque Él mismo es la justicia. A estos se les reserva el reino, y se les promete una abundante recompensa en el cielo, quienes, en el desprecio del mundo, son pobres de espíritu, y en las pérdidas y deshonras de las cosas presentes, confesores de la justicia celestial, y luego gloriosos mártires de las promesas de Dios, han dedicado toda su vida al testimonio de su eternidad.

10. Apóstoles, sal de la tierra. Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? (Mateo V, 12). No hay sal de la tierra: ¿cómo entonces llamó a los apóstoles sal de la tierra? Pero hay que buscar la propiedad de las palabras, que tanto el oficio de los apóstoles como la naturaleza de la sal mostrarán. La sal contiene en sí misma el elemento del agua y del fuego; y de estos dos es uno. Así, hecha para un solo uso del género humano, imparte incorruptibilidad a los cuerpos a los que se aplica, y es aptísima para todo sentido del sabor condimentado. Los apóstoles son predicadores de las cosas celestiales, y sembradores de la eternidad: confiriendo inmortalidad a todos los cuerpos a los que su palabra se aplica, y, como Juan testimonia arriba, perfeccionados por el sacramento del agua y del fuego. Con razón, pues, son llamados sal de la tierra, reservando los cuerpos a la eternidad por la virtud de la doctrina. Pero la naturaleza de la sal siempre es la misma, y nunca puede cambiar. Sin embargo, porque el hombre está sujeto a la conversión, y solo es bienaventurado quien permanece hasta el fin en todas las obras de Dios; por eso, a los llamados sal de la tierra, se les advierte que persistan en la virtud del poder que se les ha confiado, para que, no desvanecidos, no salgan nada, y ellos mismos, habiendo perdido el sentido del sabor recibido, no puedan vivificar lo corrupto, y arrojados de los almacenes de la Iglesia, sean pisoteados por los que caminan con aquellos a quienes han sazonado.

11. Luz del mundo. Vosotros sois la luz del mundo (Mateo V, 14). La naturaleza de la luz es emitir luz dondequiera que se extienda, y al entrar en las casas, elimina las tinieblas, dominando la luz. Así, el mundo, puesto fuera del conocimiento de Dios, estaba oscurecido por las tinieblas de la ignorancia: al cual, por los apóstoles, se introduce la luz del conocimiento, y resplandece el conocimiento de Dios, y de sus pequeños cuerpos, dondequiera que caminen, se ministra luz a las tinieblas.

12. Ciudad, carne asumida por Cristo, ciudadanos hombres. No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte, ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de un celemín, y lo demás (Ibid. 15). Llama ciudad a la carne que había asumido: porque así como una ciudad consiste en la variedad y multitud de sus habitantes; así en Él, por la naturaleza del cuerpo asumido, se contiene una cierta congregación de todo el género humano. Y así, Él se convierte en ciudad por nuestra congregación en Él, y nosotros, por la comunión de su carne, somos la habitación de la ciudad. No puede ya esconderse: porque, puesto en la altura de la grandeza de Dios, se manifiesta y se da a conocer a todos por la admiración de sus obras.

13. Sinagoga, celemín ocultando la luz. Cristo, lámpara. Pero tampoco se enciende una lámpara para esconderla bajo un celemín. ¿Qué fruto hay en contener la luz en un espacio cerrado? Con razón el Señor comparó la Sinagoga a un celemín: que, recibiendo los frutos dentro de sí, observaba un cierto límite de observancia medida; ahora, sin embargo, vacía de todo fruto con su llegada, ya no puede ocultar la luz. Y por eso, la lámpara de Cristo ya no debe ser escondida bajo un celemín, ni ocultada por el velo de la Sinagoga: sino suspendida en la pasión del madero, ofrecerá luz eterna a los habitantes de la Iglesia. También exhorta a los apóstoles a brillar con igual luz (Mateo V, 16); para que, por la admiración de su obra, se dé alabanza a Dios: no porque se deba buscar la gloria de los hombres, ya que todo debe

hacerse en honor de Dios; sino para que, aunque nosotros lo disimulemos, nuestra obra resplandezca entre aquellos con quienes vivimos.

14. Ley de Cristo anunciada. No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir (Ibid. 17). La virtud y el poder de las palabras celestiales encierran en sí grandes momentos. La ley fue establecida en las obras, y todo fue concluido en la fe de lo que había de ser revelado en Cristo: cuya doctrina y pasión son el gran y profundo designio de la voluntad paterna. La ley, bajo el velo de palabras espirituales, habló del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, de su corporalidad, de su pasión y resurrección: y así, ya antes de los tiempos seculares, se dispuso que fuera en el tiempo de nuestra era, como lo atestigua frecuentemente la autoridad profética y apostólica. Así, después del ayuno de cuarenta días, Satanás, ansioso por tantas sospechas, llegó hasta la audacia de tentar: temiendo en Jesús el gran misterio de la obra celestial. Jesús, en efecto, es el nombre de nuestro Señor por el cuerpo. Así, su corporalidad y pasión son la voluntad de Dios y la salvación del mundo: y es más allá de la elocuencia del discurso humano, que Dios de Dios, el Hijo de la sustancia del Padre y consistente dentro de la sustancia del Padre, primero encarnado en hombre, luego sujeto a la muerte en la condición del hombre, finalmente, al tercer día, regresando a la vida desde la muerte, llevó a los cielos la materia de su cuerpo asumido, unida a la eternidad de su Espíritu y sustancia.

15. Cumplida por Cristo. Cruz de Cristo no debe avergonzarse. Para que no pensáramos que en sus obras había algo distinto de lo que contenía la ley; no profesó abrogar la ley, sino cumplirla: el cielo y la tierra, principalmente, creemos, los elementos deben ser disueltos: pero ni siquiera lo más mínimo de los mandamientos de la ley puede quedar sin cumplir; porque en Él se cumple toda la ley y la profecía. Bajo la pasión y ya a punto de entregar el espíritu, seguro de este gran misterio en sí mismo, habiendo bebido vinagre, profesó que todo estaba consumado: porque la fe de los hechos tomaba todas las palabras de los profetas. Así, ni siquiera lo más mínimo de los mandamientos de Dios, sin expiación, estableció que debía ser disuelto (Ibid. 19): anunciando que serán los más pequeños, es decir, los últimos y casi nulos, los que disuelvan lo más mínimo. Nada puede ser menor que lo que es mínimo. Lo mínimo de todo es la pasión del Señor y la muerte en la cruz: quien no la confiese como algo de lo que avergonzarse, será el más pequeño; pero promete gloria de gran vocación en el cielo al que la confiese.

16. Evangelio que excede la ley. Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Ibid. 20). Comenzó a exceder la obra de la ley con un hermoso inicio, no para disolverla, sino para precederla con un progreso superior: anunciando que no habrá entrada al cielo para los apóstoles, a menos que superen en equidad la justicia de los fariseos. Proponiendo, pues, lo que está prescrito en la ley, lo transgrede con progreso, no con abolición.

17. Ira sin causa, culpable de homicidio. La ley prohibió matar, expiando la culpa de homicidio con la severidad del juicio (Ibid. 21). Pero la afección de una mente mal dispuesta hacia otro tiene la misma pena en los Evangelios; y por el precepto de la fe, la ira sin razón es tan culpable como el homicidio en las obras de la ley. Y quien diga a su hermano raca, será culpable ante el concilio (Ibid. 22). Raca es un reproche de vacuidad: y quien acusa de vacuidad con un insulto al Espíritu Santo, será culpable ante el concilio de los santos; expiando con el juicio de los santos la injuria al Espíritu Santo: Y quien diga fatuo, será culpable del fuego del infierno. Es un gran peligro de pecado insultar con la contumelia de un sentido infatuado a aquel a quien Dios ha llamado sal: y exasperar con maldición la inteligencia de los que salan (los que salan), con la inteligencia de los necios. Este tipo de

personas será alimento del fuego eterno. Así, lo que la ley no condenó ni siquiera en las obras, la fe de los evangelios condena por la facilidad contumeliosa de las palabras.

18. La paz con los hermanos debe preceder a la paz de Dios. Atando a todos con mutua caridad, no permite que se haga ninguna oración de una palabra impaciente: sino que, al ofrecer dones en el altar, si recuerdan que tienen algo de discordia con los hermanos, les ordena reconciliarse en la paz humana antes de regresar a la paz divina, pasando de la caridad de los hombres a la caridad de Dios (Ibid. 23 y 24).

19. Debe hacerse rápidamente. Y porque no permite que haya ningún tiempo vacío de afecto de apacibilidad, nos ordena reconciliarnos rápidamente con el adversario en todo el camino de nuestra vida con benevolencia: para que, al no ser morosos en el regreso de la gracia, no lleguemos al tiempo de la muerte sin haber hecho la paz, y el adversario nos entregue al juez, y el juez al ministro, y seamos arrojados a la cárcel, y no salgamos de allí hasta que paguemos el último cuadrante (Ibid. 25 y 26). En los preceptos de la oración del Señor, pedimos que se nos perdonen nuestras deudas con el ejemplo, y con la condición de perdón dada a los adversarios, imploramos el perdón de Él (Mateo VI, 12). Esto, pues, se nos negará si se nos niega a nosotros: y somos culpables por nuestro propio juicio, si pasamos al tiempo del juicio sin haber perdonado las discordias; el adversario entregándonos al juez, porque la ira de nuestra discordia que permanece en él nos acusa. Y porque la caridad cubre una multitud de pecados (I Pedro IV, 8), y es una defensora ambiciosa de nuestros errores ante Dios; pagaremos el último cuadrante de la pena, a menos que la culpa de algunos crímenes se redima con el precio de ella. Pero no he considerado necesario tratar lo que muchos han entendido en este capítulo. Porque nos ordenamos reconciliarnos con benevolencia con el adversario, lo han referido a la concordia del cuerpo y el espíritu que se oponen entre sí; pero nosotros, manteniendo el orden de la doctrina, y excediendo la obra de la ley con los progresos evangélicos, no hemos considerado que la continuidad de la inteligencia deba ser interrumpida.

20. Oísteis que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio, etc. (Mateo V, 27). El orden del precepto sigue su curso, y dejando de lado las obras de la ley, ya en los Evangelios el movimiento del ojo que incide se iguala al adulterio: y la afectación lasciva del ojo que pasa se castiga con la obra de la fornicación.

21. Miembros que escandalizan deben ser cortados. Inútil cortar el cuerpo, no el corazón. Si tu ojo derecho te escandaliza, sácalo y arrójalo de ti, etc. (Ibid. 29). Se alcanza un grado más alto de inocencia, y la fe toma progreso. Se nos advierte no solo a carecer de nuestros propios vicios, sino también de los que nos inciden externamente. No se ordenan daños al cuerpo por causas de miembros pecadores: porque el ojo derecho no erraría menos que el izquierdo. Ciertamente, el pie, careciendo de sentido de concupiscencia, es inútil por el daño, en el que no incidirá la pena. Pero porque somos miembros diversos entre sí, pero todos un solo cuerpo; se nos advierte a desechar de nosotros, o más bien a arrancar, las proximidades de los nombres más queridos, si vemos en ellos algo tal, para que no vengamos a la sociedad del crimen de ellos por la familiaridad: mejor careciendo de los útiles y más necesarios, como miembros del ojo y del pie, que ser retenidos por el afecto de la proximidad viciosa hasta la sociedad del infierno. Pero sería útil la amputación de los miembros, si también pudiera haber una extirpación del corazón. Porque cuando la concupiscencia se compara con la eficiencia, el daño del cuerpo es ocioso, dejando el impulso de la voluntad.

22. También fue dicho: Quien repudie a su mujer, déle carta de divorcio, etc. (Ibid. 31). Conciliando la equidad en todos, ordenó que permaneciera principalmente en la paz de los

matrimonios: añadiendo más a la ley, sin quitar nada. Y ciertamente no puede ser acusado el progreso. Porque cuando la ley había otorgado la libertad de dar el divorcio por la autoridad del libelo, ahora la fe evangélica no solo impuso al marido la voluntad de la paz, sino también la culpa de forzar a la esposa al adulterio, si por necesidad de la separación debe casarse con otro: no prescribiendo ninguna otra causa de cesar del matrimonio, que la que contaminara al marido con la sociedad de una esposa prostituida.

23. Costumbre y necesidad de jurar eliminadas para los cristianos. De nuevo oísteis que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, etc. (Ibid. 33). La ley había puesto pena al perjurio, para que la religión del sacramento contuviera la falsedad de los mentirosos; y al mismo tiempo, el pueblo rudo e insolente tuviera frecuente mención de su Dios por la familiaridad de jurar. La fe, sin embargo, elimina la costumbre del sacramento, estableciendo los negocios de nuestra vida en la verdad, desechando el afecto de engañar, prescribiendo la simplicidad de hablar y escuchar; para que lo que era, fuera, y no fuera lo que no era: porque entre el ser y el no ser, habría materia abierta para engañar, y lo que es más, todo eso es del mal (Ibid. 37). Porque lo que es, es suyo para siempre ser: lo que no es, es de la naturaleza para no ser. Por lo tanto, para los que viven en simplicidad, no hay necesidad de la religión de jurar, con quienes siempre lo que es, es: lo que no, no: y por esto, toda su obra y palabra está en la verdad.

24. Superstición de los judíos condenada. Ni por el cielo jurarás, porque es el trono de Dios, y lo demás (Ibid. 34). No solo no permite que devolvamos a Dios los sacramentos, porque toda la verdad de Dios debe ser retenida por la simplicidad de nuestro dicho y hecho: sino que condena la superstición de la contumacia antigua. Porque para los judíos era religión jurar por estos nombres de los elementos, y por el cielo, y la tierra, y Jerusalén, y también por su cabeza, a los que en contumelia de Dios rendían veneración con el sacramento. ¿Qué importancia tenía jurar por el cielo, trono de Dios, jurar por la tierra, escabel de sus pies, jurar por Jerusalén, ciudad que pronto sería destruida por la insolencia y pecados de sus habitantes: especialmente cuando estaba constituida en prefiguración de la Iglesia, es decir, del cuerpo de Cristo, que es la ciudad del gran rey? Pero, ¿por qué querían jurar por la cabeza? ¿Acaso tenían la facultad de cambiar siquiera un cabello, cuando a todos la naturaleza les daba el color procedente de Dios? Y así demuestra que estos empeños de los sacramentos estaban llenos de pecado entre ellos: cuando, ignorando o descuidando a su creador, impartían religión a las obras.

25. Deseo de venganza contenido. Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, diente por diente, y lo demás (Ibid. 38). El Señor quiere que la esperanza extendida de nuestra fe en la eternidad sea probada por las mismas cosas: para que la misma tolerancia de disimular la injuria sea testigo del juicio futuro. La ley contenía al infiel Israel dentro del temor, y cohibía la voluntad de la injuria con la reciprocidad de la injuria. La fe, sin embargo, no permite que haya dolor tan grave de injuria, que requiera venganza, y que alguien sea vengador de la contumelia recibida: porque en el juicio de Dios, hay más consuelo para los que sufren la injuria, y más severa pena para los injuriosos. Y así, los Evangelios no solo nos ordenan estar lejos de las iniquidades, sino que también exigen la disimulación de la injuria que debe ser vengada. Porque al recibir una bofetada, se nos ordena ofrecer la otra mejilla (Ibid. 39), y llevando una carga por mil pasos, avanzar en el espacio de dos mil pasos, teniendo el aumento de la injuria el progreso de la venganza, con el mismo Señor de las virtudes celestiales ofreciendo las mejillas a las palmas y las espaldas a los azotes para el incremento de la gloria.

26. Causas de pleitos eliminadas. Se ordena la munificencia. La dispensación de la gracia de Dios debe ser gratuita. No solo ordena evitar los juicios humanos, sino también evitarlos con la voluntad de daño; para que al que quiera despojarnos de la túnica en juicio, le dejemos

también el manto (Ibid. 40): y por la esperanza de los bienes futuros, despreciando el mobiliario secular, reprobemos la vana codicia y la vanidad de la avaricia infructuosa de las naciones. También ordena dar a todos los que pidan, y no rechazar el rostro y el ánimo de los que quieran pedir prestado; para que, por nuestra munificencia, se satisfagan sus necesidades, y su sed con bebida, su hambre con alimento, su desnudez con vestido concedido: y así seamos hallados dignos de los bienes de los que necesitamos de Dios; cuando el mérito de obtener se concilie con la costumbre de conceder. En el oficio también de dispensar la gracia que hemos recibido, se demuestra que debemos ser generosos; para que la dispensación del bien gratuito sea gratuita, y no neguemos a los que quieren pedir prestado lo que mutuamos de Dios, siempre cumpliendo el ministerio de impartir sin pérdida de tener.

27. Amor a los enemigos. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo, y lo demás (Ibid. 43). Concluyó todo con perfecta bondad. La ley exigía amar al prójimo, y daba licencia de odio al enemigo. Pero la fe ordena amar a los enemigos, y rompe los movimientos petulantes de las mentes humanas con el afecto de la caridad pública (Ibid. 44); no solo alejando la ira de la venganza, sino también mitigando en amor al injurioso: porque es de las naciones amar a los que aman, y es común amar a los que aman. Nos llama, pues, a la herencia de Dios, así como a la imitación: dando a los buenos e injustos, con la venida de su Cristo, en los sacramentos del bautismo y del Espíritu, tanto el sol como la lluvia (Ibid. 45). Así nos instruye para la vida perfecta, por esta concordia de la bondad pública, porque tenemos un Padre perfecto en el cielo que debemos imitar.

28. Evitar la jactancia.---Cuidaos de no practicar vuestra justicia delante de los hombres, etc. (Mat. VI, 1). Aparta toda preocupación por las cosas presentes y manda estar atentos solo a la esperanza del futuro, sin buscar el favor de los hombres mediante la ostentación de la bondad, ni la jactancia de la religión con la abundancia de la oración pública, sino que el fruto de la buena obra debe mantenerse dentro de la conciencia de la fe: porque la búsqueda de la alabanza humana solo recibirá la recompensa que espera de los hombres; en cambio, la expectativa de merecer de Dios obtendrá el premio de una larga paciencia. También se ordena que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha (se sobreentiende) (Ibid. 3). Pero, ¿acaso la naturaleza del cuerpo permite esto? ¿O los ministerios de las manos adquieren el sentido de la inteligencia? En verdad (se sobreentiende que esto quiere) que nuestras obras estén en el conocimiento de Dios: cuando bajo la denominación de los miembros, en lo que hacemos, se excluye la conciencia de lo que es nuestro y está con nosotros.

CAPÍTULO V. Sobre la oración y el ayuno, sobre el tesoro en el cielo, sobre la lámpara del cuerpo, sobre los dos señores, sobre la comida y el vestido, sobre las aves y los lirios del campo y el heno, sobre la preocupación del día, sobre la paja y la viga en el ojo.

1. El lugar de la oración, el corazón.---También se nos manda orar con la puerta del cuarto cerrada, y se nos enseña a elevar la oración en todo lugar (Mat. VI, 6): y la oración de los santos fue acogida entre las fieras, en las cárceles, en las llamas, y desde las profundidades del mar y el vientre de la bestia (Jonás II, 2). Por tanto, se nos advierte que no es la casa oculta, sino el cuarto de nuestro corazón al que debemos entrar, y orar a Dios con el secreto de nuestra mente cerrado, no con muchas palabras, sino con conciencia, porque la obra debe sobresalir sobre las palabras dichas. Sobre el sacramento de la oración, Cipriano, hombre de santa memoria, nos ha liberado de la necesidad de comentar. Aunque también Tertuliano escribió un volumen muy adecuado sobre esto: pero el error posterior del hombre restó autoridad a sus escritos probables.

2. La conciencia del ayunante debe ser pura, y sus obras buenas.---Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas: porque desfiguran sus rostros para parecer a los hombres que ayunan, etc. (Ibid. 16 y 17). Enseña que el provecho del ayuno debe estar fuera de la jactancia del cuerpo debilitado, y no buscar el favor de las gentes mediante la ostentación de la injuria; sino que todo ayuno debe situarse en el decoro de la santa operación. Porque el aceite es fruto de la misericordia, es palabra celestial y profética. Por tanto, con obras de bondad debe adornarse nuestra cabeza, es decir, el sentido de nuestra vida; porque toda inteligencia está en la cabeza: y deben lavarse las suciedades del rostro, para que no haya horror por los vicios, sino más bien gracia de blancura en el encuentro: y así, purificados en el esplendor de una buena conciencia y ungidos en la gracia de una obra misericordiosa, nuestros ayunos se recomienden a Dios. En cambio, huyendo en los ayunos de la conciencia de los hombres con cabezas unguadas, seremos más bien ridículos y conocidos.

3. Donde esté el corazón, allí estará después de esta vida.---No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, y lo demás (Ibid. 19). Demuestra que, dejando de lado toda preocupación por la gloria y la opulencia humanas, debe tomarse todo cuidado por agradar a Dios: porque la alabanza humana es corrompida por los vicios del cuerpo o la detracción de los envidiosos; y este tesoro de dinero, o es peligroso por la pérdida, o por el robo. En cambio, la alabanza celestial es eterna, no debe ser sustraída por el robo furtivo, ni carcomida por la polilla o el óxido de la envidia: nuestro corazón tendrá la sede del tesoro que haya seguido, y con la luz de nuestra inteligencia, o será con el dinero dañino en el futuro, o con Dios eterno.

4. Claridad de los cuerpos o tinieblas eternas según la diversa razón de las almas. ---La lámpara de tu cuerpo es tu ojo (Ibid. 22). El sentido es contenido. Porque del oficio de la luz del ojo expresó la luz del corazón. Si permanece simple y claro; otorgará al cuerpo la claridad de la luz eterna, e infundirá el esplendor de su origen a la corrupción de la carne. Pero si está oscuro por los pecados, y la voluntad es mala; la naturaleza del cuerpo estará sujeta a los vicios de la mente. Y si la luz que hay en nosotros es tenebrosa; ¿cuán grandes deben ser las mismas tinieblas de las tinieblas (Ibid. 23)? porque ya peligrosamente suele la viciosa origen de la carne terrena dominar la generosidad del alma, y mucho más los pecados de los cuerpos se agravan, si también son ayudados por las pasiones de las almas: y de ahí que nuestros cuerpos se vuelvan tenebrosos, más allá de su naturaleza, si en ellos se ha extinguido la luz de las mentes; lo cual, si lo retenemos por la simplicidad del espíritu, es necesario que ilumine también al cuerpo con su luz.

5. No se puede servir a Dios y al mundo.---Nadie puede servir a dos señores, etc. (Ibid. 24). El servicio infiel de dos señores es, ni puede ser igual el cuidado de este mundo y de Dios. Porque es necesario que haya odio hacia uno, amor hacia el otro: porque la misma obra no conviene a la voluntad de señores diferentes, ni los pobres de espíritu que agradan a Dios pueden ser aptos para la jactancia ambiciosa de este mundo.

6. Con el desprecio del mundo, el alma suspira por el cielo.---Por eso os digo, no penséis en vuestro corazón qué comeréis; ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es vuestra alma más valiosa que la comida, y el cuerpo más que el vestido (Ibid. 25)? Había ordenado el desprecio del mundo y la confianza en las cosas futuras en todo el discurso anterior. Pues cuando nos manda ser propensos a la injuria, voluntarios para la pérdida, negligentes para la venganza, y amorosos con todos, y desinteresados en la gloria humana; se esfuerza por confirmarnos en la esperanza de los bienes eternos. Porque muchos, tanto el amor por las cosas presentes como la desesperación por las futuras, los hace inciertos: y los atrapa con seducciones, o los confunde con incredulidad: Por tanto, el reino de los cielos, que los profetas anunciaron, Juan predicó, nuestro Señor confesó estar en Él, quiere que se espere sin ninguna ambigüedad de

voluntad incierta: de lo contrario, no hay justificación por la fe, si la misma fe se vuelve ambigua. Por lo tanto, ordena que no haya preocupación por el vestido y la comida, diciendo que el alma es más preciosa que los alimentos, y el cuerpo más que el vestido.

7. Un sentido más profundo se oculta en lo dicho.---Y ciertamente es hermoso, con el desprecio de las cosas presentes, dedicar solo el cuidado a las cosas divinas: pero el discurso desciende más profundamente, y la razón sujeta a las palabras se extiende en la inteligencia del dicho celestial. El Señor mandó guardar el tesoro en el cielo, y prometió también el esplendor al cuerpo por la luz del ojo, y testificó que nadie puede agradar a dos señores: y después de esto dice: Por eso os digo, no penséis en vuestro corazón qué comeréis; ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. Lo que sigue, no concuerda suficientemente con las proposiciones. ¿Acaso el siervo de un solo señor no puede estar preocupado por el vestido y la comida? ¿Acaso por una salud adversa, al debilitarse la luz del ojo, se oscurecerá el cuerpo? ¿O qué luz del cuerpo puede haber del ojo? ¿Acaso el tesoro en los cielos podrá ser solo la desnudez o el hambre?

8. Se resuelven algunas dudas sobre la resurrección. ---Pero como el sentido de los infieles está corrompido respecto al cuidado de las cosas futuras, calumniando sobre cuál será la apariencia de los cuerpos en la resurrección, qué alimento en la sustancia de la eternidad; y cuando de las dificultades de cuestiones inútiles, se ha buscado alguna razón para disfrutar de los placeres presentes, demorándose en la reverencia a Dios por un miedo inútil, pasan a los gozos del mundo; y así es, que el servicio infiel de uno es para dos señores: por tanto, desde el más alto afecto de piedad, con el gravísimo peligro de desconfianza antes predicho, así advierte: ¿No es el alma más valiosa que la comida, y el cuerpo más que el vestido (Ibid. 25)? En las palabras de Dios está la verdad, y toda la eficacia de las cosas por crear está en la palabra. Así que ni lo que prometió es ambiguo, ni ineficaz lo que habló. No hay nada que no sea corporal en su sustancia y creación: y los elementos de todo, ya sea en el cielo o en la tierra, ya sea visible o invisible, están formados. Pues también las especies de las almas, ya sea que posean cuerpos, ya sea que estén exiliadas de los cuerpos, sin embargo, adquieren una sustancia corporal de su naturaleza; porque todo lo que es creado, es necesario que esté en algo. Y por eso, Dios, refutando la necedad de una cuestión inútil, no permite que, al colocar el alma y el cuerpo en la sustancia de la eternidad, nuestra esperanza en el futuro se demore en la preocupación por la comida y el vestido: para que no se inflija una injuria en no realizar cosas menores a quien devuelve cosas tan preciosas, a saber, el cuerpo y el alma.

9. Los demonios no trabajan para tener de qué vivir.---Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni recogen en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de más valor que ellas (Ibid. 26)? Bajo el nombre de las aves, nos exhorta con el ejemplo de los espíritus inmundos: a quienes, sin ningún trabajo de buscar y recoger, se les concede vivir de la sustancia del eterno consejo. Y para mostrar que esto debe referirse a los espíritus inmundos, añadió: ¿No sois vosotros de más valor que ellas? mostrando la diferencia de maldad y santidad por la excelencia de la comparación.

10. Los cuerpos serán resucitados a la estatura de un hombre perfecto.---¿Quién de vosotros puede añadir un codo a su estatura? Y sobre el vestido, ¿por qué estáis preocupados (Ib. 27, 28)? Afirmó la fe en nuestra sustancia vital con el testimonio de los espíritus: pero dejó la opinión sobre el hábito futuro al juicio de la inteligencia común. Pues cuando va a resucitar la diversidad de todos los cuerpos que han tenido vida en un solo hombre consumado y perfecto, y solo Él es capaz de añadir un codo, otro o un tercero a la estatura de cada uno, ¿con cuánta injuria dudamos sobre el vestido, es decir, sobre la apariencia de los cuerpos

(Efes. IV, 13)? quien para hacer a todo hombre igual y uniforme, va a añadir tanta medida a los cuerpos humanos.

11. Los lirios que no trabajan son ángeles. Por qué los ángeles son comparados con lirios.--- Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos, etc. (Ibid. 29). Los lirios no trabajan, ni hilan: y Salomón no fue vestido con su gloria, un gran profeta, y amado por Dios por el mérito de la sabiduría querida. Pero los lirios nacen más bien que se visten. La vestidura es un velo del cuerpo, no el cuerpo mismo. Si se refiere al sentido de la inteligencia humana, el color del lirio podría haber sido imitado por el resplandor del velo. Pero los lirios que no trabajan ni hilan deben entenderse como las claridades de los ángeles celestiales, a quienes, fuera de la erudición de la ciencia humana y la recompensa de su obra, se les ha concedido el resplandor de la gloria por Dios: para que no se piense que tienen algo por su propio trabajo o arte. Y como en la resurrección los hombres serán semejantes a los ángeles, quiso que esperáramos el velo de la gloria celestial, con el ejemplo de la claridad angélica. Además, en la naturaleza de este germen, se compara muy adecuadamente con las sustancias celestiales de los ángeles. Porque al florecer, cuando se arranca de la raíz detenida en la tierra, oculta la virtud de su naturaleza aunque se crea que ha marchitado, y al regresar el tiempo, se viste de nuevo con el honor de su lirio. Porque florece y se restaura por sí mismo; y lo que es, no puede deberlo ni a la raíz ni a la tierra: ya que el jugo que lo sustenta, es de sí mismo. Y así, con el ejemplo de esta verdor anual, emula la virtud de su sustancia celestial: ya que solo de lo que tiene dentro de sí, se alimenta para florecer. Por eso, los lirios no trabajan, ni hilan: porque las Virtudes de los ángeles, de la suerte de su origen que han alcanzado, reciben para ser siempre.

12. El heno, las naciones. Resucitarán para el fuego eterno. La resurrección de los justos es mucho menos dudosa.---Si el heno del campo, que hoy es, y mañana se echa al fuego, Dios lo viste así; ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe (Ibid. 30)? Confirma la confianza inviolable de nuestra fe con la autoridad de los ejemplos: para que sea tanto más peligroso dudar, cuanto con mayor cuidado ha quitado toda ocasión de infidelidad. El heno no nace para ser echado al fuego; ni la peculiar preocupación de Dios por vestirlo es para que se quemé: pero bajo el nombre de heno, encontramos frecuentemente que Dios se refiere a las naciones. Sin embargo, es el brote que, al perder la flor de su virtud, se seca al calor del sol. Por tanto, no habrá descanso para las naciones, ni se les dará el descanso de la muerte, como quieren, como un atajo: sino que también se les destinará la eternidad corporal para que el fuego eterno sea en ellas materia eterna, y en todos se ejerza la venganza sempiterna. Si, por tanto, a las naciones se les concede la eternidad corporal solo para ser destinadas al fuego del juicio; cuán profano es que los santos duden de la gloria de la eternidad, cuando a los inicuos se les otorga la obra de la eternidad para el castigo. Por tanto, exige que toda nuestra expectativa se coloque en la fe de las promesas y en el poder de su virtud: para que, dejando de lado la preocupación por las cosas que necesitamos, esperemos todo más bien de aquel de quien tomamos el principio vital, y busquemos el reino de Dios con los méritos de nuestra vida. Y esta es la recompensa de los que viven recta y perfectamente, para que sean transferidos de esta materia corruptible del cuerpo a una nueva y celestial sustancia, y la corrupción terrena se cambie por la incorruptibilidad celestial. Por tanto, es de las naciones, angustiadas por esta preocupación de infidelidad: a quienes, detenidas por el amor del mundo y ocupadas en los placeres del cuerpo, no se busca ni se desea ningún camino hacia el reino celestial por la fe y la confesión de Dios.

13. Qué es el día. La preocupación no cae en el día. En torno a qué debe girar toda la preocupación del hombre. ---No os preocupéis, pues, por el mañana. Porque el día de mañana

se preocupará por sí mismo. Basta a cada día su propio mal (Ibid. 34). Es juicio común que el día es el curso de los tiempos que pasan iluminado por la luz del sol, que la noche interpuesta discrimina, y con su intervención subroga un día al día: pero en el mañana se contiene el significado del tiempo futuro. Por tanto, Dios nos prohibió preocuparnos por el futuro. Pero la falta de preocupación no es negligencia, sino fe. ¿Por qué preocuparnos por el mañana; si el día de mañana se preocupa por sí mismo? Por tanto, la misma preocupación nos la quita el día que se preocupa por nosotros. Pero la preocupación, según creo, es un afecto propio del hombre: porque la ansiedad la excita la preocupación, el miedo o el dolor, El día, sin embargo, es el curso del tiempo: y solo los que han alcanzado la providencia reciben el afecto de la preocupación. Por tanto, se establecerá que el día es un ser que cuida, prevé y se preocupa; al que le basta su propia malicia, y no debe ser acumulada con pecado externo. Pero la naturaleza de la cosa no permite atribuir al día el afecto de la mente: por tanto, que se preocupe por sí mismo, que le baste su malicia, y que se nos prohíba preocuparnos por el mañana; todo se contiene bajo las palabras de la significación celestial. Por tanto, se nos ordena no dudar de las cosas futuras; porque ya nos basta la malicia de nuestra vida, y los pecados de los días en que vivimos, para que toda la meditación y el trabajo de nuestra vida se ocupen en purgarlos y merecerlos, para que no se contraiga una irreligiosidad inexpiable por la desconfianza de las cosas futuras: ya que, cesando nuestra preocupación, las cosas futuras se preocupan por sí mismas en su oficio, y el progreso de la claridad eterna, con la bondad de Dios que lo procura, ya se prepara para nosotros que no estamos preocupados.

14. Juzgar sobre las promesas de Dios es un crimen. Por qué.---No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados (Mat. VII, 1, 2). Dios aparta completamente toda función de juicio, ni permite que se asuma en absoluto. Pero se considera que lo que sigue contradice lo propuesto, cuando dice: Con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados. Pero antes dijo: No juzguéis, para que no seáis juzgados. ¿Acaso no se debe asumir el juicio del buen juicio? Pero profesa que se juzgará según la condición del juicio, y que a todos se les medirá con la medida con que midieron. Por tanto, nunca se juzgará bien, si en absoluto no se juzgará. Pero ya hace tiempo, como se sabe arriba, no se trata nada leve o vano en las palabras de Dios: y todo este discurso está más allá del sentido de los oídos gentiles. Porque prohibió juzgar sobre sus promesas: porque así como los juicios se toman entre los hombres sobre cosas inciertas, así también este juicio contra Dios se asume por la ambigüedad de sentir y opinar, lo cual rechaza completamente de nosotros, para que se retenga más bien una fe constante; porque no como en las demás cosas, es pecado haber juzgado mal; sino que en estas cosas solamente sobre Dios, el juicio es el principio del crimen.

15. Qué tipo y cuán grande es el pecado de la infidelidad. Corrige en vano a otros quien no está corregido.---¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu propio ojo, y lo demás (Ibid. 3)? En lo que sigue, enseñó que solo la blasfemia contra el Espíritu estará fuera del perdón, mientras que Dios concede indulgencia a todos los demás. El pecado contra el Espíritu es negar a Dios el poder de la virtud, y quitar a Cristo la sustancia de la eternidad: por quien, porque en el hombre Dios vino, el hombre de nuevo será hecho en Dios. Por tanto, tanto como hay diferencia entre la paja y la viga, así muestra que el pecado contra el Espíritu excede la condición de los demás crímenes: para que cuando los infieles reprochen a otros los delitos del cuerpo, no vean antes en sí mismos la carga del pecado por dudar de las promesas de Dios, con la viga de la infidelidad en el ojo como si estuviera en la pupila de la mente. Porque a menudo sucede que asumimos la autoridad de reprender a otros, sin ningún ejemplo de corrección propia; y mostramos la jactancia de curar la ceguera ajena, estando nosotros mismos en las tinieblas de la luz corrompida: cuando es difícil que alguien ofrezca

lo que necesita, y es mejor enseñar con el ejemplo que con palabras. Se debe aplicar cuidado a la ceguera propia: porque es de la naturaleza de las cosas, que nadie puede ser un maestro idóneo para purgar la paja del ojo del hermano, antes de haber expulsado de la luz de su mente la viga de la perfidia que pesa.

CAPÍTULO VI. Sobre las perlas ante los cerdos, sobre el falso profeta, sobre la casa edificada sobre la roca.

1. Los misterios de Cristo deben ser revelados con cautela a los gentiles y herejes.---No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, y lo demás (Mat. VII, 6). No hay nada más precioso y sagrado que los preceptos y promesas de Dios, que nos otorgan el tesoro de la inmortalidad al santificarnos. Por lo tanto, no se nos permite divulgar los sacramentos y virtudes de estos a los gentiles ni discutirlos con los herejes. Los perros, debido a su rabia de ladrar contra Dios, son llamados gentiles. El nombre de cerdos se da a los herejes: porque aunque tienen pezuñas hendidas, no disponen la comprensión de Dios rumiando. Por lo tanto, no nos conviene tratar indiscriminadamente la encarnación del Verbo de Dios, el misterio de la pasión y el poder de la resurrección, ni exponerlos de manera ignorante y descuidada: para que no pisoteen y desprecien nuestra ignorancia si falta la instrucción de la ciencia perfecta, y se burlen de la debilidad de la pasión en Dios; y volviéndose contra nosotros, rompan nuestra fe e impericia con los agujones de las contradicciones.

2. El poder de la oración contra la ignorancia. La ley de la caridad.---Pero en lo que ignoramos, se nos abre el camino para alcanzar la verdad: que solo se obtiene en la demora de las oraciones. Para que sintamos y creamos todo, y no nos dejemos llevar por la incertidumbre de una voluntad ambigua; es necesario orar, buscar, llamar (Ibid., 7): encontraremos misericordia con la oración, progreso con la búsqueda, y acceso con la tentativa. Además, se nos enseña con el ejemplo del afecto humano a esperar obtener. Porque si nosotros, cuando nuestros hijos nos piden pescado o pan, no les damos una serpiente o una piedra; cuánto más nuestro Padre Dios, óptimo y excelentísimo, dará a los que oran los dones de la fe perfecta (Ibid., 9 y sig.); y no ofrecerá por el alimento de la vida la dureza de la piedra gentil, ni por la conservación del bautismo la serpiente del veneno herético. Luego completó todo con el ejemplo de la bondad, uniendo a todos en la paz del amor mutuo: estableciendo en ello los mandamientos de la ley y los profetas, para que deseando la bondad de todos hacia nosotros, seamos nosotros mismos buenos con todos.

3. El camino al cielo es transitado por pocos, y al contrario.---Entrad por la puerta estrecha. ¡Qué ancha y espaciosa es la vía que lleva a la perdición! El camino al cielo es arduo para el hombre, y el acceso es angosto y estrecho: pero la vía de la perdición es ancha. Muchos la transitan, pero pocos encuentran aquella. Para pocos son valiosas las pérdidas de las cosas presentes: para quienes vencer las pasiones del alma y quebrantar las del cuerpo, y pasar por alto las seducciones de todas las lisonjas del mundo expuestas con todas sus fuerzas, es la mayor ganancia de la esperanza celestial. Pero para aquellos cuyo único bien es fornicar, comer en exceso, ambicionar, insolentarse, despreciar, odiar, saquear, es un camino frecuentado por una gran multitud.

4. El siervo de Dios se reconoce no por palabras, sino por hechos.---Y porque sería de pocos encontrar el camino estrecho, expone la falsedad de aquellos que mentirían al decir que lo buscan, diciendo: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, etc. (Ibid., 15). Advierte que las lisonjas de las palabras y la simulación de

mansedumbre deben ser evaluadas por el fruto de la acción: para que no observemos cómo alguien se refiere a sí mismo con palabras, sino cómo se manifiesta en hechos; porque en muchos la rabia de lobo se oculta bajo el vestido de oveja. Así como las espinas no producen uvas, ni los abrojos higos, y como los árboles malos no dan frutos útiles (Ibid., 16): así tampoco enseña que el efecto de la buena obra reside en estos; y por eso todos deben ser conocidos por sus frutos. El reino de los cielos no se obtiene solo con el servicio de las palabras: ni quien diga: Señor, Señor, será heredero de él (Ibid., 21). ¿Qué mérito hay en decir al Señor: Señor, Señor? ¿Acaso no será Señor si no lo decimos nosotros? ¿Y qué santidad de oficio hay en la pronunciación del nombre, cuando el camino del reino celestial será encontrado más bien por la obediencia de la voluntad, no por la pronunciación de Dios?

5. El cielo se gana no con obras maravillosas, sino con buenas obras.---Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre? y lo demás (Ibid., 22). También ahora condena la falsedad de los falsos profetas y las simulaciones de los hipócritas, que presumen de la gloria por la virtud de la palabra, en la profecía de la doctrina, y en la expulsión de demonios, y en virtudes de obras de este tipo: y de aquí se prometen a sí mismos el reino de los cielos. Como si algo de lo que hablan o hacen fuera propio de ellos, y no todo lo realizara la virtud de Dios invocada: cuando la lectura trae el conocimiento de la doctrina, el nombre de Cristo ahuyenta a los demonios. Por lo tanto, de lo nuestro es merecer aquella bienaventurada eternidad: y debemos ofrecer algo de lo propio, para que queramos el bien, evitemos todo mal, y con todo afecto obedezcamos los preceptos celestiales: y seamos conocidos por Dios por tales oficios, y hagamos más bien lo que Él quiere, que gloriarnos de lo que puede: rechazando y apartando a aquellos que sus obras de iniquidad han alejado de su conocimiento.

6. El progreso de las tentaciones.---Por tanto, todo el que oye mis palabras y las hace, lo compararé a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca, y lo demás (Ibid., 24). El sentido está unido a lo anterior. Reprendiendo la jactancia de los falsos profetas y las ficciones de los hipócritas, expone mediante el ejemplo de la comparación al hombre de fe perfecta en sí mismo, que aquel que oye y hace sus palabras, está edificado sobre la roca, y se sostiene en un fundamento estable y firme, y no puede ser disuelto por el ímpetu de las tempestades que se le presenten; significando el Señor en la roca a sí mismo, el fundamento sólido del edificio. Pero cuando aquel que ha crecido en una obra sublime por sí mismo, no puede ser movido ni por lluvias, ni por ríos, ni por viento; en las lluvias, significa las seducciones de los placeres blandos y que se infiltran lentamente, por las cuales primero la fe se humedece con grietas abiertas: después de las cuales sobreviene el curso de los torrentes, es decir, el movimiento de las pasiones más graves: y desde allí toda la fuerza de los vientos circundantes se desata, es decir, todo el espíritu del poder diabólico se introduce. Pero el hombre edificado sobre el fundamento de la roca permanecerá firme y no podrá ser movido de su lugar. El necio, sin embargo, que desestima lo que ha oído, como si hubiera puesto su obra de edificación sobre la arena, se mantiene infielmente, pronto a ser socavado por las lluvias que se infiltran, y empujado por los ríos, y dispersado por los vientos, según la naturaleza de las arenas sobre las que está edificado, siendo disuelto con la pesada ruina de su caída (Ibid., 25).

7. El objetivo de lo dicho anteriormente.---Y así, con el ejemplo de las comparaciones anteriores, el Señor quiso que hiciéramos lo que mandó, y creyéramos lo que prometió. Completado todo, las multitudes se maravillaban de su doctrina, porque no les había enseñado al modo de los escribas y fariseos (Ibid., 28 y 29). Pues medían en las virtudes de las palabras el efecto de los poderes.

CAPÍTULO VII. Del leproso que curó, del siervo paralítico del centurión, de la suegra de Pedro, de muchas y diversas curaciones.

1. El sentido alegórico no resta nada a la verdad literal. La ley ya es inútil.---Y al descender él del monte, le siguieron muchas multitudes. Y he aquí un leproso que vino y le adoró diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme, y lo demás (Mat. VIII, 1 y 2). Al inicio del sermón advertimos que nadie pensara que se debía restar algo a la fe de los hechos si enseñábamos que los mismos contenían en sí el progreso de las cosas consecuentes. Pues nada resta a la verdad, la verdad seguida de la imitación. Por lo tanto, en todo el sermón anterior, el Señor había transmitido los preceptos de la fe, había superado la ley, significando al superarla que ya era inútil e ineficaz. Había exigido la observancia de los mandamientos, había ordenado antes la esperanza más fiel de sus promesas: por lo tanto, lo que hizo primero después de esto debe ser considerado.

2. La debilidad de la ley es suplida por Cristo.---Se presenta un leproso, pide ser limpiado, es purificado por el poder de la palabra con el toque, se le ordena guardar silencio (Ibid., 3 y 4), pero sin embargo mostrarlo al sacerdote y ofrecer el don que Moisés mandó como testimonio. La curación de la multitud que escucha y cree, y que desciende del monte con el Señor, se muestra en el leproso: que contaminada por la mancha viciosa del cuerpo, y al escuchar la predicación del reino de los cielos, pide ser curada; es visitada con el toque del cuerpo, curada por el poder de la Palabra, y para que esta salud no se ofrezca más bien que se busque, se le ordena el silencio, y se le manda mostrarse a los sacerdotes: para que sea visto en hechos y obras lo que fue anunciado en la ley; y en lo que la ley era débil, se entienda el poder de la palabra: y también el que ha sido purificado ofrezca a Dios la recompensa de la salud recibida; pero que ese don no sea de aves, sino que el mismo hombre, limpiado de las inmundicias del pecado del cuerpo, pase al sacrificio de Dios (Lev. XIV, 4); porque lo que Moisés mandó en la ley, sea testimonio, no efecto.

3. El centurión, príncipe de las naciones que creerán.---Después de esto, cuando entró en Capernaum, se acercó a él un centurión rogándole, y diciendo: Mi siervo yace en casa paralítico, etc. (Mat. VII, 5 y 6). Sigue a la purificación del leproso la curación del siervo paralítico. Pero ¿qué es esto, que el centurión, señor del siervo, profesa no ser digno de que Cristo entre en su casa, vea al siervo, y presente le brinde ayuda; y que tiene soldados, manda lo que quiere, y muchos le obedecen estando bajo su autoridad, y que de manera similar el Señor puede otorgar la curación con la palabra? Me basta con haber dicho que el centurión es el príncipe de las naciones que creerán. Quien quiera saber quién es este príncipe al que están sujetos muchos, lea el cántico de Moisés en el Deuteronomio (Deut. XXXII), y el libro Eclesiástico de Salomón, donde se habla de la dispersión de las naciones: a nosotros nos corresponde tratar solo del siervo.

4. La salvación de las naciones por la fe.---Sucede entonces en este siervo, después de la sanidad de la parálisis, la salvación de las naciones. Pues el siervo yacía disuelto en una casa humilde, corruptible, e indigna del ingreso de aquel Salvador que necesitaba. Y el centurión sabe que el siervo puede ser sanado con la palabra: porque toda la salvación de las naciones es por la fe, y en los preceptos del Señor está la vida de todos. Por lo tanto, las naciones que yacen en el mundo, y disueltas por las enfermedades del pecado, deben ser consideradas: con todos sus miembros flácidos, y corrompidos para el oficio de mantenerse y avanzar. El sacramento de su salvación se cumple en el siervo del centurión, aunque Cristo no entre en la casa. Pues aunque haya permanecido en el mundo, no obstante, no ha incurrido en los vicios del mundo y los pecados.

5. El centurión no era de las naciones---Luego, maravillado por la fe, dice: No he hallado tanta fe en Israel (Ibid. 10). Este centurión no era de las naciones: ¿y cómo no se halló tal fe en Israel, si quien creía era israelita? Pero para que esta misma verdad imitara la semejanza del futuro; por eso se añadió la razón de la palabra, que tanta fe como la de las naciones no se hallaría en Israel, y que con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos descansarían desde los confines de las naciones (Ibid. 11). La verdad de la sanidad es perfecta en el siervo según la fe del creyente: pero la eficacia de los presentes también se muestra que aprovecha a la imagen de los futuros, cuando tanto el centurión creyendo, como el siervo salvado, ni tal fe se halló en Israel, y la compañía del reino de los cielos se destina a las naciones con Abraham.

6. La suegra de Pedro, afecto de infidelidad. Pedro, príncipe de la fe y del apostolado.--- Cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, vio a su suegra postrada y con fiebre, y lo demás (Ibid. 14). En la suegra de Pedro, se estima el afecto vicioso de la infidelidad, al que se adhiere la libertad de la voluntad, que nos une a ella con una especie de sociedad conyugal. Por lo tanto, con la entrada del Señor, en la casa de Pedro, es decir, en el cuerpo, se cura la infidelidad que arde con el calor de los pecados, y enferma por el dominio de los vicios. Luego, una vez sanada, sirve con el ministerio del oficio. Pues primero creyó, y es el príncipe del apostolado: y lo que antes languidecía en él, fortalecido por la palabra de Dios, se operó en el ministerio como una obra de salud pública. Y adecuadamente esta semejanza de la suegra de Pedro se adapta al afecto de la infidelidad, lo trataremos en el lugar que sigue sobre la nuera y la suegra (Cap. 10, n. 18). Ahora bien, por eso se llamará suegra de Pedro en cuanto a la infidelidad, porque hasta que creyó, estaba retenida por el servicio de su propia voluntad.

7. Cristo sanó nuestras debilidades con su pasión.---Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados: y expulsaba a los espíritus inmundos, etc. (Ibid. 16). Reconocemos la curación indiscriminada en las horas vespertinas, con la concurrencia de aquellos a quienes enseñó después de la pasión: perdonando los pecados de todos, quitando las debilidades de todos, y alejando los incentivos de los placeres malos que se asientan, absorbiendo con la pasión de su cuerpo, según las palabras de los profetas, las debilidades de la debilidad humana (Ibid. 17).

8. Cómo deben explicarse estas cosas.---Viendo Jesús muchas multitudes a su alrededor, ordenó a sus discípulos ir al otro lado del mar. Y acercándose a él un escriba le dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas, y lo demás (Ibid. 18 y 19). Surgen muchas cosas que pueden mover el sentido común. Y no fingimos la inteligencia, sino que los mismos hechos nos imparten inteligencia. Pues no la inteligencia de la cosa, sino la inteligencia de la cosa sigue. Hay muchas multitudes, y el Señor ordena a los discípulos ir al otro lado del mar. No creo que caiga en la bondad del Salvador querer dejar a los que corren alrededor, y elegir un cierto secreto para impartir la salvación. Luego sigue un escriba, diciendo que seguirá al maestro a dondequiera que vaya: pero no se lee que el escriba haya dicho o hecho algo que pudiera ofender. El Señor respondió que las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos para descansar, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Ibid. 20). Y un discípulo pidió que se le diera tiempo para enterrar a su padre: esto fue negado, y se prohibió la religión de un oficio piadoso y humano (Ibid. 21 y 22). Por lo tanto, debe proponerse la razón de cosas tan grandes y tan diversas: y así, para que según el orden continuo de las cosas, y las gravísimas causas de la misma verdad, se explique la inteligencia de la significación interior.

9. Tipo de elección de los fieles. La nave de la Iglesia.---No debe pensarse que el nombre de discípulos se refiere solo a los doce apóstoles. Pues además de los apóstoles, leemos que

hubo muchos discípulos. Por lo tanto, de toda la multitud se ordena hacer una cierta elección: de aquellos que habrían de seguir al Señor a través de muchos peligros y agitaciones de este mundo. Pues la Iglesia es como una nave, y en muchos lugares se la ha llamado así: que, habiendo recibido a pasajeros de muy diverso género y nación, está sujeta a todos los vientos y movimientos del mar. Y así, aquella es acosada por los ataques tanto del mundo como de los espíritus inmundos. Propuestos, pues, los movimientos de todos los peligros, entramos en la nave de Cristo, es decir, en la Iglesia: sabiendo que seremos sacudidos por el mar y el viento. Para que el orden de la significación típica se mantuviera, y pudiera entenderse la porción de los fieles que suben a la nave, y la multitud de los infieles que permanecen; se añade la persona del escriba y del discípulo.

10. El escriba, doctor de la ley, representa a los infieles. Las zorras, falsos profetas. Las aves del cielo, demonios. La cabeza de Cristo es Dios. Todos invitados a la Iglesia.---Y ciertamente el escriba, que es uno de los doctores de la ley, pregunta si ha de seguir. Como si en la ley no se contuviera que este es Cristo, a quien sería útil seguir. Por lo tanto, expresó el afecto de la infidelidad bajo la duda de la pregunta: porque la asunción de la fe no debe ser preguntada, sino seguida. Pero para que esta misma pregunta fuera castigada con juicio de infidelidad; el Señor respondió que las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos donde descansar, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. La zorra es un animal insidioso, que se oculta alrededor de las madrigueras de las casas, y acecha a las aves domésticas: y en varios lugares leemos que con este nombre se llama a los falsos profetas. Y hemos aprendido que las aves del cielo a menudo se llaman espíritus inmundos. Por lo tanto, el hijo de Dios, contemplando la escasez de seguidores, y el doctor de la ley dudando si lo seguiría, reprocha que los falsos profetas tienen madrigueras, y los espíritus inmundos nidos donde descansar; que, dejados fuera de la nave, es decir, puestos fuera de la Iglesia, se han convertido en morada de los falsos profetas, y habitación de los demonios: pero el hijo del hombre, es decir, él mismo, cuya cabeza es Dios, no encuentra en quiénes, colocada la comprensión de Dios, pueda descansar: invitados todos a la nave, así a la Iglesia; pocos seguirán por miedo al mar, es decir, al mundo.

11. Si el padre infiel tiene derecho sobre el hijo fiel.---Después de esto se presenta el discípulo, no preguntando si ha de seguir (pues ya creyó que debía seguir), sino pidiendo permiso para enterrar a su padre. Hemos recibido en el inicio de la oración dominical, que primero se debe orar así: Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9). Por lo tanto, porque en el discípulo está la persona del pueblo creyente, se le advierte que recuerde que su padre está vivo en los cielos. Y se le ordena seguir al Señor, porque también lo deseaba, de modo que los muertos entierren a sus muertos. Pero no creo que se pueda esperar ningún oficio de los muertos. ¿Cómo, entonces, los muertos enterrarán a los muertos? Primero, por lo tanto, mostró que la fe perfecta en sí misma no está vinculada por ninguna obligación secular de oficio hacia otro: luego, entre el hijo fiel y el padre infiel, no se deja el derecho del nombre paterno. Por lo tanto, no negó el deber de enterrar al padre: pero al añadir, Deja que los muertos entierren a sus muertos, advirtió que no se mezclaran los muertos infieles con las memorias de los santos: y que también son muertos aquellos que viven fuera de Dios. Y por eso se deben dejar los oficios mutuos a los muertos, para que los muertos sean enterrados por los muertos: porque por la fe en Dios, los vivos deben adherirse al vivo.

CAPÍTULO VIII. De los discípulos en la nave despertando a Jesús, de dos endemoniados en la tierra de los gerasenos, del paralítico curado y llevando su lecho.

1. Cuándo y en qué peligro Cristo duerme en nosotros.---Y al subir él a la barca, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que se levantó una gran tempestad en el mar, y lo demás (Mat. VIII,

23 y sig.). Al entrar los discípulos en la nave, se levanta una tempestad, el mar se agita, los navegantes se turban. Él mismo, sin embargo, dormido, es despertado por el miedo de los que temen, se le ruega que brinde ayuda. Y reprendiendo a aquellos por tener poca fe, ordenó al viento y al mar que se calmaran, con la admiración de los hombres de que el viento y el mar obedecieran sus órdenes. Por lo tanto, según esto, las iglesias en las que la palabra de Dios no haya estado vigilante, están naufragando: no porque Cristo se relaje en el sueño, sino porque en nuestro sueño se adormece en nosotros. Pero sobre todo sucede que esperamos de Dios especialmente en el peligro y la aflicción. Y ojalá al menos la esperanza tardía confíe en que puede escapar del peligro, con la virtud de Cristo vigilando dentro de sí. Sin embargo, nos dejó el recuerdo perpetuo de su reprensión, diciendo: Hombres de poca fe, ¿por qué teméis? (Ibid. 26) el miedo, es decir, de los movimientos del mundo, con los que la fe de Cristo vigila, no debe ser en absoluto.

2. Por qué los discípulos ahora son llamados hombres, no discípulos.---Luego sigue la admiración de los hombres que dicen: ¿Qué clase de hombre es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Ibid. 27). Este no es el discurso de los discípulos, sino de las gentes. Pues aunque antes se había dicho que solo los discípulos habían entrado en la barca y que solo por los discípulos había sido despertado, ahora se indica que los hombres se admiraron, llamando hombre al hombre en su misma admiración. Por esta conversión de nombres se entiende que todas las obras de Cristo y todas sus virtudes deben ser alabadas como de Dios: porque demuestra la necedad del error gentil y miserable, que lo llaman hombre más por la humildad de la pasión que Dios por sus virtudes.

3. Y cuando llegó al otro lado del mar, a la región de los Gerasenos, le salieron al encuentro dos hombres poseídos por demonios que salían de los sepulcros, muy peligrosos, y lo demás (Ibid. 28). El encuentro de dos hombres, la larga posesión de los demonios en dos hombres, y el peligroso camino para los transeúntes, y la súplica de huir a los cerdos, y la caída del rebaño al mar después de que los hombres fueron purificados, luego la huida de los pastores al pueblo, la salida del pueblo de la ciudad, y la petición de que el Señor no entrara en la ciudad, y su regreso a su patria, y allí la presentación del paralítico que yacía en la cama, y por el mérito de la fe en ese momento la remisión de los pecados, y el murmullo de los escribas, y la confesión de la virtud, y el regreso del paralítico a su casa incluso bajo el peso de la camilla, y la admiración de los hombres, tienen esta causa.

4. Los demonios expulsados de las naciones poseen a los herejes. Cristo rechazado por los judíos VA A LAS NACIONES.---En el principio de la humanidad hubo una división en tres del género humano, a saber, los hijos de Noé, de los cuales según la profecía del Génesis, Sem fue elegido para la posesión de Dios. Fuera de la ciudad, es decir, fuera de la sinagoga de la ley y los profetas, dos hombres eran retenidos por demonios en los sepulcros: los orígenes de dos naciones estaban sitiadas dentro de las moradas de los muertos y las reliquias de los difuntos, haciendo el camino de la vida presente peligroso para los transeúntes. Por lo tanto, para que hubiera en los hechos una plena meditación del futuro, al venir el Señor, dos hombres le salen al encuentro: para que con su encuentro se indicara la voluntad de los que concurren a la salvación. Pero en los hombres los demonios claman, por qué envidia su sede, por qué antes del tiempo del juicio los molesta. También estaba junto a esos dos pueblos de las naciones el pueblo de la secta de los saduceos del linaje de Sem, cuya herejía es el pecado de negar la resurrección entre los judíos. Viendo, pues, los demonios que ya no se les dejaba lugar en las naciones, suplican que se les permita habitar en los herejes: ocupados estos, todo el rebaño fue empujado con ímpetu rápido al mar: es decir, son precipitados en la codicia secular por instinto de los demonios, en muchas aguas, es decir, muriendo con la infidelidad

de las otras naciones. Y también en esto se mantuvo la razón típica, para que no bastara con decir que fueron precipitados en el mar, sino que también se añadiera, Y murieron en muchas aguas. Sus príncipes y pastores, turbados por la admiración de tales cosas, vienen a la ciudad y anuncian lo que ha sucedido (Ibid. 32, 33). Esa ciudad tiene la apariencia del pueblo judío, que al oír las obras de Cristo, va al encuentro de su Señor, prohibiéndole que toque sus límites y su ciudad; pues la ley no recibe los Evangelios: de la cual rechazado, regresa a su ciudad (Matth. IX, 1). La ciudad de Dios es el pueblo fiel. En esta, pues, entró llevado en la nave, es decir, la Iglesia.

5. Adán obtuvo el perdón.---Y ya en el paralítico se ofrece la totalidad de las naciones para ser curadas. Pero también deben considerarse las palabras de la curación misma. No se le dice al paralítico, Sé sano; no se le dice, Levántate y anda; sino que se le dice, Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados (Ibid. 2). En un Adán se perdonan los pecados a todas las naciones. Aquí, pues, se ofrece para ser curado con los ángeles ministrando, aquí se le llama hijo, porque es la primera obra de Dios: a este se le perdonan los pecados del alma, y el perdón de la primera transgresión es por la gracia. No se dice que el paralítico haya pecado en algo: especialmente cuando en otro lugar el mismo Señor dijo que la ceguera desde el nacimiento no fue contraída por pecado propio ni paterno (Juan IX, 3).

6. Que Cristo es Dios. --- Luego sigue el orden de la verdad en los hechos, aunque la figura del futuro se cumpla en las palabras. Mueve a los escribas que el pecado sea perdonado por un hombre (Matth. IX, 3): pues solo veían al hombre en Jesucristo. Y fue perdonado por él, lo que la ley no podía liberar; pues solo la fe justifica. Luego el Señor, al percibir su murmuración, dice que es fácil para el Hijo del Hombre perdonar pecados en la tierra (Ibid. 4 y 5). En verdad, nadie puede perdonar pecados, sino solo Dios: por lo tanto, quien perdona es Dios. Porque nadie perdona sino Dios, Dios permaneciendo en el hombre otorgaba la curación al hombre: y no había para él dificultad en actuar y hablar, a quien le es posible todo lo que dice.

7. Cuánto se enseña con la curación del paralítico.--- Además, para que se pudiera entender que él mismo estaba en el cuerpo, quien perdonaba los pecados a las almas y otorgaba la resurrección a los cuerpos; dice, Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados, dice al paralítico, Levántate, toma tu camilla (Ibid. 6). Hubiera sido suficiente decir, Levántate: pero porque toda la razón de la obra a realizar debía ser explicada; añadió, Toma tu camilla, y vete a tu casa. Primero otorga el perdón del pecado, luego muestra el poder de la resurrección, luego con la carga de la camilla enseña que la debilidad y el dolor estarán ausentes de los cuerpos, finalmente con el regreso a su propia casa enseña que el camino al paraíso debe ser devuelto a los creyentes, del cual Adán, el padre de todos, había salido disuelto por la mancha del pecado.

8. Todos necesitan perdón. No es de admirar en Cristo el poder de perdonar pecados. --- Pero al ver las multitudes, temieron (Ibid. 8). Esta obra debió ser seguida más bien por la admiración, no por el miedo; pero permanece aún ahora el orden del misterio; para que a la verdad de lo presente, se añada la figura de lo futuro en las palabras y hechos del Señor, las multitudes temen su poder. Pues es cosa de gran temor, no ser perdonado por Cristo y ser disuelto en la muerte: porque no hay regreso a la casa eterna, si no se le ha concedido a alguien el perdón de los delitos. Y glorificaron a Dios, que dio tal poder a los hombres. Todo está concluido en su orden, y cesando ya el temor de la desesperación, se rinde honor a Dios, que dio tal poder a los hombres: pero esto solo era debido a Cristo, solo de la comunión de la sustancia paterna le era familiar hacer estas cosas. Por lo tanto, no viene esto a admiración, que pudiera hacer estas cosas (¿qué no se creería que Dios puede hacer?); de lo contrario, la

alabanza habría sido de un solo hombre, no de muchos: pero la causa del honor dado a Dios es que el poder y el camino han sido dados a los hombres por su palabra, tanto de la remisión de los pecados, como de la resurrección de los cuerpos, y del regreso al cielo.

CAPÍTULO IX. De Mateo el publicano, del ayuno de los fariseos y los discípulos de Juan, del remiendo de paño nuevo, del flujo de la mujer, de la hija del príncipe resucitada de entre los muertos, de los dos ciegos, del sordo y mudo.

1. Y al pasar de allí Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio llamado Mateo, y le dijo, Sígueme, y lo demás (Matth. IX, 9). A Mateo el publicano sentado en el telonio le ordena que lo siga. Y entrando en la casa prepara un banquete, y con él se sienta una multitud de publicanos y pecadores: los fariseos reprochan a los discípulos, por qué su maestro comía con publicanos. A los cuales responde, que los sanos no necesitan médico, sino que los enfermos necesitan curación: y les ordena que vayan a aprender qué significa, Misericordia quiero más que sacrificio.

2. Publicanos. Vocación de Mateo. La salvación es necesaria para todos, no es otorgada por la ley a nadie.---El nombre de publicanos proviene de la vida, quienes dejando las obras de la ley, prefirieron conducirse por el uso común y público. Por lo tanto, de la casa, es decir, de los pecados del cuerpo, el Señor llamó a Mateo, en cuya mente entró y se sentó. Pues este es el mismo escritor de este Evangelio, y saliendo de la casa de su pecado, recibió al Señor en sí mismo, iluminado por su morada interior, dentro de quien se prepara un banquete con abundante provisión de alimentos evangélicos para los pecadores y publicanos. Luego la emulación agita a los judíos, que el Señor se comunique con publicanos y pecadores (Ibid. 11). A los cuales, con el velo de la infidelidad cubierto, les expuso las palabras de la ley, que él en verdad lleva ayuda a los enfermos y presta medicina a los necesitados; pero a aquellos que se consideran sanos, no les es necesaria ninguna curación. Pero para que entendieran que ninguno de los suyos estaba sano; les advirtió que aprendieran qué es, Misericordia quiero, no sacrificio (Ibid. 13): la ley, atada a la observancia de los sacrificios, no puede llevar ayuda; pero la salvación se reserva para todos en la indulgencia de la misericordia. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Vino para todos; ¿cómo dice entonces que no vino para los justos? ¿Había entonces quienes no necesitaban que viniera? Pero nadie es justo por la ley. Por lo tanto, muestra que la jactancia de justicia es vana: porque a los sacrificios de los débiles para la salvación, la misericordia era necesaria para todos los que estaban bajo la ley. Pues si la justicia fuera por la ley, el perdón por la gracia no habría sido necesario.

3. Cristo esposo. Alimento de vida, con el cual presente nadie tiene hambre.---Entonces se acercaron a él los discípulos de Juan diciendo, ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan? (Ibid. 14). Ayunaban los fariseos y los discípulos de Juan, y los apóstoles no ayunaban. Pero a estos les responde espiritualmente, y se muestra como el esposo a los discípulos de Juan. Pues Juan prometió toda la esperanza de vida reservada en Cristo; y sus discípulos no podían ser recibidos por el Señor mientras él aún predicaba. Pues hasta Juan son la ley y los profetas; y, a menos que la ley terminara, nadie podría pasar a la fe evangélica. Pero al responder que no es necesaria la necesidad de ayunar para los discípulos mientras el esposo está presente (Ibid. 15); enseña el gozo de su presencia, y el sacramento del alimento santo, con el cual nadie, estando él presente, es decir, teniendo a Cristo en la mente, carecerá. Pero dice que cuando él sea quitado ayunarán: porque todos los que no creen que Cristo ha resucitado, no tendrán el alimento de vida. Pues en la fe de la resurrección se recibe el sacramento del pan celestial: y cualquiera que esté sin Cristo, quedará en el ayuno del alimento de vida.

708 4. Este alimento no lo percibe el hombre viejo.---Pero para que entendieran que no se les pueden confiar estos perfectos sacramentos de salvación mientras estén en lo viejo, puso un ejemplo de comparación. No se cose un paño nuevo a un vestido viejo, porque la debilidad de la vejez disuelve la virtud del paño nuevo que se añade: y no se echa vino nuevo en odres viejos; pues el calor del mosto fermentado rompe los odres viejos (Ibid. 16 y 17): es decir, las almas y cuerpos debilitados por la vejez de los pecados no pueden recibir los sacramentos de la nueva gracia. Pues se hará una rotura peor, y derramado el vino, los odres viejos perecerán. Pues será doble la culpa de tales, si además de la vejez de sus pecados no soportan la virtud de la nueva gracia: y por eso ni los fariseos ni los discípulos de Juan recibirán lo nuevo, a menos que se hagan nuevos.

5. El príncipe que suplica por la vida de su hija, tipo de la ley.---Mientras él hablaba estas cosas, he aquí un príncipe se acercó y lo adoraba, diciendo, Señor, mi hija acaba de morir, ven y pon tu mano sobre ella, etc. (Ib. 18). Las súplicas del príncipe, la fe de la mujer, la reunión de la multitud en la casa, el clamor de los dos ciegos, la presentación del mudo y sordo y endemoniado, están conectados en orden de inteligencia con lo dicho anteriormente. Este príncipe se entiende que es la ley; que ora al Señor por el pueblo, al cual ella misma había nutrido con la predicación de la venida de Cristo, para que devuelva la vida a la muerta. Pues no leemos que ningún príncipe haya creído: por lo cual con razón la persona de este príncipe suplicante se adaptará como tipo de la ley. A la cual el Señor prometió ayuda, y se dispuso a prestarla.

6. La salvación preparada para los judíos es arrebatada por las naciones. ---Pero primero con los apóstoles se salva la multitud de pecadores. Y aunque primero debía vivir la elección que se destinaba por la ley: sin embargo, la salvación anterior en la figura de la mujer se devuelve a los publicanos y pecadores. Esta, pues, al encuentro del Señor que pasaba, confía en que al tocar el vestido del Señor será sanada de su flujo de sangre: contaminada, es decir, por las inmundicias de su cuerpo, y disuelta por las inmundicias del vicio interior, se apresura a tocar el borde del vestido por la fe, el don del Espíritu Santo, que sale del cuerpo de Cristo como el borde, habiendo convivido con los apóstoles; y al instante queda sana (Ibid. 22). Así la salvación de uno es devuelta mientras se lleva a otro. Y el Señor alabó al instante su fe y constancia: porque lo que se preparaba para Israel, el pueblo de las naciones lo ocupó.

7. La virtud de Cristo es infinita.---Pero en la simple inteligencia, hay una gran admiración de la virtud del Señor: cuando el poder permaneciendo dentro del cuerpo añadía eficacia de salud a las cosas caducas, y hasta en los bordes de las vestiduras se extendía la operación divina. Pues Dios no era divisible ni comprensible, para ser encerrado en un cuerpo. Pues él mismo distribuye los dones en el Espíritu; pero no se divide en los dones. Y su virtud la alcanza la fe dondequiera que esté: porque está en todas partes, y en ninguna parte está ausente. Y la ascensión del cuerpo no encerró la naturaleza de la Virtud, sino que la Virtud asumió la fragilidad del cuerpo para su redención: que es tan infinita, tan libre, que incluso en sus bordes se contenía la operación de la salvación humana.

8. Los judíos se ríen de la resurrección. Pocos de ellos creerán.---Luego el Señor entra en la casa del príncipe, es decir, la sinagoga, en la cual resonaba el himno de los lamentos en los cánticos de la ley (Ibid. 23): y es ridiculizado por muchos. Pues nunca creyeron que Dios estaba en el hombre, sino que más bien se rieron de que se predicara la resurrección de los muertos. Por lo tanto, tomando a la niña de la mano, cuya muerte para él era un sueño, la devolvió a la vida (Ibid. 25). Y para que se entendiera que el número de los elegidos creyentes de la ley sería escaso, toda la multitud fue expulsada: la cual ciertamente el Señor

hubiera deseado salvar; pero al ridiculizar sus palabras y hechos, no fue digna de la compañía de la resurrección. Y saliendo la fama por toda aquella tierra (Ibid. 26), después de la salvación de los elegidos, se predicaron el don y las obras de Cristo.

9. La fe es un requisito previo para la salvación.---Por lo tanto, al salir el Señor, al instante dos ciegos lo siguen (Ibid. 27). Pero ¿cómo pudieron los ciegos saber de la salida y el nombre del Señor? Incluso lo llaman hijo de David, y piden ser salvados. En los dos ciegos se completa la razón de toda la prefiguración anterior. De estos se muestra que es la hija del príncipe, es decir, los fariseos y los discípulos de Juan, que ya antes habían tentado al Señor en común. A estos, pues, que no sabían de quién pedir la salvación, la ley les indicó, y a estos su salvador en el cuerpo del linaje de David les mostró, y a los ciegos por el pecado antiguo, porque no veían a Cristo a menos que fueran advertidos, les insertó la luz de la mente. A quienes el Señor, mostrando que no de la salvación se debe esperar la fe, sino que por la fe se debe esperar la salvación (pues los ciegos porque creyeron vieron, no porque vieron creyeron (Ibid. 28): de lo cual se debe entender que por la fe se merece lo que se pide, no que de lo obtenido se debe tomar la fe), si creyeran, les promete la vista, y a los que creen se la concede, y les impone silencio (Ibid. 30): porque era propio de los apóstoles predicar.

10. Las naciones son designadas por el endemoniado.---Incluso después de esto, en el mudo y sordo y endemoniado (Ibid. 32), se ofrece el pueblo de las naciones necesitado de toda la salvación. Pues rodeado de todos los males por todas partes, estaba implicado en los vicios de todo el cuerpo. Y en esto se mantuvo el orden de las cosas. Pues primero se expulsa al demonio, y luego suceden las demás funciones del cuerpo. Pues con el conocimiento de Dios, expulsada la locura de todas las supersticiones, se introduce la vista, el oído y el habla de la salvación. De este hecho la admiración de tal multitud fue seguida por la confesión, Nunca se vio tal cosa en Israel (Ibid. 33): cuando, a quien por la ley nada se le pudo aportar de ayuda, se salva por la virtud de la palabra; y que el hombre mudo y sordo hablara las alabanzas de Dios. Pero dada la salvación a las naciones, todas las ciudades y aldeas son iluminadas por la virtud y la entrada de Cristo, y escapan de toda la debilidad de la antigua enfermedad.

CAPÍTULO X. Donde envía a los doce discípulos con doctrina.

I. Pero al ver las multitudes, se compadeció de ellas: porque estaban desamparadas y dispersas, y lo demás (Matth. IX, 36). No menos se debe considerar las virtudes de las palabras, que las de los hechos: porque, como hemos dicho, los momentos de significación son iguales en las palabras y en los hechos. El Señor se compadece de las multitudes desamparadas y dispersas, como un rebaño sin pastor. Y dice, la mies es mucha, los obreros pocos, se debe orar al Señor de la mies, para que envíe más obreros a su mies (Ibid. 37). Y convocando a sus discípulos, les dio poder para expulsar espíritus inmundos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia (Matth. X, 1). Por lo tanto, aunque estas cosas se hicieron en el presente, se debe considerar qué significan para el futuro.

2. La mies es el don del Espíritu Santo. Cuán abundante es. Su virtud se otorga por la oración.---Ningún opresor había irrumpido en las multitudes, ni por algún caso o movimiento estaban abatidas: ¿cómo, pues, se compadece de ellas como desamparadas y dispersas? Es decir, el Señor se compadece del pueblo oprimido por la violencia dominante de los espíritus inmundos, y enfermo bajo el peso de la ley, porque aún no había pastor que les devolviera la custodia del Espíritu Santo. Pero el fruto de este don era muy abundante, aunque aún no había sido cosechado por nadie. Pues su abundancia supera a la multitud de los que lo reciben. Pues por mucho que sea asumido por todos, siempre se desborda para dar. Y porque es útil que haya más por quienes se ministre; ordena que se ore al Señor de la mies, para que envíe más

obreros a su mies: para que Dios provea una abundancia de segadores para recibir el don del Espíritu Santo que se preparaba: pues por la oración y súplica este don nos es derramado por Dios. Y para indicar que de estos doce primeros apóstoles se difundirían numerosos segadores en esa mies; convocándolos les dio poder para expulsar espíritus inmundos, y para curar toda enfermedad. Pues con las virtudes de este don, podían ser expulsados el perturbador y curadas las enfermedades. Y es digno considerar el significado de cada uno de los preceptos.

3. Preceptos de Cristo referentes a la misión apostólica.---Se les advierte que se abstengan de los caminos de los gentiles (Ibid. 5): no porque no fueran enviados también para la salvación de los gentiles, sino para que se abstuvieran de las obras y la vida de la ignorancia gentil. Se les prohíbe entrar en las ciudades de los samaritanos. ¿Acaso no curó Él mismo a la samaritana (Juan 4)? Pero se les advierte que no acudan a las iglesias de los herejes. Pues la perversidad no difiere en nada de la ignorancia. Luego son enviados a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 6). Sin embargo, ellos (es decir, los israelitas) atacaron a Cristo con lenguas y bocas de lobos y víboras. Pero la legislación debía obtener el privilegio del Evangelio: Israel tendría menos excusa por su crimen, cuanto más diligencia sintiera en la advertencia.

4. Imagen perfecta de Cristo en los Apóstoles.---Luego, todo el poder de la virtud del Señor se transfiere a los apóstoles: y quienes en Adán fueron formados a imagen y semejanza de Dios, ahora obtienen la imagen y semejanza perfecta de Cristo, sin diferir en nada de las virtudes de su Señor; y quienes antes eran terrenales, ahora se vuelven celestiales. Prediquen que el reino de los cielos se acerca (Ibid. 7), es decir, que la imagen y semejanza de Dios ahora se asume en la comunión de la verdad; para que todos los santos, que son llamados cielos, reinen con el Señor. Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios (Ibid. 8); todo lo malo que el instinto de Satanás había infligido al cuerpo de Adán, ellos lo limpien nuevamente por la comunión del poder del Señor. Y para que en su totalidad, según la profecía del Génesis (Gen. I, 26), alcancen la semejanza de Dios, se les ordena dar gratuitamente lo que recibieron gratuitamente: para que el ministerio del don gratuito sea gratuito.

5. Nada venal en el ministerio apostólico.---Se les prohíbe poseer oro, plata, dinero en sus cinturones, llevar bolsa en el camino, y dos túnicas y sandalias, y tomar bastón en las manos: y el obrero es digno de su salario (Ibid. 9 y 10). No es un tesoro envidioso, creo, el que está en el cinturón: ¿y qué significa la prohibición de poseer oro, plata y cobre en el cinturón? El cinturón es el equipo del ministerio, y la preparación para la eficacia de la obra. Por lo tanto, se nos advierte que nada en nuestro ministerio sea venal; ni que esta obra de nuestro apostolado sea la posesión de oro, plata y cobre. Ni bolsa en el camino, es decir, se debe dejar el cuidado de la sustancia secular: porque todo tesoro es pernicioso en la tierra, nuestro corazón estará allí donde se guarde el tesoro. No dos túnicas. Nos basta con haber sido revestidos una vez con Cristo: ni, por la perversidad de nuestra inteligencia, debemos ser revestidos después con otra, ya sea de herejes o de la ley. No sandalias. ¿Acaso la debilidad de los pies humanos soporta la desnudez? Pero en tierra santa, y no obstaculizada por espinas y aguijones de pecados, como se dijo a Moisés, debemos estar descalzos (Éxodo III, 5), se nos advierte no tener otra preparación para nuestro ingreso que la que recibimos de Cristo. Ni bastón en las manos, es decir, no necesitar poder ajeno, buscar derechos, teniendo el bastón de la raíz de Jesé; porque cualquier otro que sea, no será de Cristo: instruidos con toda la enseñanza anterior para completar el viaje del mundo, con gracia, viático, vestimenta, calzado, poder; pues operando en estas cosas, seremos hallados dignos de nuestra

recompensa, es decir, por la observancia de estas cosas recibiremos las recompensas de la esperanza celestial.

6. En cualquier ciudad en la que entren, pregunten quién es digno en ella, y lo demás (Ibid. 11). Quizás se piense que el Señor dio preceptos leves a los Apóstoles: que se sometió hasta las advertencias de entrar, habitar, permanecer y salir. Estas cosas, entendidas simplemente, son congruentes con la modestia de los santos, para que la hospitalidad sea con el digno, y no se contaminen por descuido o ignorancia con la cohabitación de una familia deshonrosa. Pero al entrar en la ciudad, ordena preguntar por el digno, y habitar con él hasta la partida: también que la casa sea saludada pacíficamente por los que entran: si es digna, que sea digna también de la comunión de la paz; si es indigna, que la paz regrese a ellos: y a los que no los reciban, ni sus palabras; a estos, sacudiendo el polvo de los pies, se les dejarán las semillas de la maldición eterna (Ibid. 13 y 14).

7. Casa digna, Iglesia; huésped digno, cuyo habitante es Cristo.---Estas cosas conmueven no poco el sentido de la inteligencia. Pues si no serán hospedados a menos que pregunten antes quién es digno; ¿cómo se encontrará después una casa indigna? ¿Y cómo no escuchará sus palabras, y no los escuchará a ellos, y no los recibirá? O esto no es de temer en el justo: o si se encuentra indigno, no se establecerá la comunión de la habitación. ¿Y de qué servirá haber preguntado e indagado sobre el digno, si se ordena la observancia y el castigo contra el huésped indigno? Pero el Señor los instruye, para no mezclarse con las casas y familiaridades de aquellos que persiguen o desconocen a Cristo: y en cualquier ciudad, preguntar quién es digno de su habitación, es decir, si hay una Iglesia, y Cristo es el habitante: y no pasar a ningún otro lugar, porque es una casa digna, y un justo huésped.

8. Que la paz dicha pueda regresar.---Pero lo que ordenó que la casa sea saludada por los que entran, diciendo, Digan, Paz a esta casa (Ibid. 13): y si se encuentra digna, que la paz venga sobre ella; si es indigna, que la paz regrese a ellos: pero si ya en la primera entrada en el oficio de la salutación se dijo paz; ¿cómo vendrá después, o cómo regresará después? O la paz no debió decirse antes de que se probara si era digna: o si fue digna y saludada con paz, la condición de la paz que vendrá y regresará no puede coherer con la razón de lo anterior. Por lo tanto, se debe mostrar cuál es la propiedad de las palabras.

9. Diversa falacia de los judíos que profesan la fe. Paz deseada, no dada, a los indignos.---Habrá muchos judíos, cuyo afecto por la ley será tan grande, que aunque hayan creído en Cristo por la admiración de las obras, sin embargo, permanecerán en las obras de la ley; otros, curiosos de explorar la libertad que está en Cristo, simularán haber pasado de la ley a los Evangelios: muchos también se trasladarán a la herejía por la perversidad de la inteligencia. Y como todos estos tipos de personas, engañando y adulando a los oyentes, mienten que tienen la verdad católica; por eso se advirtió anteriormente que se debe buscar al digno con quien habitar: pero como por la falacia de las palabras los ignorantes podrían caer en un huésped de este tipo; se debe usar con cautela y diligencia la casa misma que se dice digna, es decir, la Iglesia que se llama católica; saludándola con afecto de paz, pero que la paz sea más bien dicha que dada. Pues así lo ordenó: Salúdenla, diciendo, Paz a esta casa. Por lo tanto, la paz de la salutación debe ser otorgada en palabras y en el discurso de la oración. Pero la paz propia, que son las entrañas de la misericordia, no debe venir a ella a menos que sea digna: si no se encuentra digna, el sacramento de la paz celestial debe ser contenido dentro de su propia conciencia.

10. Comunión de la habitación.---Pero en aquellos que, habiendo escuchado la predicación del reino celestial, rechacen los preceptos de los apóstoles, con su salida, y con la señal del

polvo sacudido de los pies, se les dejará la maldición eterna (Ibid. 14). Pues no sé qué comunión parece haber con el lugar en el que se ha insistido, y se hace una cierta conjunción del cuerpo y del suelo. Por lo tanto, todo el pecado de esa casa y habitación se deja dentro de ella al sacudir el polvo de los pies, y no se toma nada de santidad de las huellas de los apóstoles que insisten: para que aquellos cuya entrada y acceso quitan los delitos de la origen terrenal, su testimonio juzgue la infidelidad con todo el polvo de su tierra. Será más tolerable en el día del juicio para la tierra de Sodoma y Gomorra que para esa ciudad (Ibid. 15): porque para ellos, que erraron sin conocer a Cristo, será más leve, pero para estos será inexpiable no haber recibido la predicación, o no haber predicado santamente ni católicamente lo recibido.

11. Hasta qué punto debe imitarse la prudencia de la serpiente según algunos.---Y ciertamente indica que habrá muchos de estos, que con furia insana se desatarán contra los Apóstoles, cuando dice que los envía como ovejas en medio de lobos, predicando que deben ser simples como palomas, y prudentes como serpientes (Ibid. 16). Pero la simplicidad de la paloma es absoluta: ¿cuál es la prudencia de la serpiente, debe considerarse. No sé qué hay de prudencia y consejo en ella, aunque algunos han registrado que cuando se da cuenta de que ha caído en manos de los hombres, protege su cabeza de cualquier golpe, ya sea cubriéndola con su cuerpo enrollado, o sumergiéndola en un agujero, dejando el resto del cuerpo para ser golpeado: y que nosotros, siguiendo este ejemplo, si nos sobreviene alguna persecución, ocultemos nuestra cabeza, que es Cristo; para que, entregados a todos los tormentos, comuniquemos la fe recibida de Él con la pérdida del cuerpo.

12. Pero todo este discurso del Señor es sobre los judíos y los herejes: El hermano entregará al hermano, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres (Ibid. 21): es decir, la familia de este tipo se dividirá entre sí: porque de los nombres de los padres y parientes, se indica la unidad del pueblo que ahora se divide en odio hostil; también serán llevados ante jueces y reyes de la tierra (Ibid. 18), mientras intentan extorsionar nuestro silencio o connivencia. Serán testigos para ellos y para las naciones: con cuyo testimonio se quitará la excusa de la divinidad ignorada a los perseguidores; y a las naciones se les abrirá el camino para creer en Cristo, predicado por las voces de los confesores entre las penas de los que persisten en su obstinación. Por lo tanto, nos advierte que debemos estar instruidos con la prudencia de la serpiente.

13. La serpiente como modelo para los predicadores.---Antes de que Adán lo traicionara, ya el Génesis lo llamó sabio (Gen. III, 1); y enseñó su prudencia en el orden de su consejo maligno. Primero atacó el ánimo del sexo más débil, luego lo sedujo con esperanza, prometió la comunión de la inmortalidad: y por estos grandes premios, llevó a cabo la obra de su consejo y voluntad. Por lo tanto, con igual oportunidad, observando la naturaleza y voluntad de cada uno, se debe aplicar la prudencia de las palabras. Se debe revelar la esperanza de los bienes futuros, y así se deben presentar los premios celestiales de la fe perfecta: para que lo que él mintió, nosotros lo prediquemos en verdad, según la promesa de Dios de que quienes crean serán semejantes a los ángeles: para que las mentes de los pueblos, fáciles y libres, aunque rodeadas de lobos y herejes, sean ocupadas con las promesas de los reinos celestiales, y la fe de las cosas se transmita con la prudencia de la serpiente y la simplicidad de la paloma.

14. Cuándo creerán las naciones, cuándo los judíos.---También advierte que los entregados deben estar libres de la preocupación por la respuesta, sino esperar más bien lo que el Espíritu de Dios sugiera (Mat. X, 19); porque nuestra fe, atenta a todos los preceptos de la voluntad divina, será instruida para el conocimiento de la respuesta: teniendo como ejemplo a Abraham, a quien, cuando se le pidió a Isaac como sacrificio, no le faltó un carnero para la

víctima (Gen. XXII, 13). Luego sugiere la huida de una ciudad a dos (Mat. X, 23). Porque su predicación, primero rechazada por Judea, pasa a Grecia, luego, fatigada por las diversas pasiones de los apóstoles dentro de las ciudades de Grecia, finalmente se demora en todas las naciones. Pero para mostrar que las naciones creerán en la predicación de los apóstoles, pero que el resto de Israel creará en su venida; dice, No terminarán las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del Hombre (Ibidem): después de la plenitud de las naciones, lo que quede de Israel, para completar el número de los santos, será colocado en la Iglesia con la futura venida de su gloria.

15. El consuelo de las pasiones es que por ellas nos asemejamos al Señor.---No es el discípulo superior al maestro, ni el siervo superior al señor (Ibid. 24). Conocer las cosas inminentes contribuye mucho a asumir la tolerancia, especialmente si la voluntad de la paciencia se anticipa con el ejemplo. Nuestro Señor, luz eterna, y guía de los creyentes, y padre de la inmortalidad, envió antes a sus discípulos el consuelo de las pasiones futuras: para que ningún discípulo se considere superior al maestro, ni el siervo superior al señor. Pues si al padre de familia le añadieron el nombre de demonio por envidia; cuánto más completarán en sus domésticos todos los géneros de injurias y contumelias (Ibid. 25)? Pero que estas cosas no nos asusten, abrazándolas más bien como gloria, si nos asemejamos a nuestro Señor incluso en las condiciones de las pasiones.

16. En el día del juicio se revelarán las cosas ocultas.---No hay nada oculto que no será revelado (Ibid. 26). Indica el día del juicio, que revelará la conciencia oculta de nuestra voluntad: y descubrirá con la luz del conocimiento público las cosas que ahora consideramos ocultas. Por lo tanto, no deben temerse las amenazas, ni los consejos, ni los poderes de los perseguidores: porque el día del juicio revelará que todas estas cosas fueron nulas e inanes.

17. La cognición de Dios debe ser constantemente inculcada.---Y lo que les digo en la oscuridad, díganlo en la luz: y lo que oyen al oído, predíquenlo desde los tejados (Ibid. 27). No leemos que el Señor solía hablar de noche, y enseñar en la oscuridad. Pero porque toda su palabra es oscuridad para los carnales, y su palabra es noche para los infieles; y cada uno debe hablar con libertad de fe y confesión lo que se le ha dicho; por eso lo que se ha dicho en la oscuridad, se ordena predicarlo en la luz, y lo que se ha confiado en secreto a los oídos, desde los tejados, es decir, en lo alto, para que se escuche por el pregón de los que hablan. La cognición de Dios debe ser constantemente inculcada, y el profundo secreto de la doctrina evangélica debe ser revelado con la luz de la predicación apostólica: no temiendo a aquellos que, aunque tienen licencia sobre los cuerpos, no tienen poder sobre el alma (Ibid. 28); sino temiendo más bien a Dios, que tiene el poder de perder en el infierno tanto el alma como el cuerpo.

18. Dos gorriones por un as, cuerpo y alma vendidos al pecado.---¿No se venden dos gorriones por un as? Y uno de ellos no cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre (Ibid. 29). No creo que sea un crimen dedicarse a la caza de aves; ni la venta de gorriones tiene culpa. Y lo que dice: Uno de ellos no cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre, parece contradecir lo que dice el apóstol: No es de los animales que Dios se preocupa (I Cor. IX, 9). Y se le restará mucha autoridad si se encuentra que pensó de manera diferente a lo que se ha transmitido en los evangelios. Ni se les otorga mucha dignidad a los apóstoles si están por debajo de los gorriones. Este pasaje se deriva del sentido anterior. Pues se exageran las iniquidades de aquellos que entregarán, que perseguirán, que obligarán a huir, a quienes debemos odiar por el nombre del Señor, que ejercen todo su derecho solo sobre los cuerpos, no teniendo poder sobre el alma. Estos, por lo tanto, venden dos gorriones por un as. Y ciertamente, lo que fue vendido bajo el pecado, Cristo lo redimió de la ley: por lo tanto, lo

que se vende es el cuerpo y el alma; y a quien se vende, es el pecado: porque Cristo redimió del pecado, y es el redentor del alma y del cuerpo. Por lo tanto, quienes venden dos gorriones por un as, se venden a sí mismos al pecado por un mínimo, nacidos para volar, y para ser llevados al cielo con alas espirituales. Pero capturados por los precios de los placeres presentes, y vendidos al lujo del mundo, se comercian a sí mismos enteramente en tales acciones.

19. Cuerpo y alma nacidos para ser uno en los cielos, que caen como uno en la tierra.---Pero se debe investigar cómo uno de ellos es el que no caerá sin la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es que uno de ellos más bien vuele, pero la ley, procedente de la constitución de Dios, decreta que uno de ellos más bien caiga. Así como si volaran, serían uno, es decir, el cuerpo se transformaría en la naturaleza del alma, y esa gravedad de la materia terrenal se aboliría en el progreso y sustancia del alma, y el cuerpo se convertiría más bien en espiritual: así, vendidos por el precio de los pecados, la sutileza del alma se vuelve pesada en la naturaleza de los cuerpos, y contrae la materia terrenal de la suciedad de los vicios, y uno de ellos se convierte en lo que se entrega a la tierra. Pero al decir que están por encima de muchos gorriones, muestra que la elección de los fieles está por encima de la multitud de infieles: porque para estos hay caída en la tierra, para aquellos vuelo al cielo.

20. La esperanza de una vida mejor quita el temor a la muerte.---Recoger algo en número es cuidado de diligencia y preocupación: pues no es un negocio digno contar lo que perecerá. Para que sepamos que nada de nosotros perecerá, porque somos mucho mejores que los gorriones; el mismo número de nuestros cabellos contados indica que seremos preservados íntegramente (Ibid. 30 y 31): cuando lo que es innumerable en nosotros se cuenta con el afecto y el poder de ser conservado. Por lo tanto, no se debe temer ningún caso de nuestros cuerpos, ni se debe admitir ningún dolor por la carne que se disolverá: cuando, por la condición de su naturaleza y origen, se resuelva en la sustancia del alma espiritual.

21. Y porque, confirmados por tales doctrinas, debemos tener la constancia libre de confesar a Dios; también añadió la condición por la cual seríamos retenidos, que negará ante el Padre en los cielos a quien lo haya negado ante los hombres en la tierra (Ibid. 32): pero a quien lo haya confesado ante los hombres, será confesado por Él en los cielos; y como hayamos sido testigos de su nombre ante los hombres, así usaremos de su testimonio ante Dios Padre.

22. Se proponen varias cuestiones.---No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a separar al hijo contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Ibid. 34-36). ¿Qué significa esta división? Entre los primeros mandamientos de la ley recibimos: Honra a tu padre y a tu madre (Éxodo XX, 12). Y el mismo Señor dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27). ¿Qué significa entonces que se envíe más bien una espada a la tierra, y que el hijo sea separado del padre, y la hija de la madre, y la nuera contra la suegra, y los enemigos del hombre sean los de su casa? Por lo tanto, de ahí se derivará la autoridad pública para la impiedad. En todas partes habrá odios, guerras, y la espada del Señor se desatará entre padre e hijo, y entre hija y madre. Y en Lucas, de hecho, hay un discurso similar sobre esto: Porque desde ahora habrá cinco en una casa divididos, tres contra dos, y dos contra tres se dividirán (Lucas XII, 52). ¿Acaso no puede extenderse a un mayor número la familia de la agnación doméstica? ¿O estaba contenido en un tiempo prescrito, que de ahí fueran solo cinco en una casa, y los mismos divididos? Por lo tanto, es necesario considerar qué es la espada en la tierra, cuál es la propiedad de los nombres, y en el

número cinco cuál es la razón, y cómo se dividirán tres contra dos, y dos contra tres, y hasta qué punto los enemigos del hombre serán los de su casa.

23. Naturaleza de la espada. Significa la palabra de Dios. En Adán antes del pecado tres, en los descendientes cinco.---Y primero debe explicarse la naturaleza de cada cosa en particular y de toda la cuestión en general: no menos nuestra inteligencia será ayudada por el sentido tanto anterior como consecuente. La espada es el arma más afilada de todas las armas, en la que reside el derecho de poder, la severidad del juicio y la corrección de los pecados. Y con el nombre de esta arma, la predicación del nuevo Evangelio es llamada, según la frecuente autoridad en los profetas. Recordemos, por lo tanto, que la palabra de Dios es llamada espada: esta espada fue enviada a la tierra, es decir, su predicación infundida en los cuerpos de los hombres. Esta, por lo tanto, divide a cinco habitantes en una casa, y divide tres contra dos, y dos contra tres. Pero solo encontramos tres en el hombre, es decir, el cuerpo, el alma y la voluntad. Pues así como al cuerpo se le dio el alma, también se le concedió a ambos el poder de usarse como quisieran: y por eso la ley fue propuesta a la voluntad. Pero esto se encuentra en aquellos que fueron formados primero por Dios, en quienes se realizó el comienzo del origen, no transmitido de otro lugar. Pero a partir del pecado y la infidelidad del primer padre, en las generaciones siguientes comenzó a ser el pecado el padre de nuestro cuerpo, la infidelidad la madre del alma; pues de estos recibimos el origen a través de la transgresión del primer padre. Pues la voluntad es propia de cada uno. Por lo tanto, ya son cinco en una casa: el pecado es el padre del cuerpo, la infidelidad es la madre del alma, y se añade el libre albedrío de la voluntad, que une a todo el hombre con un cierto derecho de matrimonio. A esta infidelidad es la suegra, que nos recibe nacidos de ella, y alejados de la fe y el temor de Dios, para que, poseídos entre la infidelidad y el placer, nos retenga en la ignorancia de Dios y en el deleite de todos los vicios.

24. Efecto de la regeneración. Lucha de la concupiscencia en los regenerados.---Cuando, por lo tanto, somos renovados por el lavacro del bautismo a través del poder de la palabra, somos separados de los pecados y autores de nuestro origen; y cortados por una cierta incisión de la espada de Dios, nos separamos de los afectos del padre y la madre: y despojándonos del hombre viejo con sus pecados e infidelidad, y renovados por el Espíritu en alma y cuerpo, es necesario que odiamos la costumbre del trabajo innato y antiguo. Y porque el mismo cuerpo, mortificado por la fe, se convierte en la naturaleza del alma, que viene del aliento de Dios (aunque aún exista en su materia), porque se concilia la comunión entre ellos a través de la palabra: por eso ya comienza a querer ser uno y lo mismo con el alma, a saber, como ella es espiritual, a quienes la libertad de la voluntad, dividida de su suegra, es decir, de la infidelidad, concede todo su derecho: para que lo que era la libertad de la voluntad, de ahí en adelante sea el poder del alma. Y se produce una grave disensión en una casa, y los domésticos serán enemigos del nuevo hombre: porque él, dividido de ellos por la palabra de Dios, permanecerá tanto interior como exterior (se sobreentiende hombre), es decir, tanto cuerpo como alma, se regocijará en la novedad del espíritu: pero aquellos, que son innatos y traídos de una cierta antigüedad de linaje, desean permanecer en aquello en lo que se deleitaron. Y el origen de la carne y el origen del alma y la libertad del poder se dividirán en dos, a saber, el alma y el cuerpo del nuevo hombre, que han comenzado a querer lo mismo: y los tres divididos estarán sujetos a los dos, en el dominio de ellos, más poderosos por la novedad del Espíritu. Y por eso aquellos que prefirieron las caridades domésticas de los nombres a su amor, serán indignos de la herencia de los bienes futuros.

25. La cruz, sacramento de la fe.---Prosigue luego en el mismo curso de preceptos e inteligencia. Pues después de haber ordenado dejar todo lo que en el mundo es más querido; añadió, Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Ibid. 38): porque los que son

de Cristo han crucificado el cuerpo con sus vicios y concupiscencias. Y es indigno de Cristo quien no toma su cruz, en la que sufrimos, morimos, somos sepultados, resucitados, siguiéndolo al Señor, viviendo en este sacramento de la fe en la novedad del espíritu.

26. Infunde muerte a los vicios, quita el miedo a la muerte.---Quien encuentre su vida, la perderá; y quien pierda su vida por mí, la encontrará (Ibid. 39). Por el poder de la palabra, y la división de los vicios antiguos, el lucro del alma progresa hacia la muerte, y la pérdida hacia la salvación. Por lo tanto, la muerte debe ser aceptada en la novedad de vida, y los vicios deben ser crucificados en la cruz del Señor: y contra los perseguidores, con el desprecio de las cosas presentes, debe mantenerse la libertad de la gloriosa confesión, y debe evitarse el lucro dañino del alma: sabiendo que a nadie se le deja derecho sobre el alma, y que con la pérdida de la vida breve, se adquiere el interés de la inmortalidad.

27. Cristo, el mediador.---Quien os recibe a vosotros, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me envió (Ibid. 40). A todos les dedica el afecto de la doctrina y la diligencia de los preceptos. Y habiendo anunciado el peligro de no recibir a los apóstoles con el testimonio del polvo sacudido, encomienda el mérito de recibirlos más allá de la gracia del oficio esperado: y enseña que en él también está el oficio de mediador, que cuando es recibido por nosotros, y él procede de Dios, Dios a través de él se transfiere a nosotros. Y así, quien recibe a los apóstoles, recibe a Cristo; y quien recibe a Cristo, recibe al Padre Dios: porque no recibe otra cosa en los apóstoles que lo que está en Cristo, ni en Cristo hay otra cosa que lo que está en Dios: y por este orden de gracias, no es otra cosa haber recibido a los apóstoles que a Dios; porque en ellos habita Cristo, y en Cristo habita Dios.

28. Múltiples ocasiones para alcanzar la eternidad.---Quien recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta (Ibid. 41). Quien recibe a un profeta, recibe al que habita en el profeta: y se hace digno de la recompensa del profeta, recibiendo al profeta en nombre de profeta. También se considera recompensa haber recibido al justo, y se hace justo por el honor de la justicia. Y así se consume la justicia por la fe, y el oficio adquiere recompensa, múltiples ocasiones para alcanzar la eternidad con la gracia de Dios: cuando al recibir al justo y al profeta, el mismo afecto de reverencia recibe el honor del justo y del profeta.

29. El servicio ofrecido bajo la apariencia de religión al indigno no se priva de recompensa.--Y cualquiera que dé de beber a uno de estos pequeños un vaso de agua fría, y lo demás (Ibid. 42). Enseñó que la obra de buena conciencia no es vana, ni la esperanza de la fe se ve afectada por el crimen de la infidelidad ajena. Previendo que muchos serían gloriosos solo por el nombre del apostolado, pero en verdad reprobables en toda la obra de su vida, y que engañarían y mentirían por mucho tiempo, sin embargo, el servicio que se les ofrezca bajo la apariencia de religión no se priva de la recompensa de su obra y esperanza. Pues aunque ellos sean los más pequeños, es decir, los últimos de todos los pecadores (y lo más pequeño de todo es aquello que no es nada más), sin embargo, no decreta que sean vanos incluso los servicios ligeros hacia ellos, que designa bajo el nombre de agua fría. Pues no se honra al hombre por sus pecados, sino por el nombre de discípulo. Y así, la probidad del que sirve no es dañada por las injurias del que engaña: pues obtiene su recompensa por la fe del que da, no por la mentira del que recibe.

CAPÍTULO XI. Juan envía desde la cárcel a Jesús, y Jesús habla a las multitudes sobre Juan. También la confesión de Jesús al Padre.

1. Juan no ignoró a Cristo.---Juan, cuando oyó en la cárcel las obras de Cristo, enviando a sus discípulos, le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? (Mateo XI, 2 y 3). ¿Juan, detenido en la cárcel, ignora al Señor? ¿Y un profeta tan grande no conoce a su Dios? Pero si anunció que vendría como precursor, lo reconoció como profeta, lo veneró como confesor. ¿De dónde surgió tal error en su conocimiento tan variado y abundante? Pero el testimonio consecuente del Señor sobre él no permite que se sienta así. Ni puede creerse que la gloria del Espíritu Santo faltara al que estaba en la cárcel, cuando iba a ministrar la luz de su poder a los apóstoles que estaban en la cárcel.

2. Fue la forma de la ley. La obra de la ley. Por qué Juan envió a Cristo.---Pero se ofrece en lo que se hizo en Juan una inteligencia más amplia: y con la eficiencia del hecho, se siente la gracia expresada en él; para que el mismo profeta, también con el género de su condición, profetizara, porque en él se elevó la forma de la ley. Pues la ley anunció a Cristo, y predicó la remisión de los pecados, y prometió el reino de los cielos: y Juan cumplió toda esta obra de la ley. Por lo tanto, cesando ya la ley, que encerrada en los pecados del pueblo, y atada por los vicios del pueblo, para que Cristo no pudiera ser entendido, estaba contenida en cadenas y cárcel. Por lo tanto, la ley envía a contemplar los Evangelios: para que la infidelidad contemple la fe de las palabras en los hechos; y lo que dentro de ella está atado por el fraude de los pecados, sea absuelto por la inteligencia de la libertad evangélica. Así, pues, Juan con tal ejemplo, no consulta su ignorancia, sino la de sus discípulos: pues él mismo predicó que vendría en remisión de los pecados. Pero para que supieran que no era otro el que él había predicado, envió a sus discípulos a ver sus obras: para que compararan la autoridad de sus palabras con sus obras, y no esperaran a otro Cristo que aquel a quien las obras hubieran dado testimonio.

3. Cristo predice el escándalo de la cruz.---Y cuando el Señor se había manifestado completamente a través de los milagros de las cosas, a saber, la vista de los ciegos, el andar de los cojos, la curación de los leprosos, el oído de los sordos, la voz de los mudos, la vida de los muertos, la predicación a los pobres; dijo, Bienaventurado el que no se escandalice de mí (Ibid. 6). ¿Acaso había algo ya hecho en Cristo que escandalizara a Juan? No, en absoluto. Pues él permanecía en el curso de su doctrina y obra. Pero debe considerarse la fuerza y propiedad de la sentencia anterior, qué es aquello que se anuncia bien a los pobres; es decir, quienes pierdan su vida, quienes tomen su cruz y sigan, quienes se hagan humildes de espíritu, cuyo reino se prepara en el cielo. Por lo tanto, porque en el Señor se reuniría toda esta universalidad de pasiones, y la cruz futura sería escándalo para muchos; declaró bienaventurados a aquellos cuya fe no sería tentada por la cruz, la muerte, el sepulcro. Así pues, mostró de qué cosa Juan se había precavido, diciendo que bienaventurados eran aquellos para quienes no habría escándalo en él: porque por su miedo Juan había enviado a sus discípulos para que escucharan y vieran a Cristo.

4. A quiénes significa la caña.---Y para que esto no pudiera referirse a Juan, como si algo se hubiera escandalizado en Cristo; mientras ellos se iban, habló a las multitudes sobre él: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? (Ibid. 7). El desierto debe entenderse como vacío del Espíritu Santo, en el que no hay habitación de Dios. En la caña se muestra al hombre tal, de la gloria del mundo, hermoso por la vanidad de su vida, pero en sí mismo hueco de fruto de verdad; exteriormente agradable, y sin interior; movido por todo soplo de viento, es decir, por el soplo de espíritus inmundos, sin poder para la firmeza de permanecer, y vacío en las médulas del alma. Por lo tanto, cuando dice: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? esto dice: ¿Acaso salisteis a ver a un hombre vacío de conocimiento de Dios, y vagando al soplo de espíritus inmundos? Pues lo dice con afecto

de reprensión más que de confirmación: mostrando que no se ve en Juan a quien sea vano y movable.

5. Los cuerpos disueltos por el lujo son casas de demonios.---Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes (Ibid. 8). La vestidura significa el ámbito del cuerpo con el que se viste el alma, que se ablanda con el lujo y las lascivias. Pero los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. En los reyes, es la denominación de los ángeles transgresores: pues ellos son los poderosos del mundo, y los dominantes del mundo. Por lo tanto, los vestidos con ropas delicadas están en las casas de los reyes, es decir, que aquellos cuyos cuerpos son fluidos y disueltos por el lujo, son la habitación de los demonios, eligiendo una sede similar a sus propósitos y obras.

6. La gloria de Juan.---Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Os digo, incluso más que un profeta, etc. (Ibid. 9 y ss.). El Señor muestra toda la gloria de Juan, diciendo que es más que un profeta: porque solo a él le fue permitido tanto profetizar a Cristo como verlo. ¿Y cómo se cree que Juan ignora a Cristo, quien fue enviado en el poder de un ángel para preparar el camino al que vendría, y de quien no ha surgido mayor profeta entre los nacidos de mujer; sino que el que es menor que él, es decir, el que es interrogado, a quien no se cree, a quien sus obras no dan testimonio, este es mayor en el reino de los cielos?

7. Las naciones arrebatan el reino de los cielos a los judíos.---Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Ibid. 12). Como exige la naturaleza de las cosas, el más poderoso inflige violencia; y será menor aquel a quien se le inflige violencia. ¿Qué es, entonces, lo que arrebató, y lo que sufre violencia, debe considerarse. El Señor había advertido la infidelidad de los discípulos de Juan, también había entendido la opinión de la multitud sobre su mensaje, sentía un gran peligro para la fe en el escándalo de la cruz. Había ordenado más bien a los apóstoles ir a las ovejas perdidas de Israel: ellos debían ser establecidos en el reino, y ser retenidos en la familia y agnación de Abraham, Isaac y Jacob. Pero toda esta predicación traía provecho a publicanos y pecadores. Pues ya de estos creían, de estos ya eran apóstoles, de estos (por ejemplo, Mateo) ya el reino de los cielos. Sin embargo, no se cree a Juan por el pueblo, las obras no merecen la autoridad de Cristo, la cruz futura sería escándalo. Ya cesa la profecía, ya se cumple la ley, ya se incluye toda la predicación, ya se envía el espíritu de Elías en la voz de Juan. A otros se predica Cristo, y por otros es reconocido: a otros nace, y por otros es amado. Los suyos lo rechazan, los extraños lo reciben: los propios lo persiguen, los enemigos lo abrazan. La herencia la busca la adopción, la familia la rechaza. El testamento del hijo lo repudian, los siervos lo reconocen. Por lo tanto, el reino de los cielos sufre violencia, y los que lo asaltan lo arrebatan: porque la gloria de Israel debida por los padres, anunciada por los profetas, ofrecida por Cristo, es ocupada y arrebatada por la fe de las naciones.

8. Los judíos, rechazados por la Ley y el Evangelio, han caído.---¿A quién compararé esta generación? Es semejante a los niños sentados en la plaza, que gritan unos a otros, y lo demás (Ibid. 16). Todo este discurso es un reproche de infidelidad, y desciende del afecto de la queja anterior; porque el pueblo insolente no fue instruido por los diversos géneros de predicaciones: en los niños, a saber, significando a los profetas, que en medio de la sinagoga, como en la reunión pública de la plaza, reprenden al pueblo, porque no han obedecido a los que les cantan con el oficio del cuerpo, es decir, porque no han obedecido a sus palabras. Pues al modo de los que cantan se adapta el movimiento de los que bailan. Pero en la simplicidad del sentido, como niños, predicaron, y provocaron a la confesión de cantar a Dios, como se tiene en el cántico de Moisés, de Isaías, de David, de los demás profetas: y

nuevamente no los inclinó a la penitencia de los pecados, y al dolor y luto de los antiguos delitos ni la predicación de Juan: a quienes también la ley les pareció grave por las prescripciones de bebida y comida, y difícil y molesta, teniendo en sí el pecado que llama demonio (Ibid. 18): porque por la dificultad de la observancia era necesario pecar en la ley: y nuevamente en Cristo no les agrada la predicación del Evangelio por la libertad de vida, por la cual las dificultades de la ley y las cargas han sido aliviadas, y ya los publicanos y pecadores han creído (Ib. 19): y así, habiendo tenido en vano tantos y tan grandes géneros de advertencias, ni se justifican por la gracia, ni son rechazados por la ley.

9. Justamente han sido reprobados. Cristo es la misma Sabiduría, no solo obra de la Sabiduría. —Y la Sabiduría ha sido justificada por sus hijos: por aquellos, a saber, que haciendo violencia al reino de los cielos, lo arrebatan mediante la justificación de la fe: confesando que es obra justa de la Sabiduría, porque ha trasladado su don de los contumaces e infieles a los fieles y obedientes. No es ocioso en este lugar contemplar la virtud de lo dicho. Y la Sabiduría ha sido justificada, de sí mismo ciertamente habló. Pues él mismo es la Sabiduría, no por sus obras, sino por naturaleza: pues tiene potestad sobre toda cosa. Sin embargo, todo negocio es efecto de la potestad: y no es lo mismo la obra de la virtud que la virtud, y el que obra se distingue del efecto. Muchos suelen eludir el dicho apostólico, en el que dice que Cristo es la sabiduría de Dios y el poder de Dios (I Cor. I, 24), de esta manera: que en él, al ser creado de la virgen, se manifestó la eficaz sabiduría y poder de Dios, y en su nacimiento se entiende la obra de la divina prudencia y potestad; y que en él hay más eficiencia que naturaleza de sabiduría. Para que no se pudiera entender algo así, él mismo se llamó Sabiduría; mostrando en sí mismo no lo que es de ella. Pues la obra de la Sabiduría es la fe, la esperanza, la caridad, la castidad, el ayuno, la continencia, la humildad, la humanidad: pero estas son obras de la naturaleza, no la naturaleza misma; y no consiste en estas cosas que se hacen, la cosa misma que las hace. ¿Por qué el Apóstol dijo que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, porque de esa Sabiduría que era, fue creada la sabiduría?

10. La incredulidad de los judíos, cuán culpable. —¡Ay de ti, Corozáin y Betsaida; porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en vosotros, y lo demás (Mat. II, 21). Se decreta la maldición de la desobediencia con la bendición de la obediencia. Pues a los primeros judíos debía predicarse; pero el privilegio de la predicación se acumula envidia de infidelidad, cuando son acusados por el ejemplo de los creyentes, para quienes, sin admiración de los hechos, toda la salvación es por la fe. Pues en Betsaida y Cafarnaúm, los mudos alaban al Señor, los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos corren, los muertos sienten; y ninguna admiración de tan grandes cosas movía la voluntad de fe, cuando solo la audición de los hechos debía llamar al temor y llevar a la fe. Pero no solo los pecados de Tiro y Sidón, sino los mismos de Sodoma y Gomorra serán leves: porque tal vez ellos habrían tenido el deseo de creer, si les hubiera tocado la contemplación de tales maravillas.

11. El gozo de Cristo por la fe de los gentiles. —En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios, y las revelaste a los pequeños, y lo demás (Ibid. 25). Dignamente se añade tal confesión a las palabras anteriores. Pues aunque la salvación de Israel hubiera sido deseable, sin embargo, no estaba fuera del gozo del Señor la fe de los gentiles predicada desde antiguo. Pues los arcanos y virtudes de las palabras celestiales se esconden a los sabios y se revelan a los pequeños: pequeños en malicia, no en sentido; y a los sabios por la presunción de su necedad, no por causas de prudencia. Y el Señor confirma la equidad de este hecho con el juicio de la voluntad paterna (Ibid. 26): para que quienes desprecian hacerse pequeños en Dios, se hagan necios en su sabiduría.

12. El Padre y el Hijo de una sola sustancia. —Y para que no se pensara que en él hay menos de lo que hay en Dios, dijo que todas las cosas le han sido entregadas por el Padre, y que solo él conoce al Padre, y el Padre solo a él, o a quien él quiera revelar (Ibid. 27): revelándolo a aquel por quien se ore para que quiera revelar. Con esta revelación enseña que la sustancia de ambos es la misma en el mutuo conocimiento, pues quien conociera al Hijo, también conocería al Padre en el Hijo: porque todas las cosas le han sido entregadas por el Padre. Pero lo entregado no es otra cosa que lo que en el Hijo solo es conocido por el Padre. Y lo conocido por el Hijo es solo lo que es del Padre. Y así, en este secreto del mutuo conocimiento se entiende que no hay en el Hijo nada que en el Padre sea ignorado.

13. De dónde es suave el yugo de Cristo. —Luego llama a sí a los que laboran bajo las dificultades de la ley y están cargados con los pecados del mundo (Ibid. 28): prometiendo quitarles el trabajo y la carga, si toman su yugo, es decir, si aceptan los preceptos de sus mandamientos, y se acercan a él por el sacramento de la cruz: porque es humilde y manso de corazón, y en ellos hallarán descanso para sus almas (Ibid. 29): proponiendo las dulzuras de un yugo suave y una carga ligera, para que a los creyentes les conceda el conocimiento de su bondad, que solo él conoce en el Padre. Y ¿qué hay más suave que su yugo, qué más ligero que su carga, que hacerse digno, abstenerse del mal, querer el bien, no querer el mal, amar a todos, no odiar a nadie, alcanzar lo eterno, no ser atrapado por lo presente, no querer infligir a otro lo que a uno mismo le es molesto sufrir?

CAPÍTULO XII. Los discípulos arrancan espigas. Jesús cura a un hombre de mano seca en sábado. Cura a un ciego y endemoniado. Sobre la blasfemia contra el Espíritu, sobre el fruto del árbol bueno y malo, sobre toda palabra ociosa, sobre los ninivitas y la reina del Sur, sobre los siete espíritus y el octavo, sobre la madre de Jesús y sus hermanos.

1. Los hechos de Cristo presagian otra cosa. —En aquel tiempo, Jesús pasó por los sembrados en sábado: y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y a comer (Mat. XII, 1). Y tanto la salida al sembrado, como el día de sábado, el hambre de los discípulos, el arrancar espigas, la acusación de los fariseos, y la respuesta del Señor tienen, como las demás cosas, una inteligencia subyacente de causa interior. Pues todas las verdades de los hechos, como hemos dicho, en los mismos efectos de los hechos alcanzan una imagen de la verdad futura que se debe entender por sí misma.

2. Se prefigura la fe de los gentiles y la infidelidad de los judíos. —Y al principio se debe considerar que este discurso comenzó así: En aquel tiempo, Jesús pasó por los sembrados, es decir, en el tiempo en que confesó la gracia al Padre Dios por la salvación dada a los gentiles: para que el mismo sentido contuviera tanto lo anterior como lo que sigue. Así que pasemos por lo demás. El campo es el mundo, el sábado es el ocio, el sembrado es el progreso de los que han de creer hacia la cosecha. Así que, al ir al campo en sábado, es el progreso del Señor en este mundo en el ocio de la ley, visitando ese sembrado, es decir, la siembra del género humano. Y como el hambre es el deseo de la salvación humana; los discípulos se apresuran a arrancar y recoger espigas, es decir, a saciarse con la salvación de los santos. Pues el alimento de la espiga no es adecuado para el hombre, ni es útil el comer de las espigas arrancadas: pero la especie del hecho futuro sigue a la fe, y la virtud interpuesta de las palabras completa el sacramento tanto del hambre como de la saciedad.

3. Los fariseos, que pensaban tener la llave de los cielos, acusan a los discípulos de hacer lo ilícito (Mat. XII, 2): a quienes el Señor, en ese hecho en el que se contiene la razón de la profecía bajo el argumento de las cosas, les recordó que David, junto con los que estaban con

él, hambriento, fue saciado con panes ilícitos (Ibid. 3). Pues si no se hubiera permitido hacerlo, no se habría creído que David lo hizo sin crimen. Pero sin culpa de crimen, profetiza en la ley; para que él mismo, junto con los demás, fuera saciado con los panes de la proposición: así mostrando que Cristo, junto con los apóstoles, será saciado con la salvación de los gentiles, lo que parecería ilícito a los judíos.

4. También les recuerda otra profecía, para que conocieran que en él se cumplen todas las cosas que antes fueron dichas en la ley; que los sacerdotes violan el sábado en el templo sin culpa (Ibid. 5); indicando que él mismo es el templo, en el que, por la doctrina apostólica, mientras el pueblo de la ley ociosamente no cree, se da la salvación a los gentiles: porque él es mayor que el sábado, y sin culpa de violar la ley, la fe evangélica obra en Cristo.

5. Con la ley cesante, somos salvados por la bondad de Dios. —Y para mostrar que toda la eficiencia de las cosas contiene esta especie de obra futura, añadió: Pues si supierais qué significa, Misericordia quiero, no sacrificio; nunca habríais condenado a los inocentes (Ibid. 7). La obra de nuestra salvación no está en el sacrificio, sino en la misericordia: y con la ley cesante, somos salvados por la bondad de Dios. Si hubieran entendido el don de esta cosa, nunca habrían condenado a los inocentes, es decir, a los apóstoles: a quienes iban a acusar por la envidia de la ley transgredida, cuando con la cesación de la antigüedad de los sacrificios, la novedad de la misericordia vendría a todos por medio de ellos; y no habrían pensado que el Señor del sábado estaba contenido por el precepto del sábado. Estas cosas fueron dichas y hechas en el campo.

6. Curación del manco. —Y después de esto, al entrar en la sinagoga, le presentan a un hombre de mano seca, preguntándole si es lícito curar en sábado (Ibid. 9): buscando ocasión de acusarlo por su respuesta. A quienes los concluyó con el ejemplo de la oveja que cae en el hoyo, que sin culpa se preocupan por sacarla en sábado (Ib. 11): y que es más correcto curar al hombre, que es superior a la oveja; y que no se debe considerar que el sábado pueda ser violado por el ministerio de la salvación humana, lo que la preocupación por sacar a la oveja del hoyo no viola.

7. Significa a aquellos a quienes Cristo dio el poder de las virtudes. —Se sigue correctamente tal curación del Señor. Pues después de regresar del sembrado, del cual ya los apóstoles habían recibido el fruto de la siembra, vino a la sinagoga: también allí iba a preparar a los obreros de su cosecha, que después fueron muchos junto con los apóstoles. Estos, pues, son curados en el manco. Pues no tenían la sustancia de dar la salvación, y la mano cesaba en su oficio, y el ministerio del cuerpo, por el cual se hace y se imparte algo, estaba seco. El Señor, pues, le ordenó extender la mano, que le fue restituida como la otra (Ibid. 13). Toda curación está en la palabra, y la mano se devuelve como la otra, es decir, se hace similar al ministerio de los apóstoles en el oficio de dar la salvación: y enseña a los fariseos que no deben molestarse por la operación de la salvación humana en los apóstoles; pues a ellos mismos se les reformará la mano para el ministerio del mismo oficio, si creen.

8. Pero la envidia del hecho conmueve a los fariseos, y traman un consejo contra él (Ibid. 14): porque contemplando al hombre en el cuerpo, no entendían a Dios en las obras. Y sabiendo sus consejos, se retiró (Ibid. 15); para que se conociera que estaría lejos de los consejos de los malvados. Y muchas multitudes lo siguieron: a saber, el acompañamiento de los fieles asiste al que se aleja de los infieles.

9. Por qué Cristo manda silencio sobre sí a los sanados. —A estos, a quienes cura, les impuso silencio (Ibid. 16). Pero ¿acaso se ordenaba el silencio de la curación? No, ciertamente; pues

la salvación devuelta a cada uno era testigo de sí misma. Pero al ordenar el secreto, declina la jactancia de gloriarse de sí mismo, y no obstante, proporciona el conocimiento de sí mismo en eso mismo, mientras advierte que se calle sobre él; porque la observancia del silencio surge de la cosa que debe ser callada.

10. El que no quiebra la caña cascada. El que no apaga el lino que humea. —Incluso por esta voluntad de callar sobre sí, se cumple el efecto de las palabras dichas por Isaías (Ibid. 17; Isaías XLII, 1 y ss.): de cuya profecía ahora solo advertimos que este es amado por Dios, y en él está el beneplácito de la voluntad paterna, y el Espíritu de Dios está sobre él, y por él se anuncia el juicio a las naciones, y la caña que está cascada no ha sido quebrada, y el lino que humea no ha sido apagado: es decir, los cuerpos caducos y cascados de las naciones no han sido triturados, sino reservados para la salvación: ni se ha extinguido la pequeñez del fuego ya humeante en el lino, el pequeño espíritu de Israel de las reliquias de la antigua gracia no ha sido quitado; porque hay facultad de reanudar toda la luz en el tiempo de la penitencia. Pero esto se prescribe dentro de los límites de un tiempo cierto, hasta que cuando saque la victoria al juicio (Mat. XII, 20), quitado el poder de la muerte, introduzca el juicio con el retorno de su claridad, en cuyo nombre por la fe crearán las naciones.

11. Curación del endemoniado ciego y mudo, salvación de los gentiles. Entonces le fue presentado un hombre que tenía un demonio, ciego y mudo, y lo demás (Ibid. 22). Sigue la oportuna curación del endemoniado ciego y mudo. Pues no sin razón, cuando había dicho que todas las multitudes fueron curadas en común, ahora se presenta desde fuera un ciego y mudo que tiene un demonio: para que sin alguna ambigüedad siguiera el mismo orden de inteligencia. Arrancar espigas, es decir, arrancar a los hombres del siglo, los fariseos acusaban a los apóstoles, se predicaba la misericordia sobre el sacrificio, se presentaba en la sinagoga al hombre de mano seca para ser curado: y estas cosas no solo no logran convertir a Israel, sino que los fariseos traman un consejo de muerte. Era necesario, pues, que después de esto, en la forma de este único, se hiciera la salvación de los gentiles: para que quien era habitación del demonio y ciego y mudo, se preparara para ser capaz de Dios, y viera a Dios en Cristo, y confesara las obras de Cristo con alabanza de Dios. Las multitudes se maravillaron de la obra de este hecho; pero la envidia de los fariseos se agrava. Pues como estas obras excedieran la debilidad humana, declinan la vergüenza de su confesión con un mayor crimen de perfidia: para que, como no pudieran pensar que estas obras fueran de un hombre, no quisieran confesar que eran de Dios, y dijeran que todo este poder suyo sobre los demonios era por Beelzebub, príncipe de los demonios (Ibid. 24).

12. Cuán rico es el discurso de Dios. —Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado (Ibid. 25). El discurso de Dios es rico, y puesto como argumento de inteligencia, ofrece de sí mismo una abundante copia de ejemplos: y ya sea entendido simplemente, o visto interiormente, es necesario para todo progreso. Pero dejando las causas que se manifiestan a la inteligencia común, detengámonos en las causas interiores.

13. Se predice la pérdida del reino de Israel. —Todo reino dividido contra sí mismo será desolado. Respondiendo a lo que se había dicho de Beelzebub, retorció la condición de su respuesta en aquellos mismos a quienes respondía. Pues la ley es de Dios, y la promesa del reino de Israel es de la ley, y el nacimiento y la venida de Cristo son de la ley. Si el reino de la ley se divide contra sí mismo, es necesario que se disuelva. Y todo poder se disminuye por la división, y la virtud del reino separada contra sí misma se consume: y así el reino de Israel perdió de la ley, cuando la plebe de la ley impugna el cumplimiento de la ley en Cristo.

14. La destrucción de Jerusalén. —Pero también la ciudad y la casa dividida contra sí misma no permanecerá (Ibidem). La misma razón de la ciudad y de la casa es la del reino. Pero aquí se indica la ciudad de Jerusalén, siempre gloriosa por el dominio de las naciones. Ahora, después de que se encendió con furia contra su Señor, y expulsó a sus apóstoles con las multitudes de creyentes, por la división de los que se alejan no permanecerá: y así, lo que pronto siguió por esta división, se anuncia la destrucción de esa ciudad.

15. Cristo expulsa demonios por virtud divina. —Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo (Ibid. 26). Condenan la malevolencia del dicho anterior, en el que hablaban de que él hacía estas cosas con Beelzebub, por el mismo género en que hablaron: no entendiendo que confesaron que Beelzebub estaba dividido: y si fue obligado a su división, para que un demonio expulsara a los demonios, y la misma división contra sí misma consistiera; de aquí también se debe pensar que hay más virtud en aquel que dividió, que en aquellos que fueron divididos. Por tanto, ya está dividido, y fue obligado contra sí mismo, y su reino fue disuelto por tal división. Pero si en virtud de Beelzebub Cristo expulsa a los demonios, ¿en nombre de quién los expulsan sus hijos, es decir, los apóstoles (Ibid. 27)? Y por eso dignamente son constituidos jueces sobre ellos, a quienes se encontrará que Cristo les dio poder contra los demonios, lo que se le negó tener a él mismo. Por tanto, si los discípulos obran en Cristo, y Cristo obra del Espíritu de Dios; el reino de Dios está presente, ya transferido a los apóstoles por el oficio del mediador. Pero cuando se acusa a Cristo de poder por Beelzebub, se blasfema a Dios en Cristo: y así se compara a Dios la contumelia de un convicto inexpiable por los fariseos en el nombre de Beelzebub.

16. ¿Cómo puede entrar alguien en la casa del fuerte y saquear sus bienes? y lo demás (Ibid. 29). Indica que toda la potestad del diablo fue quebrantada por él en la primera tentación, porque nadie entra en la casa del fuerte y saquea sus bienes, a menos que haya atado al fuerte, y entonces saqueará su casa: y es necesario que quien hace estas cosas sea más fuerte que aquel fuerte. Por tanto, fue atado cuando Satanás, llamado por el Señor, fue constreñido por la misma denominación de su maldad (Mat. IV, 10): a quien así atado le quitó los despojos, y le arrebató la casa, es decir, a nosotros, que éramos sus armas, y la milicia de su reino, nos redimió para su derecho, y al vencido y atado nos hizo su casa vacía y útil. Pero muestra que está lejos de él haber tomado algo de poder de él: cuando quien no está con él, está contra él; y quien no recoge con él, desparrama (Mat. XII, 30). De lo cual se entiende que es asunto de gran peligro pensar mal de aquel con quien no estar es lo mismo que estar contra él: y no recoger es desparramar.

17. La blasfemia contra el Espíritu, negar a Cristo la divinidad que sus obras revelan. —Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada (Ibid. 31). Condena con la más severa definición la sentencia de los fariseos, y la perversidad de aquellos que sienten así con ellos; prometiendo el perdón de todos los pecados, y negando la indulgencia de la blasfemia contra el Espíritu (Ibid. 32). Pues cuando las demás palabras y hechos se relajan con liberal perdón, carece de misericordia si se niega a Dios en Cristo. Y en quien sin perdón es pecador, le otorga la benevolencia de la advertencia reiterada: que todos los pecados de cualquier género serán perdonados, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Pues ¿qué hay tan fuera de perdón, como negar en Cristo que es Dios, y quitar la sustancia del Espíritu paterno que permanece en él: cuando en el Espíritu de Dios consume toda obra, y él mismo es el reino de los cielos, y en él está Dios reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19)? Por tanto, cualquier contumelia que exista en Cristo, toda ella existirá en Dios: porque en Cristo está Dios, y Cristo está en Dios.

18. Contra los judíos y arrianos. Los que veneran a Cristo pero niegan su divinidad son peores que los ignorantes.---O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo, y lo demás (Mateo XII, 33). El sermón se aplica tanto al presente como al futuro. Pues en el presente refuta a los judíos, quienes, aunque entienden que las obras de Cristo están más allá de la capacidad humana, no quieren confesar que son de Dios. En el futuro, reprende toda perversidad de fe, es decir, de aquellos que, al negar la divinidad y la comunión de la sustancia paterna al Señor, se han entregado a diversas herejías: no haciendo ni lo uno ni lo otro, ni habitando entre las naciones bajo la indulgencia de la ignorancia, ni viviendo en el conocimiento de la verdad. El árbol se refiere a sí mismo en el cuerpo: porque a través de la fecundidad interior de su virtud, toda abundancia se manifiesta en frutos. Por lo tanto, o el árbol debe hacerse bueno con buenos frutos, o malo con malos frutos; porque el árbol mismo dará testimonio de sí por sus frutos: no porque según la naturaleza de los árboles un árbol malo pueda hacerse bueno, o el mismo con sus ramas pueda ser bueno si es malo; sino para que entendamos a través de este significado que Cristo debe ser dejado como inútil o retenido como bueno por la utilidad de sus buenos frutos: porque las palabras contra el Hijo del Hombre son perdonables, pero la blasfemia contra el Espíritu no tiene perdón. Sin embargo, actuar de manera intermedia, atribuir algo a Cristo, negar lo que es máximo; venerarlo como Dios, pero despojarlo de la comunión con Dios, esto es blasfemia contra el Espíritu: de modo que, aunque por la admiración de tan grandes obras no te atrevas a quitarle el nombre de Dios, por la malevolencia de la mente y el sentido, despojas su nobleza, que te ves obligado a confesar en el nombre, negando la comunión de la sustancia paterna. Y por eso también el Señor extiende el don de su bondad, diciendo que el árbol malo con malos frutos, o el bueno con buenos frutos debe hacerse: porque en la opinión del árbol malo, bajo el secreto de la indulgencia de Dios, está el perdón; (porque todo pecado debe ser perdonado); en la confesión del bueno está el fruto eterno: para que no, al caer (o caminar) en una sentencia intermedia entre ambos, al no atrevernos a establecer el mal; no queramos confesar el bien, y seamos dejados al juicio indisoluble de una opinión corrupta sobre nosotros mismos.

19. Toda corrupción de pensamiento, enseña, proviene del vicio de la naturaleza, diciendo: Del mal tesoro no puede salir sino lo malo, y toda palabra ociosa, es decir, inútil e ineficaz, será juzgada por Dios (Mateo XII, 35): porque por las palabras de nuestra confesión seremos condenados o justificados; recibiendo tal benevolencia en el juicio futuro, como la opinión que hayamos tenido del Señor de la gloria celestial.

20. La fe de los gentiles reprueba la infidelidad de los judíos.---Luego se le pide una señal que él responde que dará según la señal de Jonás (Ibid. 38): y así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así él permanecerá en las entrañas de la tierra por igual tiempo. Pero muestra que la fe de los gentiles será mayor. Pues los ninivitas hicieron penitencia al predicar Jonás, y merecieron el perdón de Dios por la confesión de su penitencia. Y la reina del Sur, ahora tomada como ejemplo de la Iglesia, admirada por la sabiduría de Salomón, vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría que admiraba (Ibid. 41 y 42). Así, la comparación aumenta la envidia y la fe de los gentiles deja a los judíos sin excusa: para que, mientras aquellos creyeron a los profetas, es decir, a Jonás y Salomón, estos no crean a Cristo, que es mayor que Jonás y Salomón. Y por eso en la resurrección los juzgarán, porque en ellos se encontró el temor de Dios, a quienes no se les había predicado la ley: siendo más indignos de perdón aquellos que, siendo de la ley, son infieles, cuanto más fe se encontró en aquellos que ignoraban la ley.

21. Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, vaga por lugares áridos buscando descanso, y no lo encuentra, y lo demás (Ibid. 43). Es una lectura continua, y desde el inicio del sermón

se indica que procede del sentido superior: pues comenzó con la conjunción de la palabra. Pero debe tratarse la razón de toda la comparación propuesta. Al salir del hombre el espíritu inmundo, recorre lugares áridos y sin agua, donde no fluía ninguna fuente de vida. Y cuando no encuentra descanso, entonces hablará consigo mismo, diciendo que le conviene regresar a su casa de donde salió; la encontrará vacía, barrida y adornada; y tomará consigo siete espíritus peores que él, y entrando habitarán allí, y el último estado de aquel hombre será peor que el primero. Y el Señor concluyó, diciendo: Así será para esta generación perversa (Ibid. 45).

22. Los judíos se aplican a lo anterior. El demonio poseía a los israelitas antes de la ley. Expulsado por la ley, invadió a los gentiles.---No podemos dudar, por tanto, que todo esto debe referirse a la persona de este pueblo: pero debe considerarse cómo cada una de las cosas propuestas se aplica a los tiempos y asuntos respectivos. Anteriormente, en el nombre de los ninivitas y de la reina del Sur, se justificó la fe de los gentiles: pero mucho antes, después de muchos y graves pecados contra Dios, se dio la ley a los judíos. Y sus pecados están contenidos en los libros de Moisés. Sin embargo, después de tantas pruebas de la virtud divina, es decir, las diez plagas que golpearon a Egipto, y la columna de nube y de luz que servía de noche y de día, y el camino abierto en el mar Rojo, y las fuentes que brotaban de las rocas rotas, y el maná proporcionado a los hambrientos, y finalmente, durante el tiempo de cuarenta años, el pueblo viviendo con la vida y el hábito de los ángeles; después de esto, adoraron y suplicaron a las bestias y piedras, y bailaron con coros y cánticos, y llamaron dioses a los metales. Por lo tanto, el espíritu inmundo que habitaba en los corazones de este pueblo fue expulsado por la ley, que fue dada después, y excluido por su intervención, como por una especie de custodia de poder circundante. Al salir de allí, vagó por las naciones desiertas y áridas, dejando su antigua morada: para que en ellas descansara sin ser perturbado hasta el día del juicio.

23. La gracia concedida a los gentiles regresa a los judíos. Por qué toma consigo siete.---Pero nuevamente, después de que la gracia de Dios fue otorgada a los gentiles, después de que en el lavacro del agua fluyó la fuente viva, no hay lugar para habitar con ellos: y como ya no tiene descanso en ellos, considerando dentro de sí mismo, cree que es mejor regresar a la casa de la que salió. Esta, purificada por la ley y adornada con las proclamaciones de los profetas, y preparada por la venida de Cristo, se encuentra vacía: de la cual también se ha retirado la custodia de la ley (porque toda la ley fue hasta Juan (Mateo II, 13), y Cristo no fue recibido para habitar. Y así está vacía de habitante y desierta de guardianes: aunque, sin embargo, con la venida del habitante, por la preocupación de los que preceden, ha sido purificada y adornada. Por lo tanto, se toman siete espíritus peores; porque tantos eran los dones de gracia destinados con Cristo, que en él la multiforme sabiduría de Dios colocó con gloria septiforme: para que la posesión de iniquidad fuera tan grande como la de las gracias. Y así, el último estado de aquel hombre será peor que el primero: porque el espíritu inmundo había salido de los judíos por temor a la ley, pero ahora regresará a ellos con la venganza de la gracia que rechazaron.

24. De dónde debe tomarse ahora el derecho de parentesco. Los parientes de Cristo esperando afuera, la Sinagoga.---Y porque todo esto lo hablaba en la virtud de la majestad paterna; al que le anunciaba que su madre y sus hermanos lo esperaban afuera, extendiendo la mano hacia sus discípulos, respondió que ellos eran sus hermanos y madre; y que cualquiera que obedeciera la voluntad paterna, ese sería su hermano, hermana y madre: estableciendo él mismo como modelo para todos de actuar y sentir, que el derecho y el nombre de todos los parentescos ya no se retendrían por la condición de nacimiento, sino por la comunión de la Iglesia. Sin embargo, no debe pensarse que sintió desprecio por su madre, a quien en su

pasión le mostró el mayor afecto de preocupación (Juan XIX, 26 y 27). Pero también en esto se mantuvo la razón típica, para que su madre y sus hermanos estuvieran afuera, cuando ciertamente tenían el poder de entrar a él como los demás. Pero porque vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron; en su madre y hermanos se prefiguran la Sinagoga y los israelitas, absteniéndose de su entrada y acceso.

CAPÍTULO XIII. Sentado en una barca, Jesús habla a las multitudes en parábolas sobre el sembrador de buena semilla, la cizaña y el trigo, el grano de mostaza, la levadura escondida en la harina, y la explicación de la cizaña, el tesoro en el campo, la buena perla, la red echada al mar.

1. Los ajenos a la Iglesia no comprenden la Palabra de Dios.---En aquel día salió Jesús y se sentó junto al mar: y se reunieron a él multitudes, de modo que subió a una barca (Mateo XIII, 1 y 2): La razón de que el Señor se sentara en la barca y las multitudes estuvieran afuera se deduce de los hechos siguientes. Pues iba a hablar en parábolas: y con este hecho significa que aquellos que están fuera de la Iglesia no pueden captar ninguna comprensión del discurso divino. La barca representa el tipo de la Iglesia: dentro de la cual está puesto y predicado el verbo de vida, y aquellos que están fuera, yacen estériles e inútiles como la arena, no pueden entender. Sobre las parábolas ya concluidas por el Señor, hablar es ocioso.

2. Los judíos perdieron la ley por falta de fe.---Porque al que tiene, se le dará y tendrá en abundancia: pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (Ibid. 12). Los misterios del reino los percibe la fe. Esta, en quienes esté, progresará, y con los incrementos de su progreso abundará: pero en quienes no esté, aun lo que tienen se les quitará. Declara, pues, la pérdida de la ley por la falta de fe: la cual, al no tenerla los judíos, también perdieron la ley que tenían. Y por eso el don de la fe evangélica es perfecto; porque al ser recibida, enriquece con nuevos frutos, y al ser rechazada, también quita las riquezas de la antigua sustancia.

3. Pero bienaventurados vuestros ojos que ven, y vuestros oídos que oyen (Ibid. 16). Enseña la bienaventuranza del tiempo apostólico, cuyos ojos y oídos tuvieron la oportunidad de ver y oír al Salvador de Dios: los profetas y justos deseando ver y oír en la plenitud de los tiempos destinados, y la alegría de esta expectativa reservada a los Apóstoles.

4. El grano de mostaza es el Señor. Las hortalizas son las palabras de los profetas. Los apóstoles como ramas.---El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, y lo demás (Ibid. 31). El Señor se comparó a un grano de mostaza, muy picante, y el más pequeño de todas las semillas, cuya virtud y poder se encienden con tribulaciones y presiones. Este grano, pues, después de ser sembrado en el campo, es decir, cuando fue aprehendido por el pueblo y entregado a la muerte, como en un campo, fue sepultado en una especie de siembra del cuerpo; crece más allá de la medida de todas las hortalizas, y excede toda la gloria de los profetas. Pues a Israel se le dio la predicación de los profetas como hortalizas, como a un enfermo. Pero ya en las ramas del árbol que se eleva del suelo hacia lo alto, habitan las aves del cielo. Los apóstoles, ciertamente, extendidos por la virtud de Cristo, y sombreando el mundo, los entenderemos en las ramas: a quienes las naciones volarán en esperanza de vida, y agitadas por el torbellino de los aires, es decir, por el espíritu y soplo del diablo, descansarán como en las ramas del árbol.

5. Cristo en la ley, los profetas y los evangelios.---El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Ibid. 33). La levadura es de la harina, que devuelve al montón de su género la virtud recibida. A esto se comparó el Señor, que la mujer, es decir, la sinagoga, escondió por

el juicio de la muerte, mostrando que la ley y los profetas se disuelven en los evangelios. Pero cubierto con la igualdad de las tres medidas de harina, es decir, de la ley, los profetas y los evangelios, todo se hace uno: para que lo que la ley estableció, los profetas anunciaron, eso mismo se cumpla con los progresos de los evangelios. Y todo se hace por el Espíritu de Dios con la misma virtud y sentido: y nada se encontrará diferente de otro, fermentado con medidas iguales.

6. No es correcto referir lo predicho a la unidad de la Trinidad o a la vocación de tres naciones.---Aunque recuerdo que muchos han pensado que las tres medidas de harina deben referirse al sacramento de la fe, es decir, a la unidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pero también a la vocación de las tres naciones, de Sem, Cam y Jafet. Pero no sé si la razón permite opinar así: pues aunque la vocación de todas las naciones es igual, sin embargo, en ellas Cristo no está escondido, sino mostrado; y en tanta multitud de infieles no todo está fermentado: pero en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sin la necesidad de levadura añadida desde fuera en Cristo, todo es uno.

7. El tesoro en el campo, Cristo en la carne.---De nuevo, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido, y lo demás (Mateo XIII, 44). A través de la similitud del tesoro en el campo, muestra que las riquezas de nuestra esperanza están puestas dentro de sí: porque Dios se encuentra en el hombre, por cuyo precio deben venderse todas las facultades del mundo, para que con el vestido, alimento y bebida de los necesitados, adquiramos las eternas riquezas del tesoro celestial. Pero debe considerarse que el tesoro encontrado también fue escondido; cuando ciertamente quien lo encontró, tanto en secreto como en el momento en que lo escondió, podría haberlo llevado, y llevándolo habría carecido de la necesidad de comprar. Pero como en el hecho, así también debe explicarse la razón del dicho. Pues el tesoro fue escondido porque también era necesario comprar el campo. El tesoro en el campo, como dijimos, se entiende como Cristo en la carne, a quien encontrar es gratuito. Pues la predicación de los evangelios es gratuita, pero el poder de usar y poseer este tesoro con el campo no puede ser sin precio; porque las riquezas celestiales no se poseen sino con la pérdida del mundo.

8. El comerciante, pasando de la ley al Evangelio.---Y la razón de la perla es similar (Ibid. 45). Pero este discurso ya progresa hacia el comerciante que ha estado mucho tiempo en la ley, quien con largo y arduo trabajo ha llegado al conocimiento de la perla, y deja lo que ha adquirido bajo el peso de la ley. Pues ha comerciado mucho tiempo, y finalmente ha encontrado la perla que deseaba: para la cual el precio de esta única piedra deseada debe ser comparado con la pérdida del resto del trabajo.

9. La predicación como red.---De nuevo, el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y lo demás (Ibid. 47). Con razón comparó su predicación a una red, que viniendo al mundo, sin dañar a los habitantes del mundo, los reunió dentro del mundo, como una red que penetrando el mar se mueve desde lo profundo, de modo que atravesando todo el cuerpo de ese elemento, extrae a los encerrados dentro de su ámbito, y nos saca del mundo a la luz del verdadero sol: mostrando en la elección de los buenos y el rechazo de los malos, el examen del juicio futuro.

CAPÍTULO XIV. Del escriba en el reino de los cielos, de los hermanos y hermanas del Señor, de la cabeza de Juan en un plato, de los cinco panes y dos peces, donde camina sobre el mar, y levanta a Pedro que se hunde.

1. ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos le dicen: Sí. Y él les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, etc. (Mateo XIII, 51 y 52). No habló a las multitudes, sino a los discípulos; y da digno testimonio a los que entienden las parábolas, comparándolos a sí mismo bajo el nombre de padre de familia, porque han adquirido la doctrina de su tesoro de cosas nuevas y viejas: a quienes llama escribas por su conocimiento, porque han entendido lo que él ha sacado nuevo y viejo, es decir, en los Evangelios y en la ley, y del mismo padre de familia, y de un solo tesoro ambos.

2. Y sucedió que, cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí, y vino a su patria, y lo demás (Ibid. 53). El Señor es deshonrado por los suyos. Aunque tanto la prudencia de su enseñanza como la virtud de sus obras causaban admiración; sin embargo, su incredulidad no acepta la verdad del juicio. Pues no creen que estas cosas las haga Dios en el hombre: incluso llaman a su padre, madre y hermanos, y lo provocan con una especie de reproche de la artesanía paterna (Ibid. 55). Pero ciertamente aquí era hijo del carpintero, que vence al hierro con fuego, que funde todo el poder del mundo con juicio, y que forma la masa en toda obra de utilidad humana: moldeando la materia informe de nuestros cuerpos en los diversos ministerios de los miembros, y formando todo para las obras de la vida eterna. En estas cosas, pues, todos se escandalizaban: y entre tantas y tan magníficas cosas que hacía, se conmovían por la contemplación de su cuerpo. A quienes el Señor respondió que un profeta no es sin honor sino en su patria (Mateo XIII, 57), porque en Judea sería despreciado hasta la sentencia de la cruz. Y porque la virtud de Dios está solo entre los fieles, se abstuvo de todas las obras divinas de virtud debido a su incredulidad.

3. Los Evangelios tienen también un sentido interior.---En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesús, y dijo a sus siervos, y lo demás (Mateo XIV, 1, 2). Frecuentemente hemos advertido que se debe prestar toda diligencia a la lectura de los Evangelios: porque en lo que se narra que se hizo, se encuentra la razón de la inteligencia interior. Pues la narración de todas las obras tiene su orden: pero en los efectos de los hechos se prefigura la especie de la causa subyacente, como se entiende en Herodes y Juan. Pues Herodes era príncipe del pueblo, y había tomado a Herodías, la esposa de su hermano Felipe, en matrimonio por derecho de poder. Y Herodías tenía una hija: que en el día de su cumpleaños, al agradar bailando, recibió el poder de pedir lo que quisiera, por el juramento del que prometía: y la cabeza de Juan, que había estado mucho tiempo en prisión, la joven, instigada por su madre, pidió que se le trajera en un plato. Y Herodes, aunque triste, cumplió su juramento, y la joven presentó el regalo a su madre: y sepultado él, sus discípulos pasaron al Señor (Ibid. 6-11).

4. Al oír esto, el Señor se retiró en una barca a lugares desiertos, y compadecido de la multitud que lo seguía, los Apóstoles le sugieren que los despida para que compren alimentos en las aldeas. Pero el Señor responde que no tienen necesidad de irse, y ordena que se les dé de comer. Ellos alegan que solo tienen cinco panes y dos peces. Él manda que se los ofrezcan, y que la multitud se recueste sobre la hierba. Bendijo lo ofrecido, lo partió para que la multitud comiera, y lo dio a los discípulos para que lo distribuyeran: y después de que todos se saciaron, sobraron doce cestas de fragmentos, aunque, aparte de mujeres y niños, se habían alimentado cinco mil hombres (Ibid. 13-21).

5. Luego ordena a los discípulos que suban a la barca y crucen el mar, mientras él despide a la multitud y sube solo al monte a orar: y al anochecer estaba solo, y la barca, en medio del mar, era sacudida por las olas, pues el viento era contrario. En la cuarta vigilia de la noche, el Señor vino caminando sobre el mar: y al verlo, se turbaron, creyendo que era un fantasma, y gritaron de miedo. Pero el Señor les habló de inmediato, y les ordenó que se mantuvieran

firmes. Y de entre muchos, Pedro respondió, pidiendo ir hacia el Señor sobre las aguas. Descendiendo de la barca, avanzó un poco, pero al sentir el viento fuerte, comenzó a temer y a hundirse. El Señor lo tomó de la mano y lo reprendió por su poca fe: y al subir a la barca, el viento y el mar se calmaron (Ibid. 22-32).

6. Así pues, como hemos recordado, estos hechos ocurrieron: pero en todas estas personas, efectos, causas, y números hay un orden, de modo que lo que hicieron, además del impulso y misión de actuar que cada uno tomó de su naturaleza, lo hicieron externamente como ejemplo: esto con mayor reverencia al pensar, si una y la misma inteligencia sigue la eficacia de causas tan diversas. Por tanto, el discurso debe referirse al origen de la proposición.

7. Juan, la ley. Herodes y su hermano, los judíos y los gentiles. La esposa de los gentiles, la infidelidad. La hija, el placer.---Juan, como hemos advertido frecuentemente, presentó la forma de la ley: porque la ley predicó a Cristo, y Juan surgió de la ley, anunciando a Cristo desde la ley. Herodes es el príncipe del pueblo: y el príncipe del pueblo abarca el nombre y la causa del universo sujeto a él. Por tanto, Juan advertía a Herodes que no tomara para sí la esposa de su hermano (Ibid. 4). Pues hay y había dos pueblos, el de la circuncisión y el de los gentiles. Pero la ley advertía a Israel que no se uniera a las obras y la infidelidad de los gentiles. La infidelidad es la compañera de los gentiles, que está unida a ellos como un vínculo de amor conyugal. Estos hermanos, por tanto, son del mismo padre del género humano. Por esta verdad de la áspera admonición, Juan, como la ley, fue encarcelado. Pero en el día del natalicio, es decir, en los gozos de las cosas corporales, la hija de Herodías bailó (Ibid. 6): pues el placer, como nacido de la infidelidad, se extendía por todos los gozos de Israel con todo el curso de su seducción. A quien el pueblo se entregó incluso con juramento: pues bajo los pecados y los placeres del mundo, los israelitas vendieron los dones de la vida eterna. Esta, instigada por su madre, es decir, por la infidelidad, pidió que le fuera entregada la cabeza de Juan, es decir, la gloria de la ley (Ibid. 8): porque la ley acusaba a Israel de incestuoso con la autoridad de los preceptos divinos.

8. La ley pereció por la infidelidad y el placer. ---Pero anteriormente se indicó que Herodes quería matar a Juan, y se demoraba por temor al pueblo, porque era tenido como profeta (Matth. XIV, 5). Ahora bien, al pedirse su muerte, especialmente estando retenido por el juramento, ¿cómo se entristece? (Ibid. 9). Evidentemente es contradictorio que antes quisiera y ahora no quiera: y la molestia presente no concuerda con la voluntad anterior. En verdad, en lo anterior está el orden de lo hecho, pero ahora se expone la especie de la causa consecuente. El placer, nacido de la infidelidad, ocupó la gloria de la ley. Pero el pueblo, consciente de su bien en la ley, no cierra los ojos a las condiciones del placer sin algún dolor de su peligro cierto. Y sabe que no debió ceder tal gloria de los preceptos: pero obligado por los pecados como por un juramento, y corrompido y vencido por el miedo y el ejemplo de los príncipes adyacentes, obedece incluso con tristeza a las seducciones del placer. Así, entre los demás gozos del pueblo disoluto, se trae la cabeza de Juan en un plato (Ibid. 11); es decir, el placer de los cuerpos y el lujo secular aumentan con el daño de la ley: y así, a través de la joven, se lleva a la madre. Y así, el Israel deshonesto entregó la gloria de la ley a su placer e infidelidad, es decir, a la familia de los gentiles. Terminados, pues, los tiempos de la ley, y sepultados con Juan, sus discípulos anuncian al Señor lo sucedido, viniendo de la ley a los Evangelios (Ibid. 12).

9. Fin de la ley, inicio de la Iglesia.---Por tanto, la Palabra de Dios, terminada la ley, sube a la barca y se dirige a la Iglesia, y se retira al desierto (Ibid. 13): dejando la conversación de Israel, para pasar a los corazones vacíos de conocimiento divino. Esta multitud, al oírlo, sigue al Señor a pie desde la ciudad hacia el desierto: es decir, pasa de la Sinagoga a la Iglesia. Al

verla, se compadeció de ella, y curó toda su enfermedad y debilidad (Ibid. 14): es decir, purifica las mentes y cuerpos poseídos por el letargo de la infidelidad hacia la comprensión de la nueva predicación.

10. El alimento de la doctrina legal. Qué significan los cinco panes y dos peces.---Y cuando los discípulos sugieren despedir a las multitudes a las aldeas cercanas para comprar alimentos (Ibid. 15); él respondió: No tienen necesidad de ir (Ibid. 16): mostrando que aquellos a quienes curaba no necesitaban el alimento de la doctrina legal, ni tenían necesidad de regresar a Judea para comprar alimento; y ordena a los apóstoles que les den de comer. ¿Acaso ignoraba que no había qué darles; y no conocía, viendo el interior de las mentes humanas, la cantidad de alimento que tenían los apóstoles? Pero toda la razón típica debía ser explicada. Pues aún no se había concedido a los apóstoles perfeccionar y ministrar el alimento de la vida eterna, el pan celestial. Su respuesta se dirige al orden de la inteligencia espiritual. Respondieron que solo tenían cinco panes y dos peces (Ibid. 17): porque aún estaban contenidos bajo los cinco panes, es decir, los cinco libros de la ley, y se alimentaban de las predicaciones de los dos peces, es decir, de los profetas y de Juan. En las obras de la ley, la vida era como del pan: pero la predicación de Juan y de los profetas, en la virtud del agua, fomentaba la esperanza de la vida humana. Estos, pues, primero, porque aún estaban en ellos, los apóstoles los ofrecieron: pero de ellos se muestra que la predicación de los evangelios se originó, y crece en mayor abundancia de su virtud a partir de estos orígenes.

11. Cristo convertido en alimento. Por qué se dan los panes a los apóstoles, V. 20. Por qué se sacian cinco mil de ellos: por qué se reservan doce cestas.---Tomados, pues, los panes y los peces, el Señor miró al cielo, los bendijo y los partió, dando gracias al Padre por convertirse, después de los tiempos de la ley y los profetas, en alimento evangélico. Después de esto, se ordena al pueblo recostarse sobre la hierba; ya no yaciendo en la tierra, sino sostenido por la ley: y como sobre la hierba de la tierra, cada uno se recuesta sobre los frutos de su obra. También se dan los panes a los apóstoles, porque por ellos se habrían de devolver los dones de la gracia divina. Luego, la multitud se alimenta y se sacia con los cinco panes y los dos peces: y los fragmentos de pan y peces, después de que los que se recostaron se saciaron, abundaron hasta llenar doce cestas, es decir, la multitud se sacia con la palabra de Dios que viene de la doctrina de la ley y de los profetas: y reservada para el pueblo de los gentiles del ministerio del alimento eterno, en la plenitud de los doce apóstoles, la abundancia de la virtud divina se desborda. Sin embargo, el número de los que comieron es el mismo que el de los que habrían de creer. Pues como se contiene en el libro de los Hechos, de la infinidad del pueblo de Israel, cinco mil hombres creyeron (Act. IV, 4). La admiración de las cosas se extiende hasta la medida de la causa subyacente. Y los panes, rotos con los peces, después de que el pueblo se sació, se acumulan en tal aumento, como el número del pueblo creyente y de los apóstoles destinados a ser llenados con la gracia celestial: para que el modo obedezca al número, y el número al modo; la razón contenida dentro de sus límites, se mantenga por la condición del efecto consecuente por el mismo gobierno de la virtud divina.

12. Por qué Cristo miró al cielo. El autor del mundo se da a conocer con este hecho.---La obra realizada supera la inteligencia humana: y aunque frecuentemente hay cosas que, concebidas por el sentido, el discurso no explica; en estas, sin embargo, la misma sutileza del sentido se agrava, y se asombra ante la contemplación de la cosa por la dificultad de un asunto tan invisible. Pues tomando los cinco panes, el Señor miró al cielo, confesando el honor de aquel de quien era: no porque fuera necesario contemplar al Padre con ojos carnales; sino para que los presentes entendieran de quién había recibido el efecto de tal virtud. Luego da los panes a los discípulos. No se multiplican cinco en más, sino que fragmentos suceden a fragmentos, y siempre engañan a los que los parten con el

rompimiento. Luego, la materia crece: no sé si en el lugar de las mesas, o en las manos de los que toman, o en la boca de los que comen. No te maravilles de que fluyan las fuentes, de que haya uvas en las vides, y de que de las uvas se difundan los vinos, y de que todas las riquezas del mundo fluyan en un cierto curso anual e incansable: pues el autor de este universo muestra tal progreso de los panes, por quien se añadiría tal incremento al modo de la materia tratada. Pues en la obra visible se realiza una operación invisible: y el Señor de los secretos celestiales, obra el secreto del asunto presente. La virtud del que obra supera toda naturaleza, y la razón de la virtud supera la inteligencia del hecho, y solo queda la admiración del poder. También sigue el orden de las causas y de las obras.

13. Israel será salvado por los restos.---Después de esto, ordenó a los discípulos subir a la barca, mientras él despedía a las multitudes: y después de despedir a la multitud, subió al monte a orar, y al anochecer estaba solo (Matth. XIV, 22 y 23). La razón de estos hechos debe distinguirse por los tiempos. Que al anochecer esté solo; muestra su soledad en el tiempo de la pasión, cuando los demás se dispersaron por el miedo. Pero que ordene a los discípulos subir a la barca, y cruzar el mar, mientras él despide a las multitudes, y después de despedir a las multitudes sube al monte, significa que deben estar dentro de la Iglesia, y ser llevados a través del mar, es decir, a través del mundo, hasta el tiempo en que, regresando en la claridad de su venida, devuelva la salvación a todo el pueblo que de Israel quede, y perdone sus pecados: y después de despedirlo, o más bien admitirlo en el reino celestial, dando gracias a Dios Padre, permanezca en su gloria y majestad.

14. Las cuatro viglias de Dios sobre la Iglesia. El terror del Anticristo.---Pero entre tanto, los discípulos son llevados por el viento y el mar, y son sacudidos por todos los movimientos del mundo, con el espíritu inmundo adversando (Ibid., 24.). Pero en la cuarta viglia el Señor viene: pues entonces volverá a la Iglesia errante y naufragante. En la cuarta viglia de la noche, se encuentra el mismo número de su solicitud (Ibid., 25). La primera viglia fue de la ley, la segunda de los profetas, la tercera del advenimiento corporal, y la cuarta en el regreso de la claridad. Pero la encontrará fatigada, y sacudida por el espíritu del Anticristo y los movimientos de todo el mundo. Pues vendrá especialmente a los angustiados y afligidos. Y porque estarán preocupados por la costumbre del Anticristo ante toda novedad de tentaciones, incluso temerán al advenimiento del Señor, temiendo falsas imágenes de cosas, y figuras que se insinúan a los ojos. Pero el buen Señor hablará de inmediato, y disipará el miedo, diciendo: Soy yo (Ibid., 27), disipando el miedo al naufragio inminente con la fe en su advenimiento.

15. El fervor de Pedro, su caída, su penitencia.---Que de entre todos los que estaban en la barca, solo Pedro se atreva a responder, y pida que se le ordene ir hacia el Señor sobre las aguas (Ibid., 28); designa el afecto de su voluntad en el tiempo de la pasión, cuando solo él, regresando, y siguiendo las huellas del Señor, despreciando los movimientos del mundo, como del mar, lo acompañó con igual virtud para despreciar la muerte: pero la debilidad de la futura tentación mostró su temor. Pues aunque se atrevió a avanzar, sin embargo, comenzó a hundirse (Ibid., 30): pues por la debilidad de la carne y el miedo a la muerte, fue incluso obligado hasta la necesidad de negar. Pero clamó, y pidió salvación al Señor. Este clamor fue engendrado por su penitencia. Pues aún no habiendo sufrido el Señor, volvió a la confesión, y tuvo el perdón de negar en el tiempo; pues Cristo después sufriría por la redención de todos.

16. Por qué no fue liberado de la trepidación. Cristo, redentor de todos.---Que no le concediera el Señor la virtud de llegar a él sin trepidar, sino que extendiera la mano, y lo sostuviera al tomarlo; esta es la razón. No era Pedro indigno del acceso a su Señor, pues intentó acercarse, pero también se mantuvo el orden típico en él. Pues al Señor, que pisaba los movimientos y tempestades del mundo, nadie podía ser partícipe de la pasión; pues solo

él, que iba a sufrir por todos, perdonaba los pecados de todos: ni admite compañero, lo que se otorga a la totalidad por uno solo. Así, siendo él la redención de todos, también Pedro debía ser redimido antes, reservado entonces en la fe de esa redención para ser mártir de Cristo.

17. Pedro adelantó a los demás en fe. ---Y esto debe considerarse en Pedro, que adelantó a los demás en fe: pues ignorándolo los demás, él primero respondió: Tú eres el Hijo de Dios vivo (Matth. XVI, 17). Primero detestó la pasión, cuando la consideró un mal (Ibid., 22). Primero prometió que moriría y no negaría (Matth. XXVI, 33). Primero prohibió que se le lavaran los pies (Joan. XIII, 8). También sacó la espada contra los que apresaban al Señor (Joan. XVIII, 10).

18. Y con su ascenso a la barca, el viento y el mar se calmaron: después de su regreso en su claridad, se indica la paz y tranquilidad eterna de la Iglesia. Y porque entonces vendrá manifiesto, todos los que admiran dirán: Verdaderamente eres el Hijo de Dios (Matth. XIV, 33). Pues la confesión de todos será entonces absoluta y pública, que el Hijo de Dios no ya en humildad corporal, sino en gloria celestial, ha devuelto la paz a la Iglesia.

19. De Cristo procede la virtud de los apóstoles.---Cuando cruzaron, llegaron a la tierra de Genesaret: y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, lo adoraron (Ibid. 34 y 35). Muchas y medias cosas ocurrieron, que nos han demorado en el estudio de la razón a devolver después de la congregación y saciedad de los cinco mil hombres: pero el sentido es el mismo hasta este lugar. Pues terminados los tiempos de la ley, y colocados dentro de la Iglesia cinco mil hombres de Israel, ya el pueblo creyente sale al encuentro: ya él mismo salvo por la fe desde la ley, trayendo al Señor a los demás de los suyos enfermos y dolientes, y deseando tocar las franjas de sus vestiduras, sanos por la fe. Pero como de toda la vestidura salen las franjas, así del Señor nuestro Jesucristo salió la virtud del Espíritu Santo: que dada a los apóstoles, también a ellos, como saliendo del mismo cuerpo, suministra salud a los que desean tocar.

CAPÍTULO XV. Sobre el lavado de manos, y que no lo que entra en la boca, sino lo que sale de ella contamina, sobre la hija de la mujer cananea, sobre los siete panes y pocos peces.

1. Entonces se acercaron a él los escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo, etc. (Matth. XV, 1). La razón de lo dicho y hecho en lo que sigue es completa: pues a lo que se había propuesto, él respondió, diciendo que toda planta que no sea del Padre será arrancada (Ibid., 13), es decir, la tradición de los hombres debe ser erradicada, por cuyo favor transgredieron los preceptos de la ley: y por eso son guías ciegos, prometiendo un camino de vida eterna que no ven, y el mismo destino de caída en el hoyo es común para los ciegos y sus guías.

2. (al. CANON XV) Y saliendo de allí Jesús, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer cananea que salió de aquellos confines, clamó, y lo demás (Ibid. 21 y 22). Los diversos géneros de curaciones abarcan diversos efectos de causas: pero el asunto y el discurso toman su orden de lo anterior. Pues la infidelidad de los fariseos, y con el reproche de los guías ciegos, y las supersticiones de las tradiciones humanas, los acusa. Y después de esto, vino a las regiones de Tiro y Sidón, y una cananea que salió de aquellos confines clama y ora, y confiesa al Señor como hijo de David, y pide ayuda para su hija. El Señor guarda silencio, los discípulos interceden por ella: a quienes responde que ha sido enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Pero ella, adorando, pide ser ayudada: a lo que el Señor dice que no es lícito ofrecer el pan de los hijos a los perros. Y ella responde que los perritos suelen alimentarse de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Después de esto, el Señor alaba su fe, y en ese mismo momento la salud de la niña es restaurada (Ibid., 23-28).

3. La cananea como figura de los prosélitos. Quiénes son los cananeos.---Para que, por tanto, lo que se hizo sea seguido por la razón interior; debe considerarse qué persona es la cananea, a partir de las mismas virtudes de las palabras. Es una fe cierta que ha habido, y aún hay, entre Israel un pueblo de prosélitos: que (es decir, el pueblo de prosélitos) de los gentiles ha pasado a las obras de la ley, y saliendo de la región de su vida anterior, estaba contenido como en la casa de una ley extranjera y dominante. Los cananeos fueron los habitantes de las tierras donde ahora está Judea: que o bien fueron consumidos por la guerra, o dispersos a lugares cercanos, o sujetos a la condición de servidumbre de los vencidos, llevan solo el nombre sin la sede patria. Este pueblo, pues, mezclado con los judíos, es de los gentiles. Y porque no es dudoso que en esa multitud que creyó, hubo una parte no pequeña de prosélitos, con razón esta cananea, representando la forma de los prosélitos, será considerada como saliendo de sus confines, es decir, pasando de los gentiles al nombre de otro pueblo: que ora por su hija, es decir, por el pueblo de los gentiles. Y porque conoció al Señor desde la ley, lo llama hijo de David. Pues en la ley se contiene la vara de la raíz de Jesé (Isaías XI, 1), y el hijo de David es rey del reino eterno y celestial (Jer. XXIII, 5).

4. La hija de la cananea representa un tipo de la Iglesia. Las primicias de la fe provienen de Israel. Ella misma ya no necesita curación, pues confiesa a Cristo como Señor e Hijo de David; pero pide ayuda para su hija, es decir, para el pueblo de los gentiles, ocupado por el dominio de espíritus inmundos. El Señor guarda silencio, reservando con paciencia el privilegio de la salvación para Israel. Los discípulos, compadecidos, unen sus súplicas; pero Él, conteniendo el misterio de la voluntad del Padre, responde que ha sido enviado a las ovejas perdidas de Israel, para que quede absolutamente claro que la hija de la cananea contiene el tipo de la Iglesia; ya que ella pide lo que se otorga a otros, no porque la salvación no deba ser impartida también a los gentiles, sino porque el Señor vino a los suyos y entre los suyos, esperando las primicias de la fe de aquellos de quienes había surgido, para luego salvar a los demás mediante la predicación de los apóstoles. Por eso dice: No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros (Ibid., 26). El honor otorgado a Israel, el afecto de Dios hacia él, acumula envidia: según el cual, el pueblo de los gentiles recibió el nombre de perros. Pero la cananea, ya salva por la fe y segura del misterio interior, respondió que los perritos se alimentan de las migajas que caen de la mesa, mitigando ya el oprobio de los perros con el diminutivo del nombre.

5. Luego, los gentiles son llamados a la fe. Y para que entendamos que el silencio del Señor procede de la razón del tiempo, no de la dificultad de la voluntad, añadió: Oh mujer, grande es tu fe (Ibid., 28): (suplir, para que) ella misma ya esté segura de su salvación, y también confie en la congregación de los gentiles: en cuyo tiempo, así creyendo, pronto como la niña, serán liberados de todo dominio de espíritus inmundos. Y de inmediato, la fe sigue a los hechos. Pues después de prefigurar en la hija de la cananea al pueblo de los gentiles, inmediatamente en el monte, los afligidos por diversas enfermedades son ofrecidos al Señor por las multitudes (Ibid., 29 y 30), es decir, los incrédulos y enfermos son instruidos por los creyentes para adorar y postrarse: a quienes se les devuelve la salud, y todos los ministerios de la mente y del cuerpo son reformados para sentir, contemplar, alabar y acompañar a Dios.

6. Jesús, convocando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de esta multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y lo demás (Ibid., 32). Mantiene el orden del curso de su obra, pero también a las mismas obras les sigue una proporción de palabras. En la hija de la cananea, recordamos que se estableció la forma de la Iglesia: y la curación del pueblo siguiente, hemos transmitido que es la concurrencia de las naciones enfermas. Ahora, por

tanto, deben ser tratados diligentemente tanto los dichos del Señor como los hechos: para que veamos si el asunto y el discurso anterior, tal como se nos ha transmitido para entenderlo, también recibe autoridad de las cosas consecuentes de la misma inteligencia. El Señor se compadece de la multitud, porque permanece con Él durante tres días: no quiere despedirla en ayunas, para que no desfallezca en el camino por el hambre. Los discípulos alegan que no hay tantos panes con los que puedan ser saciados (Ibid., 33). El Señor preguntó cuántos panes tenían. Ellos respondieron que eran siete panes y unos pocos peces. Se ordena a las multitudes que se recuesten en la tierra: y el Señor, tomando los panes y los peces, dio gracias, los partió y los dio a los discípulos para que los ofrecieran (Ibid., 34-36). Pero los fragmentos de los siete panes y de los pocos peces sacian a cuatro mil hombres, de tal manera que, después de que todos se saciaron, sobraron siete canastas llenas de pan partido (Ibid., 37).

7. Se expresa ahora la fe de los gentiles, como antes la de los israelitas. Y ciertamente se presentan muchas cosas que son nuevas (comparadas con lo que se narró en Mateo XIV, XV, etc.). Los discípulos, compadeciéndose del ayuno de un día, quisieron enviar a cinco mil hombres a las aldeas para comprar alimentos: ahora guardan silencio durante todo el triduo. Y después, la multitud anterior se recuesta sobre el heno: esta se recuesta en la tierra. Allí se ofrecen cinco panes, aquí siete: allí dos peces, aquí un número indefinido, pero bajo la significación de escasez. Allí cinco mil hombres, aquí cuatro mil: allí doce cestas, aquí siete canastas llenas. Y creo que a los anteriores se les ha respondido, y todo se ha sometido de manera congruente según la persona del pueblo. Ahora también intentemos aportar una razón adecuada al asunto y a la causa: para que, así como aquellas cosas concuerdan con el pueblo judío de los creyentes, así estas se comparen con el pueblo de los gentiles.

8. Profesión de fe de los que van a ser bautizados. Ayuno en el tiempo de la pasión del Señor. El orden, por tanto, es el mismo en el discurso del Señor, que permanece en la consecución de la gracia. Pues los que van a venir al bautismo, primero confiesan creer en el Hijo de Dios y en su pasión y resurrección: y a este sacramento de profesión se le da fe. Y para que esta promesa de palabras sea seguida por una cierta verdad de las cosas mismas, permaneciendo durante todo el tiempo de los ayunos de la pasión del Señor, se unen al Señor en una cierta sociedad de compasión. Por lo tanto, ya sea por el sacramento de la promesa o por el ayuno, todo ese tiempo de la pasión del Señor lo pasan con el Señor.

9. Solicitud de los apóstoles por la salvación de Israel. Y el Señor, compadecido de esta esperanza y compañía, dice que están con Él durante tres días. A quienes, para que no desfallezcan en el curso de la vida secular, es decir, en la obra del camino, quiere alimentar con su alimento, y fortalecer con la virtud de su pan para llevar a cabo la fortaleza de todo el viaje: mientras los discípulos se quejan de que no hay panes en el desierto. Sin embargo, en los ejemplos anteriores habían aprendido que nada es imposible para Dios. Pero se esfuerzan por la razón de las causas de los hechos en la inteligencia interior. Pues cuán grande fue el favor de los apóstoles en salvar a Israel, lo enseñan las epístolas del bienaventurado Pablo (Rom. IX, 3): y por eso, mientras él permanece, ahora en la concurrencia de los gentiles, se introduce tanto la discusión sobre el pan como el silencio sobre el ayuno.

10. Los siete panes, los siete dones del Espíritu Santo. Peces indefinidos, diversos carismas. Los gentiles serán llamados de las cuatro partes del mundo. Por lo tanto, se ofrecen siete panes. Pues ninguna salvación se toma de la ley y los profetas para los gentiles, sino que viven por la gracia del Espíritu, cuyo don septiforme, como se transmite por Isaías, es. Por lo tanto, el Espíritu es la salvación para los gentiles por la fe (Isa. XI, 2). Que se recuestan en la tierra; pues no estaban antes sometidos a las obras de la ley: sino que, adheridos al origen de

sus pecados y cuerpos, son llamados al don del Espíritu septiforme. El número indefinido de peces significa las particiones y ministraciones de los diversos dones y carismas: con los cuales la fe de los gentiles se sacia con la diversidad de gracias. Pero que se llenen siete canastas; se indica la abundante y multiplicada copia del Espíritu septiforme, que lo que da, abunda: y así, saciados nosotros, siempre se hace más rico y más pleno. Pero que se congreguen cuatro mil hombres, se entiende la multitud de innumerables de las cuatro partes del mundo. Pues el pueblo, numerado en tantos miles de partes futuras, se sacia, como se cree que de las mismas partes concurrirán miles al don del alimento celestial. Por lo tanto, la multitud se despide saciada y llena. Y porque el Señor permanece con nosotros todos los días de nuestra vida, entra en la nave, es decir, en la Iglesia, acompañado por el pueblo de los creyentes.

CAPÍTULO XVI. Sobre la señal del profeta Jonás, y sobre la levadura de los fariseos, sobre la confesión de Pedro y la bendición del Señor, y sobre negarse a sí mismo quien quiera seguir a Cristo.

1. La nota para reconocer a Cristo, la virtud de las obras. Y se acercaron a Él los fariseos y saduceos, tentándole, y le pidieron que les mostrara una señal del cielo, y lo demás (Mat. XVI, 1). Se presentan los fariseos y saduceos, insolentes por la confianza en la ley y desdeñando las obras de las virtudes de la fe, piden que se les muestre una señal del cielo. Contemplando la humildad en Cristo de la carne y el cuerpo, desprecian recibir la doctrina de lo que hacía bajo la apariencia de hombre. Ridiculizando su insolencia y vanidad, respondió que solían conjeturar mucho sobre la naturaleza del cielo, cuando anunciaban un tiempo sereno o nublado por el rubor del amanecer o del atardecer (Ibid., 2): pero que ignoraban las señales de los tiempos (Ibid., 4), cuando toda la ley y los profetas indicaban su venida por la admiración de las obras que realizaba: para que, así como la fe en el tiempo del cielo la daba el rubor del amanecer o del atardecer; así las señales de las virtudes y obras debían proporcionar el conocimiento manifiesto de los tiempos.

2. Jonás, figura de Cristo. Pero les establece una señal terrestre, nacida del cielo, para contenerlos dentro de la confesión de la humildad corporal, diciendo que se les dará la señal de Jonás: El Señor se compara a este, a quien había enviado con la misma apariencia para el efecto de la futura pasión en la predicación de la penitencia a los ninivitas. Pues Jonás, arrojado de la nave por los vientos furiosos, fue devorado por un cetáceo, y después de tres días fue expulsado vivo, no retenido por el monstruo, no consumido por la condición de alimento: sino que, contra la naturaleza del cuerpo humano, escapa íntegro e ileso a las auras superiores por la virtud de la prefiguración del Señor. Por lo tanto, muestra que esta es la señal establecida de su poder, Él mismo predicando el perdón de los pecados por la penitencia, siendo expulsado de Jerusalén o de la Sinagoga por el soplo dominante de los espíritus inmundos, y entregado al poder de Pilato, es decir, al juicio del mundo: y siendo tragado por la muerte como por un monstruo del mismo elemento: y después de tres días, emergiendo de ella, no retenido contra la condición del hombre que había asumido, vivo e incorrupto. Por lo tanto, quiso que se conocieran y entendieran de Él las cosas que en el hombre, tomado del concepto de la virgen, estaban llenas de virtudes divinas, tanto por la señal del profeta como por el ejemplo del hombre.

3. En las obras de la ley no hay esperanza, donde ha llegado la verdad. Y dejándolos, se fue (Ibid., 4). No como se lee en otros lugares, que dejó a las multitudes y se fue: sino porque el error de la incredulidad dominaba las mentes de los insolentes, no se escribe que los dejó, sino que los abandonó. Y cuando llegó al otro lado del mar, sus discípulos se olvidaron de llevar panes. Jesús les dijo: Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos (Ibid., 5, 6).

Toda la oscuridad sobre la levadura de los fariseos y saduceos está resuelta. Pero que los apóstoles sean advertidos de abstenerse de ella, se les aconseja no mezclarse con la doctrina de los judíos; porque las obras de la ley fueron establecidas para el efecto de la fe y para la prefiguración de las cosas consecuentes: para que en aquellos en cuyos tiempos y edad llegó la verdad, no creyeran que había esperanza alguna más allá en la similitud de la verdad; para que la doctrina de los fariseos, que no conocía a Cristo, no corrompiera los efectos de la verdad evangélica.

4. El Hijo es Dios eterno y nacido. Jesús llegó a las regiones de Cesarea de Filipo, y preguntaba a sus discípulos, y lo demás (Ibid., 13). En el progreso del discurso y de la obra, proporciona a los discípulos un conocimiento más completo de sí mismo, y establece una cierta forma y razón de entenderlo. Esta es la verdadera e inviolable fe, que el Hijo de Dios, de la eternidad (quien, por el hecho de haber sido siempre Hijo, tiene siempre el derecho y el nombre de Padre; para que si no siempre Hijo, no siempre sea Padre) ha procedido como Dios del Dios eterno, a quien pertenece la eternidad del Padre por haber nacido de Él. Nacer fue su voluntad, cuya virtud y poder estaba en que naciera. Por lo tanto, el Hijo de Dios es Dios de Dios, uno en ambos: pues la deidad, que los latinos llaman deidad, la recibió del eterno Padre de quien nació. Recibió lo que era: y nació el Verbo que siempre estuvo en el Padre. Así, el Hijo es eterno y nacido: porque no nació otra cosa en Él que lo que es eterno.

5. El Hijo de Dios es también hijo del hombre. Este, por tanto, asumió un cuerpo y se hizo hombre, es la confesión perfecta: porque así como la eternidad de nuestra naturaleza asumió un cuerpo; así debe entenderse que la naturaleza de nuestro cuerpo puede asumir la virtud de la eternidad. Por lo tanto, porque este es el bien supremo en esta fe; pregunta a los discípulos quién dicen los hombres que es Él: y añadió, hijo del hombre. Esta es la razón de la confesión que debe mantenerse, para que recordemos tanto al Hijo de Dios como al hijo del hombre: porque uno sin el otro no otorga esperanza alguna de salvación.

6. La confesión de Pedro según el deseo de Cristo. Expresadas las diversas opiniones de los hombres sobre Él, pregunta qué piensan ellos de Él. Pedro respondió: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Ibid., 17). Pero Pedro había considerado la condición de la proposición. El Señor había dicho: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y ciertamente la contemplación del cuerpo mostraba al hijo del hombre: pero al añadir, ¿quién dicen que soy?, significó que, además de lo que se veía en Él, había algo más que debía ser sentido; pues era el hijo del hombre. ¿Qué juicio de opinión sobre Él, por tanto, deseaba? No creemos que fuera lo que Él mismo confesó de sí mismo: sino que era oculto aquello sobre lo que se preguntaba, en lo que la fe de los creyentes debía extenderse.

7. La recompensa de la confesión. Y ciertamente la confesión de Pedro obtuvo una recompensa digna, porque vio al Hijo de Dios en el hombre. Bienaventurado es este, que fue alabado por haber mirado y visto más allá de los ojos humanos: no contemplando lo que era de carne y sangre, sino viendo al Hijo de Dios por la revelación del Padre celestial; y juzgado digno de ser el primero en reconocer lo que era de Dios en Cristo. ¡Oh feliz fundamento de la Iglesia en la proclamación de un nuevo nombre, y digna piedra de edificación, que disolvería las leyes infernales, las puertas del tártaro y todas las ataduras de la muerte! ¡Oh bienaventurado portero del cielo, a cuyo arbitrio se le confían las llaves del acceso eterno, cuyo juicio terrenal tiene autoridad preeminente en el cielo: para que lo que en la tierra esté atado o desatado, obtenga la misma condición de estatuto en el cielo!

8. La ley y los profetas, testigos de la divinidad de Cristo; los apóstoles, de la resurrección. También ordena a los discípulos que no digan a nadie que Él es el Cristo (Ibid., 20): pues

otros debían ser testigos de su Espíritu, a saber, la ley y los profetas. Sin embargo, el testimonio de la resurrección es propio de los apóstoles. Y porque se ha mostrado la bienaventuranza de conocer a Cristo en el Espíritu; se declara nuevamente el peligro de negar su humildad y pasión.

9. Cristo debe ser confesado como Dios y hombre. Pues cuando comenzó a predicar que debía ir a Jerusalén, sufrir muchas cosas de los ancianos del pueblo, de los escribas y de los principales sacerdotes, ser muerto y resucitar al tercer día (Ibid., 21), Pedro, tomándolo aparte, dijo: Lejos de ti, Señor, no será esto. Pero Él, volviéndose, dijo a Pedro: Apártate de mí, Satanás, eres para mí escándalo (Ibid., 22, 23). Así como es don de Dios conocer a Cristo en el Espíritu como Dios; así es obra del diablo no conocer a Cristo en el hombre. Y es asunto del mismo peligro negar el cuerpo sin Dios, o negar a Dios sin el cuerpo. Pero el cuerpo de esta carne en la eternidad del Espíritu no es nada para Dios: sin embargo, Cristo está en el cuerpo que asumió del hombre para la causa de la salvación humana.

10. El diablo, autor de la infidelidad de Pedro. Es vencido por Cristo con reproche. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y lo demás (Ibid., 24). ¡Oh bendita pérdida, y feliz detrimento! El Señor quiso que nos enriqueciéramos con la pérdida del alma y del cuerpo, y nos exhorta a ser semejantes a Él: porque Él, constituido en la figura de Dios, hecho humilde y obediente hasta la muerte, recibió el principado de todo el poder que está en Dios. Por lo tanto, debe ser seguido tomando la cruz: y si no con fuerza, al menos con voluntad, debe ser acompañado en su pasión. ¿De qué sirve haber ganado el mundo, y descansar en el dominio de todo el poder terrenal con las riquezas del siglo, si el alma debe perderse y debe asumirse el detrimento de la vida (Ibid., 26)? ¿Qué intercambio habrá por el alma, cuando se haya perdido? Pues Cristo vendrá con los ángeles, dando a cada uno según lo que merezcan. ¿Qué llevaremos a la vida? ¿Los tesoros preparados para los futuros comercios de las riquezas terrenales, los títulos ambiciosos de dignidades y fama, o las antiguas imágenes de la nobleza delicada? Todo esto debe ser negado, para que abundemos en cosas mejores: y con el desprecio de todas las cosas, Cristo debe ser seguido, y la eternidad de las cosas espirituales debe ser comparada con la pérdida de las terrenales.

CAPÍTULO XVII. Donde se ve en el monte con Moisés y Elías, y se oye una voz del cielo, donde libera al niño lunático, sobre la fe de los creyentes, sobre el didracma solicitado, y el estatero en la boca del pez.

1. Los preceptos anteriores debían ser confirmados con una autoridad no mediocre; se consuelan con la prenda de la gloria concedida. Amén, amén os digo, que hay algunos de los que están aquí presentes, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino (Mat. XVI, 28). El Señor enseña tanto con hechos como con palabras: y la fe de nuestra esperanza es instruida igualmente por el discurso y la obra. Pues había impuesto una carga grave a la debilidad humana, para que cuando los hombres comenzaran a tener el sentido de la vida por el afecto de vivir, perdieran el fruto de ella que presente halagaba a los cuerpos, y se negaran a sí mismos, es decir, no quisieran ser lo que habían comenzado a ser; cuando el comienzo de este sentido lo habían tenido por el afecto de la voluntad: luego siguieran la opinión de una esperanza ambigua e incierta; cuando en estas cosas, que se tenían presentes, existieran las seducciones de un gozo halagador. Por lo tanto, era necesario que la autoridad de un ejemplo verdadero y manifiesto hiciera deseable la pérdida de las cosas presentes, con un lucro de las futuras no ambiguo. Por lo tanto, después de haber aconsejado tomar la cruz, perder el alma y cambiar la eternidad de la vida por la pérdida del mundo, volviéndose a los discípulos, dijo que algunos de ellos no gustarían la

muerte hasta que vieran al Hijo del Hombre en la gloria de su reino. Por la condición del gusto, mostró a los fieles una cierta libación tenue de la muerte. Así, las palabras son seguidas por los hechos.

2. Transfiguración. Por qué se eligieron tres apóstoles. Por qué están presentes Moisés y Elías entre los Santos.---Después de seis días, Pedro, Santiago y Juan son llevados aparte y se encuentran en un monte alto (Mat. XVII, 1): y mientras ellos observan, el Señor se transfigura y resplandece con todo el esplendor de su claridad. En este tipo de acontecimiento, se mantiene tanto la razón como el número y el ejemplo. Después de seis días, se muestra la gloria del Señor: se prefigura el honor del reino celestial tras la evolución de seis mil años. Con la elección de tres, se muestra la futura elección del pueblo a partir del origen de tres, Sem, Cam y Jafet. Que Moisés y Elías estén presentes de entre todos los santos; Cristo está en el reino, en medio de la ley y los profetas; con estos, juzgará a Israel, a quienes fue anunciado con estos testigos: y al mismo tiempo, se enseñará que la gloria de la resurrección está decretada para los cuerpos humanos, como cuando Moisés se presentó visible. El mismo Señor se vuelve más blanco que la nieve y el sol (Ibid., 2), claramente visible con el esplendor de la luz celestial, más allá de nuestra comprensión. A Pedro, que ofrecía hacer tres tiendas allí, no se le responde nada (Ibid., 4): pues aún no era el tiempo de permanecer en esa gloria.

3. Las enseñanzas de Cristo deben ser escuchadas. Por qué se ordena silencio a los Apóstoles. ---Pero mientras él aún hablaba, una nube brillante los cubrió, y son rodeados por el espíritu de la virtud divina (Ibid., 5). La voz desde la nube indica que este es el hijo, el amado, el complacido, el que debe ser escuchado: para que él mismo sea el autor adecuado de tales preceptos, quien, después de la pérdida del mundo, después de la voluntad de la cruz, después de la muerte de los cuerpos, confirmó la gloria del reino celestial con el ejemplo de la resurrección de los muertos. Luego, levantó a los aterrorizados y consternados: y ven solo a aquel que habían visto en medio de Moisés y Elías. Porque Moisés y Elías estaban en el monte como forma del futuro y para la fe del hecho. Se ordena el silencio sobre los hechos que habían visto, hasta que resucitara de entre los muertos (Ibid., 9); (pues este era el premio de la fe, para que se diera honor a aquellos en quienes no se encontraba solo la autoridad ligera de los preceptos); pues los había sentido débiles para escuchar la voz: para que, cuando estuvieran llenos del Espíritu Santo, fueran entonces testigos de los hechos espirituales.

4. También preguntan preocupados por los tiempos de Elías (Ibid., 10). A quienes responde que Elías vendrá y restaurará todas las cosas (Ibid., 11), es decir, que lo que quede de Israel será devuelto al conocimiento de Dios. Pero indica que Juan vino en el poder y espíritu de Elías (754), en quien ejercieron todas las cosas graves y ásperas: para que, anunciando la venida del Señor, también precediera la pasión con el ejemplo de injuria y vejación.

5. Y cuando llegó a la multitud, se acercó a él un hombre postrado de rodillas, diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo (Ibid., 14). Al regresar el Señor a las multitudes, un padre postrado de rodillas le ofrece un niño endemoniado, que frecuentemente caía en el agua y en el fuego, al que los discípulos no pudieron curar. Reprendidos estos, y reprendido el demonio, el niño fue sanado.

6. La fe imperfecta de los Apóstoles al principio.---Los Apóstoles habían creído: pero aún no tenían una fe perfecta. Pues mientras el Señor permanecía en el monte, y ellos estaban con la multitud, cierta tibieza había relajado su fe; y por eso dice: Generación (Ibid., 16) increíble y perversa, ¿hasta cuándo estaré con vosotros (V. l. VI de Trin., n. 23)? porque, en su ausencia,

la costumbre de la antigua infidelidad se había infiltrado. Enseña, por tanto, que no pueden traer salvación aquellos que, en medio del tiempo de los Evangelios y de su segunda venida, se apartan de la fe como si el Señor estuviera ausente.

7. El diablo debe ser expulsado al profundo del infierno.---Finalmente, al preguntar por qué no pudieron expulsar al demonio, respondió que fue por la falta de fe que no pudieron (Ibid., 18 y 19): que si tuvieran fe como un grano de mostaza, podrían ordenar a este monte que se trasladara de un lugar a otro, con el poder de hacerlo. Pero ya había descendido del monte, y hablaba estas cosas entre las multitudes. Así que también se llamó a sí mismo grano de mostaza, el más pequeño de todos, y al diablo lo llamó monte: porque en él deben ser expulsadas las maldades espirituales y las virtudes celestiales, y arrojadas a la profundidad del mar como al profundo del infierno, a quienes el ayuno y la oración acompañarán en esta eficacia.

8. En nombre de los Apóstoles se trata a los Fariseos y Escribas. ---También mantendremos el orden, para que bajo el nombre de los discípulos, se trate la persona de los Fariseos y Escribas. A quienes la ley ofreció al pueblo para que lo cuidaran como a discípulos, como un padre a su hijo, cuando el Señor estaba ausente. Quienes, dominando los pecados, ahora caían en el fuego del juicio, ahora se sumergían en el agua por la costumbre de sus inmundicias diarias. Estos, por tanto, no trajeron ninguna ayuda: porque mientras Moisés permanecía con el Señor en el monte, se habían vuelto infieles. Y para que se cumpliera la razón típica, los discípulos se maravillan de no haber podido expulsar al demonio: 755 cuando se les había concedido todo poder no solo para ahuyentar demonios, sino también para resucitar muertos. Porque la ley ya no estaría con ellos, dice: generación increíble y perversa (no parece hablar a aquellos que había santificado), ¿hasta cuándo, dice, estaré con vosotros? Porque al no tener fe, perderían incluso la ley que tenían. Si hubieran tenido fe en sí mismos, porque él es el grano de mostaza, con la virtud de la palabra, habrían expulsado esta carga de pecados y la pesada masa de infidelidad del pueblo que se les ofrecía, como un monte al mar, así lo habrían trasladado a la conversión de las naciones y del mundo.

9. Mientras ellos conversaban en Galilea, Jesús dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres (Ibid., 21). La tristeza sigue al conocimiento de la pasión: pues aún no se había revelado el sacramento de la cruz que debía ser asumida, con la virtud de la resurrección.

10. Qué significa la solución del didracma sancionada por la ley.---Y cuando Jesús llegó a Cafarnaúm, se acercaron los que cobraban el didracma a Pedro (Ibid., 23). Se le pide al Señor que pague el didracma: pues la ley había establecido esto para todo Israel como redención del alma y del cuerpo en el servicio del templo (Éxodo XXX, 12). Pero la ley, como sabemos, es sombra de lo que ha de venir. Pues Dios no deseaba el precio del dinero: para que por un gasto tan exiguo se concediera cierta redención de los crímenes del cuerpo y del alma. Así que, para que nos ofreciéramos inscritos y profesos y sellados con el nombre de Cristo en Cristo, que es el verdadero templo de Dios, se estableció la ofrenda de este didracma como testimonio del Hijo de Dios.

11. Cristo, redentor, no necesita el precio de la redención.---Por lo tanto, después de la conversación, Pedro en silencio, lo anticipa con estas palabras: ¿Qué te parece, Simón? ¿De quién cobran los reyes de la tierra tributo o censo? etc. (Ibid., 34). ¿Acaso es ambiguo que los hijos de los reyes no están sujetos a tributos; y que aquellos a quienes pertenece la herencia del reino están libres de servidumbre? Pero el discurso se dirige más profundamente. Se pedía el didracma al pueblo. Pues la ley está encerrada en esa fe que debía ser revelada por Cristo.

Por lo tanto, este mismo didracma, por costumbre de la ley, se pedía a Cristo como si fuera un hombre. Pero para mostrar que no estaba sujeto a la ley, y para testificar en sí mismo la gloria de la dignidad paterna, puso el ejemplo del privilegio terrenal: que los hijos de los reyes no están sujetos a censo o tributos, y más bien que él es el redentor de nuestra alma y cuerpo, que no se le debe pedir nada para su redención; porque el hijo del rey debe estar fuera de la comunión de los demás, por lo tanto, ofrece el escándalo de pagar, pero está libre de la deuda de la ley (Ibid., 26).

12. Luego, bajo el efecto de las cosas presentes, expuso tanto el significado de la ley como la constancia de la libertad evangélica: para que fuera fácil conocer qué prefiguraba el didracma en la ley. Pedro es ordenado ir al mar, lanzar el anzuelo, y buscar en la boca del primer pez que suba, y ofrecer el estatero encontrado en él por él y por el Señor. Se pide el didracma al Señor, es decir, dos denarios; ¿por qué Pedro ofrece un estatero (que comprende cuatro denarios)? Luego, al ser advertido de buscar el primer pez, se muestra que subirán más. ¿Acaso la naturaleza de los peces permitiría que, encontrado fortuitamente en la orilla, un estatero lo contuviera en la boca, no lo guardara dentro de las entrañas? Por lo tanto, hay una razón interior para las cosas presentes que se deben realizar.

13. Pues Pedro, destinado a la predicación y hecho pescador de hombres, lanzó el anzuelo de la doctrina en el mundo, para que, con la dulzura que se le ofrecía, atrajera a los vagabundos y fluctuantes de él. A este se adhirió aquel bendito primer mártir con el anzuelo, que contenía en su boca el denario cuadrigémino: es decir, con la unidad del número evangélico, contemplando y predicando la gloria de Dios y al Señor Cristo en la pasión. Esteban, por tanto, fue el primero en subir, Esteban contuvo el estatero en su boca: en el cual también se contenía el didracma de la nueva predicación, como dos denarios. Esto prefiguraba la ley, llevaba la sombra de esta verdad, como la imagen del cuerpo, esta redención del alma y del cuerpo se designaba: por eso dice: Da por mí y por ti: porque ya tal no era didracma, sino estatero, y debía pagarse tanto por Cristo como por la predicación de Cristo.

CAPÍTULO XVIII. De los niños impedidos, y de la humildad que se debe asumir de ellos, de la mano y el pie y el ojo que deben ser arrancados, de la oveja perdida, de corregir a los hermanos primero en secreto, luego con dos testigos, finalmente en presencia de la Iglesia. Siempre se debe perdonar. Quien ahoga a su consiervo, habiéndole sido perdonada la deuda por su señor.

1. Niños creyentes. La índole de los niños. En aquel día se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién crees que es el mayor en el reino de los cielos? y lo demás (Mat. XVIII, 1). El Señor enseña que no se puede entrar en el reino de los cielos sino volviendo a la naturaleza de los niños, es decir, que los vicios de nuestros cuerpos y alma deben ser devueltos a la simplicidad infantil. A los niños, sin embargo, los llamó a todos los creyentes por la fe de la obediencia. Estos siguen al padre, aman a la madre, no saben desear el mal al prójimo, descuidan el cuidado de las riquezas: no son insolentes, no odian, no mienten, creen en las palabras, y lo que oyen lo tienen por verdadero. Y esta costumbre y voluntad asumida de todas las afecciones en nosotros, proporciona un camino accesible al cielo. Por lo tanto, se debe volver a la simplicidad de los niños: porque colocados en ella, llevaremos la apariencia de la humildad del Señor.

2. A los judíos les habría sido mejor ignorar a Dios con los gentiles, que no haber recibido a Cristo.---Pero si alguno en el nombre de Cristo recibe a tales, recibirá la recompensa de haber recibido a Cristo: Pero quien escandalice a uno de estos pequeños, es decir, quien introduzca una tentación de tropiezo, le conviene que se le cuelgue una piedra de molino de asno al

cuello, y se le hunda en el profundo del mar (Ibid., 6). Tantas y tan grandes cosas no se comparan sin razón: y la piedra de molino, y la de asno, y con ella debe ser hundido en el mar, y esto le conviene. En el sentido común de todos, siempre lo que conviene es útil. ¿Qué utilidad hay, entonces, en ser hundido con una piedra de molino de asno colgada al cuello? Pues una muerte tan grave servirá para el castigo: y no sé cómo será útil desear lo que es el último de los males. Por lo tanto, se debe buscar qué se debe entender. La obra de la piedra de molino es el trabajo de la ceguera: pues con los ojos cerrados, los animales son llevados en círculo. Y bajo el nombre de asno, frecuentemente encontramos que se designan las naciones. Por lo tanto, las naciones no saben lo que hacen: y detenidas en la obra de su vida, están contenidas en la ignorancia de un trabajo ciego. A los judíos, sin embargo, se les había proporcionado el camino del conocimiento en la ley. Que si escandalizaran a los apóstoles de Cristo, habría sido mejor que, con la piedra de molino de asno atada al cuello, hubieran sido hundidos en el mar, es decir, oprimidos por el trabajo de las naciones, permanecieran en la ignorancia del mundo: porque les habría sido más tolerable no haber conocido a Cristo, que no haber recibido a aquel que les fue profetizado.

3. El escándalo de la cruz es necesario, y cuán peligroso es.---¡Ay de este mundo por los escándalos! Porque es necesario que vengan escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! (Ibid., 7). La humildad de la pasión es un escándalo para el mundo. Pues en esto principalmente se detiene la ignorancia humana, que bajo la deformidad de la cruz no quiere recibir al Señor de la gloria eterna. ¿Y qué es tan peligroso para el mundo como no haber recibido a Cristo? Sin embargo, bajo la denominación de hombre, designa al pueblo judío como autor de este escándalo, por quien todo este peligro se prepara para el mundo, para que nieguen a Cristo en la pasión, a quien la ley y los profetas predicaron como pasible. Por eso dice que es necesario que vengan escándalos: porque para el sacramento de devolvemos la eternidad, toda la humildad de la pasión debía cumplirse en él.

4. Pero anteriormente expusimos que bajo la amputación de la mano o el pie se contienen los nombres de las parentelas (cap. 4, n. 21): y por eso significa que se debe abandonar el parentesco del linaje israelita como si fuera una cierta amputación de miembros, porque por él se preparan escándalos para el mundo.

5. El cuidado de los ángeles por nosotros.---Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, que creen en mí (Ibid., 10). Impuso un vínculo muy estrecho de amor mutuo, especialmente a aquellos que verdaderamente creyeran en el Señor. Pues los ángeles de los pequeños ven a Dios todos los días (Ibid., 11): porque el Hijo del Hombre vino a salvar lo que se había perdido. Por lo tanto, el Hijo del Hombre salva, y los ángeles ven a Dios, y los ángeles son de los pequeños. Es una autoridad absoluta que los ángeles presiden las oraciones de los fieles. Por lo tanto, las oraciones de los salvados por Cristo son ofrecidas a Dios todos los días por los ángeles. Por lo tanto, es peligroso despreciar a aquel cuyos deseos y peticiones son llevados al Dios eterno e invisible con el servicio y ministerio ambicioso de los ángeles.

6. La oveja perdida, el hombre. Las noventa y nueve no errantes, los ángeles. Este número se completa con los hombres.---Y para mostrar que hay una gran alegría en los cielos por el regreso de la salvación humana, puso el ejemplo de la comparación de aquel que dejó noventa y nueve ovejas en los montes y buscó una que se había extraviado: y al encontrarla, hay más alegría que en la conservación de las noventa y nueve (Ibid., 12). Una oveja, se debe entender como el hombre, y bajo un hombre, se debe sentir la universalidad. Pero en el error de un solo Adán, toda la raza humana se extravió; por lo tanto, las noventa y nueve no errantes, se deben considerar como la multitud de ángeles celestiales, quienes en el cielo

tienen alegría y cuidado por la salvación humana. Por lo tanto, y buscando al hombre, es Cristo; y las noventa y nueve dejadas, es la multitud de la gloria celestial: a la cual con gran alegría el hombre errante es llevado de regreso en el cuerpo del Señor. Con razón, por lo tanto, este número se añade a Abraham por la letra y se completa en Sara: pues de Abram se le llama Abraham, y de Sarai se le da el nombre de Sara. En uno, Abraham, todos somos: y por nosotros, que somos todos uno, el número de la gloria celestial debe completarse. Y por eso toda la creación espera la revelación de los hijos de Dios: y por eso gime y sufre, para que el número, que se añadió a Abraham por el alfa, y que se completó en Sara en el alfa, se llene con el incremento de los creyentes para la constitución celestial.

7. El orden de corrección en los judíos mantenido por Dios.---Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo, y lo demás (Ibid., 15). El Señor nos impuso el orden de mantener la caridad que él mismo había mantenido en la conservación de Israel (Lev. XIX, 18): pues ordena que el hermano que peca sea reprendido y amonestado solo por aquel contra quien pecó. Pues él mismo reprendió al pueblo judío que sacrificaba a dioses ajenos, con la majestad de su venida, y con todo el terror de su poder presente. Y entonces, cuando el mismo pueblo no pudo soportar la venida de Dios que se acercaba, aunque estaba fuera del monte, también ordenó que se le añadiera uno y dos, para que en la boca de dos testigos permaneciera la fe y la verdad de la palabra: porque a Israel insolente se le envió la ley y los profetas y Juan, y con estos testigos fue convocado para que dejara de pecar, y con la tercera venida del Señor mismo, como con la asamblea de la Iglesia observante, fue amonestado: y después de estas amonestaciones en vano, se le desprecia con la vileza de un publicano o gentil.

8. El poder de atar y desatar dado a los apóstoles.---Para el terror del mayor miedo, para que todos se contuvieran en el presente, anticipó el juicio inmutable de la severidad apostólica: para que aquellos a quienes ataran en la tierra, es decir, dejados atados con los nudos de los pecados, y a quienes desataran, es decir, recibidos en la salvación con la confesión del perdón (Mat. XVIII, 18); estos, por la condición de la sentencia apostólica, también sean desatados o atados en los cielos.

9. Por el mérito de la unidad, Dios no niega nada.---Por lo tanto, se preocupó tanto por la concordia de la paz humana, que confirmó que por el mérito de la unidad, todo lo que se deba pedir a Dios se obtendrá (Ibid., 19 y 20); y donde dos o tres estén reunidos con el mismo espíritu y voluntad, allí promete estar en medio de ellos. Pues él mismo, paz y caridad, colocará su sede y habitación en las buenas y pacíficas voluntades.

10. Dios, que nos perdona sin medida, quiere que también nosotros perdonemos sin medida a los demás. En Caín, la pena de los homicidas, y en Lamec, la de los deicidas está prefigurada. A Pedro, que le preguntaba si debía perdonar hasta siete veces al hermano que pecara contra él, le respondió: No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Ibid., 21 y 22). De todas las maneras nos instruye a semejanza de su humildad y bondad, y nos confirma con su ejemplo de apacibilidad para suavizar y quebrantar las espinas de nuestros movimientos turbulentos: pues concede el perdón de todos los pecados por la fe. Porque los vicios de nuestra naturaleza no merecían indulgencia. Por tanto, todo perdón proviene de Él: ya que incluso aquellos que son pecados en sí mismos, después del regreso de la confesión, los perdona. La pena que debía ser pagada por Caín fue establecida en siete veces (Gén. IV, 24): pero ese pecado fue contra un hombre; pues el pecado contra Abel, su hermano, fue hasta la muerte. Pero en Lamec, el castigo fue establecido hasta setenta veces siete; y en él, según creemos, se estableció la pena para los autores de la pasión del Señor. Pero el Señor, a través de la confesión de los creyentes, concede el perdón de este crimen, es decir, a través del don

del bautismo concede la gracia de la salvación a los detractores y perseguidores: cuánto más muestra que es necesario que el perdón sea devuelto por nosotros sin medida ni número, y que no se piense cuántas veces perdonamos; sino (es necesario) que dejemos de enojarnos con aquellos que pecan contra nosotros, cuantas veces surja la necesidad de enojarse. La frecuencia de este perdón enseña, sin duda, que no debe haber tiempo alguno para la ira en nosotros: ya que Dios nos concede el perdón de todos los pecados, no por nuestro mérito, sino por su don. Porque no es lícito que nos limitemos al número de perdones que se deben dar según la prescripción de la ley, cuando por la gracia del Evangelio nos ha sido concedido sin medida por Dios.

11. Además, para el afecto de la bondad perfecta, puso un ejemplo de comparación, en el que el Señor perdonó toda la deuda al siervo que no tenía con qué pagar (Ibid., 26): y el siervo, al extorsionar a su compañero siervo una pequeña cantidad que se le debía, por este vicio de su voluntad perdió el don de la munificencia y liberalidad del Señor. La razón de esta comparación es absoluta y ha sido expuesta por el mismo Señor.

CAPÍTULO XIX. La esposa no debe ser abandonada, sobre los eunucos, sobre los niños impedidos. Es difícil para el rico entrar en el reino de los cielos.

1. Por qué Cristo cuida a los galileos en los confines de Judea. Y sucedió que, cuando Jesús hubo dicho estas palabras, se trasladó a Galilea y llegó a los confines de Judea, etc. (Mat. XIX, 1). Cuida a los galileos en los confines de Judea. Pues bien pudo no fatigar a las multitudes de enfermos y prestar ayuda a los débiles dentro de la misma Galilea: pero también debía cumplirse la razón típica de los lugares con privilegios, para que los pecados de las naciones fueran admitidos en el perdón que se preparaba para Judea.

2. Entonces se acercaron a él los fariseos, tentándolo y diciendo: ¿Es lícito al hombre repudiar a su esposa por cualquier causa? (Ibid., 3). En ese discurso, que trata sobre la esposa y el repudio, se encuentra que está escrito de manera diferente en Génesis (II, 24) de lo que ahora el Señor ha dicho (Mat. XIX, 4 y 5). Pues allí toda la cosa se refiere bajo las palabras de Adán: aquí el Señor indica que todo eso fue dicho por aquel que formó al hombre y creó a la mujer. Pero nosotros, siguiendo la autoridad apostólica, que ha profesado que este misterio es grande, y que él lo entiende en Cristo y en la Iglesia (Efes. V, 32; ver cap. 22, n. 3), dejemos este lugar intacto tal como está. Sin embargo, advertimos al lector que, siempre que se consulte a sí mismo sobre esta misma cuestión, observe diligentemente las virtudes de las palabras, tanto las que el Señor respondió como las que usaron los discípulos: y considere el afecto del apóstol Pablo sobre este asunto, ya sea en silencio o a veces tratado en otros lugares. Nuestro discurso y voluntad se centrarán en los eunucos. En uno puso la naturaleza, en otro la necesidad, en el tercero la voluntad (Ibid., 12): la naturaleza en aquel que nace así, la necesidad en aquel que es hecho así, la voluntad en aquel que, por la esperanza del reino de los cielos, ha decidido ser tal: a quien nos advirtió que nos hiciéramos semejantes, si es que podemos.

3. Los niños, las naciones, son impedidos por los discípulos en favor de Israel. Entonces le fueron presentados niños, para que pusiera las manos sobre ellos y orara: pero los discípulos los prohibían, y lo demás (Ibid., 13). Es nuevo que los discípulos prohibieran que los niños se acercaran a Cristo, quienes eran presentados para que pusiera las manos sobre ellos y orara. La obra evangélica, como dijimos, entre el efecto del presente y del futuro, templó una razón media y adecuada para ambas cosas: para que a lo que se efectuaba se adhiriera la figura del futuro. Los niños ciertamente fueron presentados, pero también fueron realmente impedidos. Pero estos son la forma de las naciones, a quienes se les devuelve la salvación por la fe y el

oído. Sin embargo, por el afecto de salvar primero a Israel, son impedidos por los discípulos de acercarse. La voluntad de impedir ciertamente no conviene a la apacibilidad apostólica: pero en la consumación típica de los niños que deben ser impedidos se introduce un instinto. A quienes el Señor dice que no deben ser impedidos, porque de ellos es el reino de los cielos: pues el don y la gracia del Espíritu Santo, por la imposición de manos y la oración, debía ser concedido a las naciones, cesando la obra de la ley.

4. La insolencia de los judíos prefigurada en el joven. Cristo en cuanto no es bueno. Y he aquí, uno se acercó a él y le dijo: Maestro, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? y lo demás (Ibid., 16). Oportunamente después del discurso anterior; en el que también los niños fueron impedidos, y se respondió que de ellos es el reino de los cielos, sigue este joven, preguntando qué buenas obras debe hacer para tener la vida eterna. Este joven preguntó, fue insolente, y nuevamente se entristeció: y todas las cosas que están escritas fueron hechas y realizadas. Pero advertimos que las cosas que se hacían bajo Dios, llevaban la forma de los efectos de las cosas futuras: y así siempre en las Escrituras celestiales todo discurso ha sido templado, de modo que no menos convenía a lo que se hacía que a la semejanza de lo que debía hacerse. Este joven, por tanto, tiene la forma del pueblo judío, insolente en la ley, y que no espera nada de Cristo más allá de los preceptos de Moisés. A quien el Señor, en la misma respuesta, protestó la severidad del juicio futuro de sí mismo, diciendo (Ibid., 17): ¿Por qué me llamas bueno? (V. lib. IX de Trin., n. 16.) Pues aquel a quien es necesario castigar lo impío e injusto, se abstuvo del nombre de bondad, reservando este nombre solo a Dios Padre, quien, al dar un juez, se despojó del oficio de severidad: no porque él mismo no fuera bueno, sino porque como juez usaría la severidad adecuada en él.

5. Los judíos que se glorían en la ley son convencidos por la ley de no haber hecho nada recto. A este insolente de la ley, lo remite a la ley preocupado por la salvación: para que en la misma, en la que se gloria, entienda que no ha hecho nada recto de allí. Pues el Señor le respondió con las palabras de la ley. Pero el joven, como un pueblo insolente y jactancioso, confía en la ley, a la que sin embargo no ha obedecido en absoluto. Pues se le había ordenado no matar: había matado a los profetas. No cometer adulterio: había introducido la corrupción de la fe y el adulterio en la ley, y había adorado a dioses ajenos. No robar: antes de que Cristo devolviera la libertad de creer en la fe, disolvió los preceptos de la ley con robo. No dar falso testimonio: negó a Cristo resucitado de entre los muertos. Se le ordenó honrar a su padre y a su madre: él mismo se abdicó de la familia de Dios Padre y de la madre Iglesia. Se le ordenó amar al prójimo como a sí mismo: persiguió a Cristo, quien asumió el cuerpo de todos nosotros y, por la condición del cuerpo asumido, se hizo prójimo de cada uno de nosotros, hasta el castigo de la cruz. Por tanto, para que, despojándose de todos estos vicios, regresara a la ley, se le ordenó.

6. Se les aconseja migrar de la sombra de la ley a la verdad evangélica. Pero responde que ha hecho todo esto desde su juventud (Ibid., 20). Pero, como dijimos, ni siquiera había hecho aquellas cosas a las que se le remite, y jactándose en ellas como consumado, habla así. A quien el Señor responde que debe vender todos sus bienes y darlos a los pobres: y entonces será perfecto y tendrá un tesoro en los cielos (Ibid., 21). Se responde a este joven con el hermoso y muy útil precepto de abandonar el mundo, por el cual se deben comprar las riquezas celestiales con la pérdida de la sustancia terrenal: pero en que se le ordena vender sus bienes y darlos a los pobres, se le advierte que abandone la confianza en la ley y la cambie por un feliz comercio: y que recuerde que en ella hay una sombra de la verdad, que luego debe ser dividida entre los pobres, es decir, las naciones bajo el cuerpo de la misma verdad; y que nadie puede hacer esto, sino quien ha comenzado a seguir a Cristo.

7. Qué significa que el joven testifique que ha servido a la ley desde su juventud. Pero el joven, al oír esto, se fue triste (Ibid., 22): pues tenía mucha confianza en la opulencia de la ley. Y en esto también se mantuvo la razón de la eficiencia típica, que cuando se indica que este es un joven, él mismo había dicho anteriormente que había servido a estos preceptos que se encuentran en la ley desde toda su juventud: cuando la juventud está dentro de la adolescencia, y el grado posterior de la edad no puede estar contenido dentro de los límites del anterior. Pero esto es así para mostrar que, sirviendo desde la juventud, ya había un largo tiempo del pueblo en la obra de la ley.

8. Para el Israel soberbio, el acceso al cielo es difícil. Luego el Señor, conociendo la tristeza del joven, respondió que es difícil que un rico entre en el reino de los cielos (Ibid., 23). Como dijimos, Israel se gloria de ser rico por la confianza en la ley. Para él, el acceso al cielo es difícil, reteniendo las antiguas riquezas bajo el nombre de Abraham con la vana ambición de una prosapia.

9. El crimen no está en tener, sino en el modo de tener. El cuidado de las riquezas es peligroso. Además, añadió que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos (Ibid., 24). Tener no es un crimen, pero se debe mantener el modo de tener. Pues, ¿cómo se ha de compartir, cómo se ha de comunicar, si no se deja materia para compartir y comunicar? Por tanto, más que tener, el tener de manera nociva se convierte en un crimen. Pero es peligroso el deseo de enriquecerse: y la inocencia asume una pesada carga, ocupada en el incremento de las riquezas. Pues el servicio de Dios no se alcanza sin los vicios del mismo mundo. De ahí que sea difícil para el rico entrar en el reino de los cielos. Y también, porque aunque muchos pudieran usar rectamente lo que tienen, se mantuvo en el discurso del Señor la razón de que no absolutamente nadie podría entrar en el reino de los cielos; sino que se podría entender la rareza de los futuros por la dificultad. Y esto pertenece a la comprensión del sentido simple: pero debe mantenerse el orden de la causa interior en el mismo curso.

10. Por qué es difícil el acceso al cielo para los judíos. El joven, como dijimos, insolente, cuando se le ordena hacer una pérdida de la ley, se entristece y se apena. Pero para este pueblo, la cruz y la pasión son un escándalo; y por eso no hay salvación para él. Pero se gloria en la ley, desprecia a las naciones como coherederas, y se niega a pasar a la libertad evangélica: y por eso difícilmente entrará en el reino de los cielos. Pues pocos de ellos, y en comparación con la multitud de las naciones, eran muy pocos los que iban a creer: para que difícilmente la voluntad endurecida en la ley se inclinara a la predicación de la humildad evangélica.

11. Es accesible para las naciones. La naturaleza del camello. Pero es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja. No conviene al camello con el ojo de la aguja: ni en las angosturas de la cavidad más pequeña podrá ser recibida la deformidad de una bestia tan grande. Pero al principio del libro (cap. 2, n. 2), bajo el vestido de Juan, advertimos que se significan las naciones en el camello. Pues este animal obedece a las palabras, se contiene por el miedo, es paciente del ayuno, y se somete a su carga con una cierta razón de disciplina: cuyo ejemplo, la inmensidad de las naciones se suaviza hacia la obediencia de los preceptos celestiales. Estas, por tanto, entran en el camino más angosto del reino de los cielos: a saber, la aguja, que es la predicación de la nueva palabra, por la cual se cosen las heridas de los cuerpos, se reanudan las vestiduras desgarradas, y la misma muerte es punzada. Por tanto, este es el camino de la nueva predicación: en el que más fácilmente entrará la deformidad de las naciones que la opulencia del rico, es decir, del que se gloria en la ley.

CAPÍTULO XX. Sobre la esperanza de los apóstoles, sobre los últimos que serán los primeros. Donde se contratan los obreros para la viña. Sobre los hijos de Zebedeo, sobre el primer asiento, sobre dos ciegos sentados junto al camino.

1. Resumen del texto sagrado. Al oír esto, los discípulos se asombran y temen, diciendo que nadie puede salvarse (v. 25-30). El Señor respondió que esto es imposible para los hombres, pero posible para Dios. Nuevamente, ellos responden a las palabras del Señor: que han dejado todo y están con él. A quienes el Señor prometió que, cuando se sienten en el trono de su majestad, se sentarán sobre doce tronos y juzgarán a las doce tribus de Israel; y a todos los que hayan dejado todo por su nombre, se les reserva el fruto de la recompensa centuplicada: pero muchos de los últimos serán primeros, y de los primeros serán últimos.

2. Debe entenderse espiritualmente. Hay muchas cosas que no nos permiten recibir las palabras evangélicas con un entendimiento simple. Pues, interpuestas algunas cosas que son contrarias a la naturaleza del sentido humano, se nos advierte buscar la razón de la inteligencia celestial. Los apóstoles dicen que han dejado todo y siguen a Cristo: ¿cómo, entonces, se entristecen y temen, diciendo que nadie puede salvarse? Pues también otros podrían hacerlo, si ellos lo hubieran hecho. Además, si lo hicieron; ¿por qué el miedo o de dónde surgió? Se añade también en la respuesta del Señor que estas cosas son imposibles para los hombres, pero posibles para Dios. ¿Acaso eran imposibles para los hombres las cosas que los apóstoles se glorían de haber hecho, y que el Señor reconoce que han hecho: y que muchos más iban a dejar todo hasta la bienaventuranza del martirio? ¿O acaso hay algo que Dios necesite; y que se haya dejado algo que deba seguirse con la pérdida de las cosas que tiene, para que solo él pueda hacer esto posible? Por tanto, todo este discurso es espiritual.

3. Para los apóstoles, sin la Ley no había salvación. Pues los apóstoles, al escuchar espiritualmente que nadie puede salvarse sin la ley, ya que ellos mismos también estaban entonces en la ley; pues un vehemente amor y favor por la ley los retenía: estos, por tanto, aún no completamente informados de la verdad del misterio evangélico, temen que nadie pueda salvarse sin la ley: porque aún entonces constituían toda la salvación en la ley. Pero el Señor, con una breve y absoluta razón, resolvió tanto su ignorancia como su miedo, diciendo: Esto es imposible para los hombres, pero posible para Dios. Pues, ¿qué le parece tan sin efecto al judío, esperando más la salvación del hombre y de la ley, que en el escándalo de la cruz se descuide la legislación, el testamento, la adopción y la herencia? ¿Y qué es tan posible para el poder de Dios, como salvar por la fe, regenerar por el agua, vencer por la cruz, adoptar por los Evangelios, vivificar por la resurrección de los muertos?

4. Qué es la regeneración. El fruto centésimo. Al oír esto, los apóstoles creen rápidamente, y profesan haber dejado todo. Pero el Señor pronto recompensa esta obediencia de ellos, resolviendo toda la dificultad de la cuestión anterior, cuando dice: Vosotros que me habéis seguido en la regeneración juzgaréis a las doce tribus de Israel. Lo han seguido en la regeneración, en el lavacro del bautismo, en la santificación de la fe, en la adopción de la herencia, en la resurrección de los muertos. Pues esta es la regeneración que los apóstoles han seguido, que la ley no pudo conceder, que los unió en la gloria de los doce patriarcas sobre los doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. También promete a los demás que, por el desprecio del mundo, lo sigan, la abundancia del fruto centésimo. Este es el fruto centésimo, que se completa con la oveja centésima con alegría celestial. Este es el fruto centésimo, que la fertilidad de la tierra perfecta alcanza. Este honor de la Iglesia ya está destinado en el nombre de Sara (V. cap. 18, n. 6) y debe ser merecido por la pérdida de la ley y la fe evangélica: y así (se sobreentiende que promete) que de los últimos se harán los primeros, porque los últimos se harán de los primeros.

5. Padre de familia. Viña. Denario. Foro. El reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que salió al amanecer a contratar obreros, y lo demás. (Mat. XX, 1.) Toda comparación es por sí misma absoluta: pero debe distinguirse por personas y discernirse por tiempos. Es necesario considerar que este padre de familia es nuestro Señor Jesucristo: quien, teniendo cuidado de todo el género humano, ha llamado a todos en todo tiempo a la cultura de la ley. La viña, en verdad, significa la obra y obediencia de la misma ley; y el denario, el premio de esa obediencia. Y ya tratamos sobre el denario anteriormente. Sobre la viña, en cambio, oportunamente ofreceremos la razón en lo que sigue. El foro, sin embargo, por la misma cosa se advierte que se toma por el mundo, igualmente tumultuoso siempre con las multitudes de hombres, las contiendas de calumnias e injurias, y las dificultades de diversos negocios.

6. Cinco testamentos. Cuándo nació Cristo en la carne. En la primera hora, el tiempo del testamento establecido con Noé se conoce por la significación del amanecer; en la tercera hora con Abraham, en la sexta con Moisés, en la novena con David y los profetas. Pues se encuentran establecidos tantos testamentos para el género humano por cada uno, como salidas al foro se enumeran. En la undécima hora, sin embargo, muestra el tiempo del advenimiento corporal del Señor; pues de todo el número, que está constituido por el espacio de este siglo presente, su nacimiento de María concuerda con la razón en la que el tiempo de la undécima hora está en el día. Pues hecha la división por el número quinientos, en toda la suma de seis mil años, el tiempo de su nacimiento corporal se calcula en el undécimo cómputo de toda la división.

7. Los judíos envidian la gracia a los gentiles.---Y ciertamente, el discurso es diferente para los obreros de la undécima hora. A los primeros, y también a los demás, se les dijo: Id a la viña (Ibid., 4); sin embargo, el salario del denario se estableció con el primero; a los demás se les prometió la esperanza de una justa remuneración, pero a los últimos se les dice: ¿Por qué estáis aquí parados? (Ibid., 6), porque aunque la ley fue dada a Israel, la voluntad de los gentiles no fue excluida de la ley. Ellos respondieron: Nadie nos ha contratado (v. 7). Era necesario que el Evangelio se predicara por todo el mundo, y que los gentiles se salvaran por la justificación de la fe. Por lo tanto, estos son enviados a la viña. Y cuando comenzó a anochecer, el don del salario establecido por el trabajo de todo el día, los primeros obreros lo reciben al atardecer (v. 8). El salario no es un don, porque se debe al trabajo; pero Dios otorgó la gracia gratuita a todos por la justificación de la fe: sin embargo, según la insolencia del pueblo ya contumaz bajo Moisés, de ahí surge el murmullo de los obreros, de ahí la envidia del salario gratuito, porque sin la dificultad de un largo trabajo, y bajo el nombre de un calor no largo del instinto diabólico que arde en ellos, se devuelve el mismo premio a los obreros. Pero por eso lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios: que el salario de la ley guardada óptima e inculpablemente, el don de la gracia se otorgue a los creyentes primeros de los últimos.

8. Y subiendo Jesús a Jerusalén tomó a los doce discípulos, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y lo demás (Ibid., 17 y 18). El Señor expone el sacramento de la cruz a los apóstoles que ya lo escucharán sin escándalo (de hecho, ninguna tristeza sigue a este discurso): confirmados ciertamente por el discurso anterior, que por la fe de la cruz los últimos serán los primeros; pero para los ricos, es decir, los que confían en la ley y se escandalizan de la misma cruz, el camino del reino de los cielos será inaccesible.

9. La madre de los hijos de Zebedeo, la ley; sus hijos, los judíos creyentes.---Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y lo demás (Ibid. 20). No debe pensarse que sin algún significado de las cosas sucedió que la madre de los hijos de Zebedeo suplicara al Señor. ¿Acaso los hijos no tenían familiaridad para pedir? Pero era necesario profetizar con los efectos de los hechos. Los apóstoles ya habían creído por la ley, que los había nutrido en la fe evangélica. Así que en la madre de los hijos de Zebedeo se entiende la ley que, con la confianza de su privilegio, intercede por los pueblos creyentes de ella. Porque había oído anteriormente que los primeros serían los últimos, y los últimos los primeros; ora para que a sus hijos se les conceda, que en el reino del Señor uno se siente a su derecha, y otro a su izquierda (Ibid., 21). A lo que el Señor respondió, que no sabía lo que pedía (Ibid., 22). No se dudaba de la gloria de los apóstoles, y el discurso anterior expuso que juzgarían. De hecho, en medio del discurso pregunta si pueden beber su cáliz. No hablaba ciertamente del género de un cáliz común; pues no es laborioso beber del cáliz: pero él pregunta sobre el cáliz del sacramento de la pasión. Y ellos, que ya retenían la libertad y constancia del martirio, prometen que lo beberán. El Señor, alabando su fe, dice que pueden sufrir con él en el martirio; pero sentarse a su izquierda y derecha, ha sido dispuesto por el Padre Dios para otros (Ibid., 23).

10. Quiénes están destinados a sentarse con Cristo en el reino. Y ciertamente, según creemos, este honor está reservado para otros, aunque los apóstoles no estarán ajenos a él: que sentados en el trono de los doce patriarcas, juzgarán a Israel. Y según se puede entender de los mismos Evangelios, en el reino de los cielos Moisés y Elías se sentarán. Pues cuando el Señor prometió que algunos de los apóstoles verían al Hijo del Hombre viniendo en su reino antes de probar la muerte; tomando a Pedro, Santiago y Juan, apareció con el hábito de su gloria, acompañado por Moisés y Elías en el monte (Matth. XVI, 28). Y entendemos que estos mismos dos profetas preceden su venida, a quienes el Apocalipsis de Juan dice que serán asesinados por el anticristo (XI, 7); aunque han existido diversas opiniones sobre Enoc o Jeremías, que uno de ellos, como Elías, debe morir. Pero no podemos corromper la fe de la verdad, que el Señor reveló a tres testigos superiores, con la opinión de nuestro sentido: ni pensar que vendrán otros, que no sean los que fueron vistos venir a la promesa de la fe. Y aunque no es necesario opinar más allá de la verdad evangélica: sin embargo, si alguien considera diligentemente la condición de la muerte, sepultura y tumba de Moisés, y ha adquirido el conocimiento de las Escrituras secretas, según la autoridad del Apóstol; entenderá que todo ha sido tratado de tal manera que Moisés ya pudo ser visto. Y estas cosas han sido dichas con el propósito de instruir.

11. Dos vocaciones de los judíos; los apóstoles desean para ellos la compañía de su gloria.--- Sin embargo, para que la razón de la inteligencia espiritual sea plena, la madre oró por dos al Señor. Porque hay dos vocaciones de Israel: una de los discípulos de Juan, otra de los fariseos por los apóstoles. Pues después de la pasión de Juan leemos anteriormente que sus discípulos pasaron al Señor. Por eso se ora por dos, porque estas dos vocaciones creyeron en el Evangelio de Cristo. Después de esto, los diez discípulos se entristecieron por los dos hermanos: pero no hay tristeza de los dos discípulos mismos. La razón no permite que uno se entristezca por la afrenta de otro. Ciertamente, también los diez podrían haberse entristecido por sí mismos; pues bajo el nombre de los dos, esto parecía negado a todos; pero se mantuvo el orden típico. Los apóstoles estaban seguros de sí mismos: por eso solo se entristecen por los dos, porque también deseaban para estas dos vocaciones, que son de la ley, la compañía de esta gloria. Así el discurso modera la razón del futuro y del presente, para que ni los diez ni los dos escribieran preocupados por sí mismos, y en la preocupación de los diez por los dos, se obedeciera a la eficacia del negocio presente.

---12. Se llega a la gloria por la humildad.---Queriendo, por tanto, el Señor mostrarnos la propiedad de esta prefiguración, y que esta presunción de los que vendrían de la ley, de la prerrogativa del nombre israelita, quisieran presumir; enseña que el principado no solo debe ser asumido por estos de las naciones, sino que los ministros y servidores, y no aquellos a quienes se ha ministrado, deben ser llamados a la gloria del más alto honor (Ibid. 25): a ejemplo de los patriarcas y profetas que sirvieron, a ejemplo también de los apóstoles que ministraron, a ejemplo también del Señor que entregó su vida por la redención de nuestra salvación. Y para la gloria de esta humildad, los instruye en el modo de la cena y el banquete (Luc. XIV, 8): advirtiéndole que no se debe reclinar en los lugares más eminentes, no sea que al llegar aquel que es más ilustre, con el lugar ocupado por el señor de la cena, sea amonestado con decente afrenta a retirarse. Pero si se ha reclinado en los humildes; al llegar los más humildes, se acercará a la gloria de un lugar más elevado. Y así no conviene presumir de algún honor, sino merecerlo por las obras de humildad.

13. Dos ciegos, las naciones de Cam y Jafet. Proclaman a Dios como Cristo.---Y al salir de Jericó, lo siguió una gran multitud: y he aquí dos ciegos sentados junto al camino oyeron que Jesús pasaba, etc. (Matth. XX, 30). Anteriormente, por la figura de los dos hijos de Zebedeo, se trató del pueblo israelita, que había surgido de la semilla de Sem. Competentemente, por tanto, dos ciegos se sientan junto al camino: los pueblos de las naciones, dos procreados de Cam y Jafet, observan su salida y camino, y siendo ciegos, suplican que se les devuelva la vista. De hecho, la multitud los reprende por qué claman, y les increpa para que callen: no porque exigieran silencio por causa de honor, sino que escuchan con amargura de los ciegos lo que negaban, que el Señor es el hijo de David. Pues con las mentes de los ciegos iluminadas, Dios era proclamado en el hombre, para que fuera verdad lo que el Señor dijo: He venido para juicio en este mundo, para que los que ven no vean, y los ciegos vean (Juan IX, 39). Pero ellos claman más: y mientras el pueblo de la ley se demora, proclaman con más vehemencia el calor de su fe. Pero el Señor se compadece, y pregunta qué quieren. Ellos suplican que se les abran los ojos. Compadecido de ellos, toca sus ojos, y les devuelve la vista para conocer a Dios (Matth. XX, 34). Y para que se cumpliera el tipo de las naciones que habrían de creer, con el conocimiento de la gracia celestial percibida, los que habían sido ciegos, viendo, siguieron a su Señor.

CAPÍTULO XXI. De la asna y su pollino, de los cambistas expulsados del templo, de la higuera maldecida, de los dos hijos enviados a la viña, de los publicanos y las prostitutas.

1. En el capítulo anterior se presagian dos vocaciones de Israel, ahora otras tantas de las naciones.---Entonces Jesús envió a dos de sus discípulos diciendo: Id a la aldea que está frente a vosotros, etc. (Matth. XXI, 1 y 2). Se envían dos discípulos a la aldea para que desaten a la asna atada con su pollino, y los lleven a él: y si alguien pregunta por qué se hace así, respondan que son necesarios para el Señor, y que serán devueltos de inmediato. Después del discurso anterior, en el que recordamos que en los dos hijos de Zebedeo se significó una doble vocación de Israel, ahora competentemente se destinan dos discípulos para desatar a la asna y al pollino: porque una doble vocación del pueblo de las naciones iba a seguir. Pues había y hay samaritanos, que una vez se separaron de la ley, y servían bajo una cierta costumbre de su observancia: también había naciones indómitas y feroces. Por lo tanto, se envían dos para desatar a los atados y restringidos y a los atrapados por las cadenas del error y la ignorancia: y se envían fuera de Jerusalén; pues fuera de ella se encontraban estas dos vocaciones. Sin embargo, la madre de los hijos de Zebedeo oró al Señor dentro de Jerusalén: porque dos vocaciones de Israel, ya sea por los apóstoles o por Juan, se salvan de la ley. Pero igualmente por Felipe, Samaria creyó (Hechos VIII, 5); y por Pedro, Cornelio fue llevado a Cristo como primicias de las naciones (Hechos X, 5). Pero lo que se les instruye, para que

respondan al que pregunta que son necesarios para el Señor y pronto serán devueltos, es decir, que ellos mismos serán devueltos a su gente como predicadores de la fe evangélica. Así se cumplió la profecía que anunciaba que el Señor vendría a Jerusalén montado en una asna y un pollino nuevo (Zacarías IX, 9). Pero se profetiza con los efectos de los hechos. Pues la asna, que se desata de la aldea y se presenta, es Samaria, ciertamente asediada por un dominio ajeno y extranjero, que se desata por los apóstoles y se devuelve a su Señor. El mismo Señor monta el pollino, nuevo, indómito, duro: y todos estos vicios de la ignorancia gentil dominan, y todas las ferocidades de tantas almas se convierten en un transporte hecho para Dios.

2. Vestiduras del Señor extendidas por los patriarcas y profetas. Ramas cortadas por los apóstoles, qué significan.---Toda esta apariencia mantiene el orden del futuro: y con significaciones parabólicas, y las condiciones de las cosas presentes, se anticipa la forma de lo que vendrá. Pues el Señor en el advenimiento de su claridad poseerá las naciones: y montado en sus mentes como un jinete, será proclamado por todo el ejército de su séquito, de patriarcas, profetas y apóstoles. Pues los patriarcas extienden sus vestiduras al Señor en su gloria: porque en sus generaciones, nombres y persecuciones, el Señor ha sido profetizado. Y cediendo con todo el ornato de su dignidad, y extendiéndose como asiento para él, enseñan que toda su gloria fue extendida para la preparación del advenimiento del Señor (Ibid. 8). Allí también los profetas extienden sus vestiduras al camino del que avanza; pues proclamaron este camino de las naciones que llevarían a Dios: y quienes, dejando el amor del mundo, ofreciéndose a muertes y lapidaciones, se despojaron de sus cuerpos de alguna manera, ofreciéndolos al ingreso de tal camino. Los apóstoles también extienden ramas de árboles cortadas después de las vestiduras: pero no hay en esto reverencia de oficio humano. Pues las ramas impedirían al que avanza, y harían el camino enredado para el ingreso del que se apresura: pero se explica toda la razón de la profecía, y se mantiene la forma del futuro. Por lo tanto, las ramas de las naciones infecundas, es decir, los frutos de las naciones infieles de antaño, son extendidas por los apóstoles al camino del Señor, y son justificadas por el ingreso del Salvador: y se avanza sobre ellas, y se hace grato al Dios que avanza el servicio de las ramas de una raíz infecunda.

3. Afectos del pueblo en pugna hacia Cristo.---La multitud que iba delante y la que seguía clamaba: Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor (Ibid. 9). Pero, ¿cómo la multitud alaba al que será crucificado, o cómo mereció odio de su favor? Sin embargo, las palabras de alabanza expresan en él el poder de la redención. Pues hosanna en lengua hebrea significa redención de la casa de David. Luego lo llaman hijo de David, en quien reconocen la herencia del reino eterno. Finalmente, confiesan bendito al que viene en el nombre del Señor. Pero debían aclamar "crucifícalo" con blasfemia. Pero los hechos presentes llevan a cabo la forma del futuro; y aunque los afectos de aquellos entre quienes se realizaban estas cosas estaban en pugna, aunque pronto se seguirían cosas diferentes, la operación de las cosas celestiales medita la fe incluso de los que no quieren. Luego se conmueve Jerusalén; pues la novedad de las cosas traía conmoción a los atónitos.

4. Los que venden palomas, es decir, los dones del Espíritu Santo, son expulsados del templo.---Entró en el templo, es decir, en la iglesia por el ingreso de la predicación que él mismo entregó (Ibid. 12). De la cual primero expulsa con justo poder todos los vicios del ministerio sacerdotal: pues había entregado que todo lo que habían recibido gratuitamente debía ser devuelto gratuitamente (Matth., X, 8): porque ni comprar algo por corrupción del sacerdote ni vender, debía admitir la libertad del don. Pero especialmente vuelca las sillas de los que venden palomas. ¿Qué dignidad hay en el comercio de palomas? ¿O qué privilegio se ha reservado en el comercio de estas aves, para que los que las venden se arroguen el honor

de las sillas? Pero en todo lugar advertimos que las virtudes de las palabras deben ser contempladas más profundamente en este tipo de significaciones. En la paloma, según los ejemplos de la profecía, entendemos al Espíritu Santo: en la silla, está el asiento del sacerdocio. Por lo tanto, vuelca las sillas de aquellos que tienen el don del Espíritu Santo como algo venal, a quienes el ministerio encomendado por Dios es una negociación; recordando la autoridad de su advertencia, que se mantiene en el profeta. Pues está escrito: Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Isaías LVI, 7; Matth. XXI, 13). Pero no debe pensarse que los judíos en la sinagoga pudieran comprar o vender el Espíritu Santo. Pues no tenían para que pudieran vender, ni había lo que alguien pudiera comprar: pero la prefiguración de lo que vendrá se contiene en las palabras presentes, los vicios de la Iglesia deben ser purgados en el mismo advenimiento de la claridad del Señor.

5. También curó las enfermedades de los ciegos y cojos en el templo (Ibid. 14): y el favor del pueblo siguió sus operaciones públicas. Pero los príncipes de los sacerdotes envidian los clamores de los niños, y le advierten por qué escucha estas cosas (Ibid. 15); pues se proclamaba que había venido para la redención de la casa de David. A lo que respondió, que no habían leído: De la boca de los niños y lactantes perfeccionaste la alabanza (Ibid. 16; Salmo VIII, 3): pues cesando los juicios de los prudentes, esta gloria de confesión se ha preparado para él de los niños y lactantes, de quienes es el reino de los cielos; porque los prudentes y príncipes del mundo han reprobado la sabiduría de Dios, pero los niños y lactantes de la regeneración proclamarán a Cristo: Y dichas estas cosas, salió de la ciudad y los dejó, y se quedó en Betania (Ibid. 17). Dejando la infiel sinagoga, se demora en la iglesia de las naciones.

6. La higuera no carece de fruto sino de hojas. La sinagoga.---Por la mañana, al pasar a la ciudad, tuvo hambre: y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, y lo demás (Ibid. 18, 19). Aún se anticipa el orden de las cosas celestiales. Pues en la higuera se ha puesto el ejemplo de la sinagoga. Dado el espacio de penitencia, es decir, el tiempo que media entre la pasión y el regreso de la claridad, vendrá hambriento de la salvación de este pueblo, y la encontrará infecunda, vestida solo de hojas, es decir, gloriándose en palabras vanas, pero vacía de frutos, estéril en obras buenas, y desnuda de los frutos esperados. Y porque habrá excedido el tiempo de penitencia, por la sentencia del juicio celestial se secará para siempre. Y en esto encontraremos el argumento de la bondad del Señor. Pues donde quiso mostrar el ejemplo de la salvación procurada por él mismo, ejerció el poder de su virtud en los cuerpos humanos, recomendando la esperanza de lo que vendrá y la salvación del alma con los cuidados de las enfermedades presentes. Ahora bien, donde establecía la forma de la severidad en los contumaces, indicó la apariencia del futuro con el daño del árbol, para que se enseñara el peligro de la infidelidad sin detrimento de aquellos por cuya redención había venido.

7. La esterilidad es condenación eterna. Derecho de la fe.---Los discípulos se admiran de que el árbol se haya secado en el momento mismo de su palabra (Ibid. 20): porque la eficacia del hecho presente prefiguraba la imagen del futuro. Pues cuando venga en el reino celestial, en el mismo tiempo de su advenimiento, la esterilidad de la infidelidad judía seguirá la sentencia de condenación eterna. A quienes (los discípulos) el Señor confirma que si tienen fe, no solo harán esto, sino que también podrán hacer cosas mayores que estas. Ellos ciertamente juzgarán a Israel, según las promesas anteriores: pero también tendrán todo el derecho sobre el diablo, a quien llama monte. Pues dice así: Si tenéis fe, no solo haréis esto de la higuera, sino que si dijereis a este monte: Quítate y échate en el mar, se hará (Ibid. 21). ¡Oh gran premio de la fe, por cuyo mérito se eleva tanto el poder de los creyentes, que juzgando a

todos, con igual sentencia de severidad hundirán en la condenación del mundo la altura y mole del diablo!

8. De qué manera se compara la sinagoga a la higuera.---Debe considerarse de qué manera se compara la sinagoga al árbol de la higuera. Pues este árbol florece de manera diferente a la naturaleza y condición de los demás árboles. Pues su primera flor está en los frutos, pero no en aquellos (frutos) que alcanzan la madurez cuando emergen. Pues estos se han llamado grossos tanto en el uso común como en la autoridad profética. Pero después, con la virtud de la fecundidad interna exuberante, brotan frutos de la misma especie y forma, que al brotar estos, aquellos son empujados, y al disolverse las raíces que los contenían, caen, y aquellos otros que salen se llevan hasta la madurez de los frutos. Pero de aquellos superiores, si alguna vez sucede que en el seno de las ramitas que brotan del mismo brote emergen; permanecen siempre, y no como los demás grossos caen, sino que permanecen solos, y preceden en madurez a los demás frutos. Y estos hermosos frutos dará aquel árbol de sí mismo, que al emerger con los demás grossos, se producirán del medio del clavículo de ambas ramitas. Por lo tanto, de la condición propia del árbol se ha propuesto una similitud adecuada a la sinagoga.

9. Los apóstoles, primeros frutos de la Sinagoga. La infidelidad de otros prefigurada en Adán y Eva.---Porque los primeros frutos del pueblo, que había producido desde el principio, los perdió a semejanza de los higos tempranos: porque el pueblo fiel y perseverante de los gentiles, que permanece hasta la consumación de los tiempos, desplazó a su pueblo inútil. Sin embargo, los primeros creyentes de Israel, los apóstoles, adheridos entre la Ley y los Evangelios como los higos tempranos, precederán a los demás en la gloria y el tiempo de la resurrección. Y ya en el inicio del Génesis (III, 7), en forma de esto, Adán y Eva cubrieron su vergüenza con las hojas de este árbol, cuando se ocultaron a sí mismos ante la llegada del Señor que los llamaba: porque la Sinagoga infiel, transgrediendo los mandamientos de la ley, cubriría las fealdades de su impudicia y la confusión de sus torpezas con palabras infructuosas como con hojas de higuera. Y estas cosas se han intercalado sobre la naturaleza de este árbol para que se pueda entender la propiedad de la comparación. Por lo tanto, el orden restante de los hechos debe ser considerado.

10. La respuesta de los fariseos sobre el bautismo de Juan, que es verdadera.---Los fariseos habían visto muchas cosas dignas de grandes milagros: pero ahora están especialmente preocupados y preguntan con qué autoridad hace estas cosas (Matth., XXI, 23). Porque el asunto, bajo los efectos de los hechos presentes, abarcaba un gran misterio de lo futuro. Y por eso se encuentra especialmente el impulso de preguntar sobre esto, bajo el cual se presentaba la prefiguración de todo el peligro. El Señor responde que dirá con qué autoridad hace estas cosas, si ellos le responden si creen que el bautismo de Juan es del cielo o de los hombres (Ibid. 24). Pero ellos dudan en responder por el peligro de su respuesta, pensando que si confesaban que era del cielo, serían descubiertos como culpables por no haber creído en la autoridad del testimonio celestial: si decían que era de los hombres, temían a las multitudes, pues muchos consideraban a Juan un profeta (Ibid. 26). Respondieron, por tanto, que no sabían (Ibid. 27). No ignoraban ciertamente que era del cielo, ya que temían ser convencidos por la verdad de su confesión. Pero dijeron la verdad sobre sí mismos incluso con la intención de engañar. Porque por su infidelidad no supieron que el bautismo de Juan era del cielo. Y no pudieron saber que era de los hombres, porque no lo era.

11. Primera dificultad, quién es el hijo mayor, quién el menor.---Un hombre tenía dos hijos, y lo demás (Ibid. 28). Hay muchas y graves cosas que pueden confundir la comprensión, a

menos que mantengamos el orden del sentido anterior y posterior. ¿Quién podría considerarse aquí el hijo mayor, que negó ir a trabajar y, corregido por el arrepentimiento, fue de nuevo? Pero Israel no se arrepintió, sino que levantó las manos contra el Señor, y toda su comunidad crucificó a su Dios con boca impía. ¿Y a quién consideraremos el menor, que prometió ir y no fue? Pero el pueblo de los gentiles y de los pecadores cumplió lo que prometió. Porque fue y salió a la obra a la que fue llamado: ¿cómo, entonces, se considerará que no fue?

12. Segunda dificultad, quién es el menor obediente.---Luego, es necesario preguntar qué importancia tiene la respuesta misma de los fariseos. Dicen que el menor obedeció a la voluntad (776). La razón de las cosas no permite que una profesión simulada obtenga el mérito de la verdad perfecta; que sea más engañar prometiendo que cumplir todo sin prometer. ¿Quién no preferiría que se le negara lo que pide, siempre que se haga lo que pidió, a que no se haga lo que se promete que se hará; cuando el efecto del hecho es más grato por la desesperación, pero la esperanza frustrada duele más? A menos que tal vez la voluntad de los que piden se adule a sí misma solo con la promesa de los que adulan.

13. El hijo primero, los que de los fariseos creyeron.---Por lo tanto, debemos recordar que la proposición de esta comparación descende de ese discurso que se inició sobre Juan, para reprochar la demora de la infidelidad y la necesidad de silencio que de ella surge con un ejemplo de este tipo. Pero como hemos advertido en otros casos, aquí también debemos recordar que a veces falta algo en la razón de las cosas presentes, para que la figura de lo futuro se cumpla sin ningún daño a la eficacia prefigurada. El primer hijo es el pueblo de los fariseos, en el presente advertido por Dios a través de la profecía de Juan para que obedeciera sus preceptos. Este fue insolente y desobediente y contumaz en las palabras presentes, teniendo confianza en la ley y despreciando el arrepentimiento de los pecados por la gloria de la prerrogativa de la nobleza de Abraham: quien después, arrepentido por los milagros de las obras tras la resurrección del Señor, creyó bajo los apóstoles, regresando con fe en el hecho a la voluntad de la operación evangélica, confesó la culpa de su insolencia anterior arrepintiéndose.

14. El hijo menor, publicanos y pecadores.---El hijo menor es el pueblo de los publicanos y pecadores, en la misma condición de pecado en la que entonces moraba, posterior, a quien se le ordenó a través de Juan que esperara la salvación de Cristo, y bautizado por él, creyó. Pero lo que dice, que prometió ir y no fue; muestra que creyó en Juan, pero porque no pudo recibir la doctrina evangélica sino después de la pasión del Señor a través de los apóstoles (pues entonces debían cumplirse los sacramentos de la salvación humana); significa que no fue. Finalmente, no dice que no quiso, sino que no fue. La cosa está fuera de la culpa de la infidelidad, porque estaba en la dificultad del hecho que no se hiciera. Por lo tanto, no quiso ir inmediatamente a la obra que se le ordenó; sino que porque no podía ir, no fue. En esto se muestra la demora de la necesidad sin crimen de la voluntad.

15. Cómo estos obedecen. ---Y en la respuesta de los fariseos hay cierta necesidad de profecía. Porque aunque a regañadientes, confiesan quién obedeció a la voluntad, a saber, el hijo menor, obediente en la profesión, aunque no eficiente en el tiempo; porque solo la fe justifica. Y por eso los publicanos y las prostitutas serán primeros en el reino (Ibid. 3), porque creyeron en Juan, y bautizados en remisión de los pecados, confesaron en la venida de Cristo, alabaron las obras de curación, recibieron el sacramento de la pasión, reconocieron el poder de la resurrección. Pero los príncipes de los sacerdotes y los fariseos viendo estas cosas, y despreciándolas, que no fueron justificados por la fe, ni regresaron a la salvación por el arrepentimiento: y por eso sus frutos se secan bajo la maldición, como se prefiguraba en el árbol de la higuera.

CAPÍTULO XXII. De los viñadores que matan a los enviados para recoger los frutos, de los invitados diversos y el vestido nupcial.

1. El padre de familia es Dios. La viña, los israelitas. Los lagares, los profetas.---Escuchad otra parábola. Un hombre era padre de familia, y plantó una viña, y la cercó con un seto, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y lo demás (Ibid. 33). Toda la cuestión está resuelta. Pues incluso los mismos príncipes de los sacerdotes y los fariseos, entendiendo que se decía esto de ellos, se enfurecieron. Pero deben exponerse las propiedades de las personas y las comparaciones de las cosas. Aquí entendemos al padre de familia como Dios Padre, que plantó al pueblo de Israel para la producción de los mejores frutos, y que los encerró dentro de sus límites con la santificación del nombre paterno, es decir, con la nobleza de Abraham, Isaac y Jacob, como con un seto de custodia especial; también preparó a los profetas como ciertos lagares, en los que fluyera como mosto cierta abundancia del Espíritu Santo ferviente: y en la torre construyó la eminencia de la ley, que, saliendo del suelo, se elevaría al cielo, y desde la cual se pudiera observar la venida de Cristo. En los colonos, en cambio, está la figura de los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, a quienes se les ha permitido el poder de la doctrina sobre el pueblo.

2. Los siervos enviados. El hijo asesinado. La esperanza del crimen. El regreso del padre de familia. La piedra angular.---En los siervos enviados para recoger los frutos (v. 34), hay un progreso variado y repetido de los profetas. Pero enviados de nuevo más que los primeros (v. 36), es el tiempo en que, después de la predicación de cada uno, se envió un gran número de profetas juntos; que en varios tiempos fueron golpeados, apedreados y asesinados, reclamando los frutos del pueblo instruido y enseñado. En el hijo finalmente enviado (v. 37), está la venida y pasión de nuestro Señor: quien fuera de Jerusalén, como fuera de la viña, fue arrojado a la sentencia de condenación. El consejo de los colonos y la presunción de la herencia al matar al heredero (v. 38), es la vana esperanza de que la gloria de la ley pueda ser retenida al matar a Cristo. En el regreso del padre de familia (v. 40), está la gloria del juicio asistiendo a la majestad paterna en el Hijo. En la respuesta de los mismos príncipes y fariseos, se devuelve la herencia de la ley más dignamente a los apóstoles. Pero aquí el hijo es la piedra rechazada por los constructores, y elevada a la cima angular, y maravillosa a los ojos de todos, y la unión del lado y del edificio entre la ley y los gentiles.

3. Qué son las bodas: por qué hechas por el Padre.---El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que hizo bodas para su hijo, y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, etc. (Matth. XXII, 2). Y esta parábola debe distinguirse por los tiempos y reconocerse por las personas. Y sobre la persona del rey y del hijo hay una comprensión clara. Que el padre haya hecho bodas para el hijo, y así haya invitado, es una nueva razón. Porque hacer bodas es tanto del autor como del tiempo de las bodas. Pero aquí las bodas son el sacramento de la vida celestial y de la gloria eterna que se recibirá en la resurrección. Con razón, pues, son hechas por el Padre; porque la sociedad de esta eternidad, y la unión desposada del nuevo cuerpo, ya se consideraba perfecta en Cristo. Y en este lugar advertiremos así, como también en el anterior (cap. XIX, n. 2) donde se trató la condición del repudio, observar diligentemente lo que se ha significado sobre la razón de la resurrección, y que lo que se dijo bajo la persona de Adán a Eva, porque es un gran sacramento, no se deje de lado descuidadamente (Ephes. 5, 32).

4. Quiénes son enviados a invitar.---Los que son advertidos para que vengan (Matth. XXII, 3), son el pueblo de Israel invitado anteriormente: porque a la gloria de la eternidad fue llamado a través de la ley. Los siervos enviados para llamar a los invitados son los apóstoles:

pues era propio de ellos recordar a aquellos que los profetas habían invitado. Los que son enviados de nuevo con la condición de los preceptos son los hombres apostólicos y sucesores de los apóstoles. Los toros cebados son la gloriosa figura de los mártires, que como ofrenda elegida fueron inmolados en la confesión de Dios. Los cebados (suplir, ofrenda), son hombres espirituales, alimentados como con pan celestial para volar como aves, que llenarán a los demás con la abundancia del alimento recibido. Con todo esto ya preparado, y reunidas en número las multitudes complacidas a Dios, se anuncia la gloria del reino celestial como bodas.

5. Cómo fueron recibidos y vengados.---Pero también descuidaron su advertencia, de modo que algunos de ellos, por ambición del mundo, se ocuparon como en el campo: muchos más, por la codicia del dinero, se detuvieron en el comercio (Ibid. 5). Pero los demás siervos enviados, lo que se cumplió en los mismos apóstoles, fueron maltratados y asesinados (v. 6). Pero un castigo digno sigue a un crimen tan atroz. Ejércitos celestiales enviados quemarán toda su congregación con el juicio de Dios, y la encenderán con las llamas del fuego eterno (v. 7); porque contra el afecto de la humanidad, se ensañaron con odios homicidas.

6. La vocación de los gentiles. La vocación hace buenos en cuanto depende de ella.---Pero como esto habla del tiempo del juicio y de la resurrección, el mismo discurso se refirió a la congregación de los gentiles. Porque hallados indignos aquellos que fueron invitados primero, ordena ir a las salidas de los caminos (v. 9). Porque por el don de la gracia, se omiten los crímenes de la vida anterior. Pues muchas veces hemos advertido que el camino debe entenderse como el tiempo del mundo. Y por eso se ordena ir a las salidas de los caminos; porque a todos se les perdona lo pasado. Luego manda llamar a todos sin excepción alguna a las bodas, y vienen malos junto con buenos (v. 10). La vocación ciertamente debería haber hecho buenos, porque es santa, y procede del mejor afecto del que invita: pero por el vicio de la voluntad no corregida hay una diferencia entre los llamados.

7. No es de todos conocer a los malos.---Y porque la simulación suele tener mucha habilidad para engañar a los hombres, que si nos engaña ya sea por el secreto de la mente ajena, o por la simplicidad de nuestro juicio, sin embargo no puede ocultarse a Dios: por eso Dios, entrando en la asamblea de esta resurrección feliz, y viendo a un hombre sentado sin vestido nupcial, pregunta cómo ha entrado (v 11). ¿Acaso había designado el hábito de los invitados? Luego, cuando había mandado invitar a cualquiera; ¿cómo podía uno estar vestido como todos? O si solía haber un hábito cierto por la costumbre de los que asisten a las bodas: y por los que invitan y los ministros podría haber sido impedido. Pero porque no es de todos entender a los malos, y la simplicidad humana difícilmente entiende el engaño de la mente simulada; por eso Dios solo encuentra a este malo e indigno de la asamblea nupcial. El vestido nupcial es la gloria del Espíritu Santo, y el candor del hábito celestial: que recibido por la confesión de la buena interrogación, se reserve inmaculado e íntegro hasta la asamblea del reino de los cielos. Este, pues, es quitado, y arrojado a las tinieblas exteriores, porque muchos son llamados, y pocos elegidos (Ibid. 13 y 14). No hay, pues, escasez en los invitados, sino rareza en los elegidos: porque en el que invita hay humanidad de bondad pública sin excepción; en los invitados, en cambio, hay elección de probidad por el mérito del juicio.

CAPÍTULO XXIII. Del tributo y la imagen del César, de la misma esposa de los siete hermanos, de los mandamientos máximos, del hijo de David.

1. Entonces se fueron los fariseos, y tomaron consejo para sorprenderle en alguna palabra, etc. (Matth. XXII, 16). Frecuentemente los fariseos se conmueven, y no pueden tener ocasión

de acusarlo por lo pasado: porque el vicio no podía caer en sus hechos y palabras. Pero se extienden en toda investigación para encontrar una acusación por el afecto de la malicia. Pues llamaba a todos de los vicios del mundo y de las supersticiones de las religiones humanas a la esperanza del reino de los cielos. Por lo tanto, intentan si violaría el poder del mundo, por la condición de la pregunta propuesta: si es que debía pagarse tributo al César (v 17). Conociendo él los secretos internos de las intenciones (pues Dios observa todo lo que está oculto dentro de los hombres), mandó traer un denario, y preguntó de quién era la inscripción y la forma (v 18 y 19). Los fariseos respondieron que era del César. A los cuales dijo: que se deben devolver al César las cosas que son del César, y a Dios las que son de Dios (v 20 y 21).

2. Libertad de las mentes dedicadas solo a Dios. Qué debemos a Dios.---¡Oh respuesta llena de maravilla, y perfecta absolución de dicho celestial! Así moderó todo entre el desprecio del mundo y la injuria de ofender al César, que liberó a las mentes dedicadas a Dios de todas las preocupaciones y deberes humanos, cuando decreta que se devuelvan al César las cosas que son suyas. Porque si nada de él permanece con nosotros, no estaremos obligados por la condición de devolverle lo que es suyo. Pero si nos dedicamos a sus asuntos, si usamos el derecho de su poder, y nos sometemos como mercenarios a la administración de un patrimonio ajeno; está fuera de la queja de injuria, que se devuelva al César lo que es del César, y que debemos devolver a Dios lo que es suyo, el cuerpo, el alma, la voluntad. Porque estas cosas las retenemos como procedentes y aumentadas por él: y por lo tanto es digno que se le devuelvan a él todo, a quien recuerdan deberse tanto el origen como el progreso.

3. En aquel día se acercaron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y lo demás (Ibid. 23). Los saduceos están fuera de la fe en la resurrección. Y porque el Señor la predicaba, proponen una calumnia a las cosas divinas por la voluntad de realizar, a saber, de la misma esposa de los siete hermanos, de cuál de ellos será en la resurrección.

4. Autoridad de la Escritura. En qué forma resurgirá el sexo femenino.---Y así, en efecto, la opinión pública acepta que sobre las condiciones de la resurrección no se contiene nada en las escrituras proféticas. Pero el Señor dice: Erráis no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios (Ibid. 29). Por lo tanto, está escrito; y debe cesar la ambigüedad que una autoridad tan grande condena. Pues muchos suelen proponer esta misma calumnia, en qué forma resurgirá el sexo femenino, y si será reformado de nuevo con los mismos oficios de su naturaleza y cuerpo. Nosotros, en verdad, tocamos temerariamente este lugar casi pasado por alto por todos: pero advertimos que solo se le propuso al Señor de quién se le debe asignar como esposa de los siete; pero el Señor reprendió por qué erraban no conociendo las Escrituras y el poder de Dios, porque no se casarán ni se darán en matrimonio (v 30). Y ciertamente habría bastado contra los saduceos que así pensaban, haber cortado la opinión de la atracción corporal, y haber quitado estos vanos placeres de los cuerpos cesando los oficios: pero añadió: Serán como los ángeles de Dios. Porque, por lo tanto, el sacramento de las Escrituras y el poder de la virtud divina demuestran que serán como los ángeles; tal como es la autoridad en las Escrituras de opinar sobre los ángeles, tal debe ser el sentido de nuestra esperanza sobre las mujeres en la resurrección. Y estas cosas, en efecto, sobre las condiciones de la resurrección, las propuso a la cuestión planteada.

5. La verdad de la resurrección eterna desde la Ley.---Pero sobre la misma resurrección contra la infidelidad de ellos, habló así: ¿No habéis leído lo que os fue dicho por Dios, diciendo, Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; no es Dios de muertos, sino de vivos (Ibid. 31 y 32). Porque esta palabra fue dirigida a Moisés cuando estos santos patriarcas ya descansaban desde hacía tiempo. Por lo tanto, de quienes era Dios, estos tenían a Dios. Pero no podían tener nada, si no existían; porque está en la naturaleza de la

cosa que es necesario que exista aquello de lo que es el otro. Y así, tener a Dios es de los vivos; porque Dios es eternidad, y no es de las cosas que están muertas, tener lo que es eterno. ¿Y cómo se les negará ser y siempre futuros, a aquellos de quienes la eternidad profesa ser?

6. Los fariseos exaltados por el conocimiento de la ley. El oficio propio de Cristo.---Los fariseos, al oír que había silenciado a los saduceos, se reunieron contra él, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó, y lo demás (Ibid. 34 y 35). Suceden a los saduceos que lo tentaban los fariseos. Y a aquellos se les había respondido adecuadamente sobre la resurrección, para que se convencieran de que en la misma ley, de la cual partían, se contenía la fe en la resurrección esperada. Los fariseos, por su parte, se gloriaban de tener el conocimiento de la ley, que, presentada como una imagen de las cosas futuras, contenía la imagen de la verdad que habría de venir. Preguntan, pues, cuál es el mandamiento más importante en la ley (v. 36), sin considerar que la meditación de la ley había sido perfecta en Cristo. Y en verdad, a la ignorancia insolente de la ley misma se le respondió con la palabra: respuesta que abarcaba en sí toda la doctrina de la verdad. Porque el oficio propio de nuestro Señor Jesucristo es traer el conocimiento de Dios y proporcionar la inteligencia de su nombre y poder (V. lib. II de Trin. n. 22). Pues había sido enviado y, traído desde la eternidad, cumplía con lo que era agradable a Dios. Respondió, pues, que el primer mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (v. 37). Porque él no hacía otra cosa que lo que la ley contenía; ya que los preceptos de la ley abarcaban la forma de lo que él mismo iba a realizar. Advierte, pues, que el conocimiento que se gloriaban de tener en la ley, debía llevar a amar a Dios omnipotente con todo el afecto de la mente, el corazón y el alma, para que su advertencia se afirmara con los mandamientos de la ley que precedían.

7. Se ordena amar a Cristo bajo el nombre de prójimo.---Luego añadió: Este es el gran y primer mandamiento. El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Ibid. 38 y 39). Pero el mandamiento siguiente y semejante significa que es el mismo tanto en oficio como en mérito en ambos (Sic cap. 4, n. 7, idem poenae). Porque ni el amor a Dios sin Cristo, ni el amor a Cristo sin Dios puede ser útil. Por lo tanto, uno sin el otro no aporta ningún progreso a nuestra salvación. Y por eso en estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas (v. 40); porque toda la ley y los profetas se atribuían a la venida de Cristo, y su venida proporcionaba, a través de su cumplimiento, la inteligencia del conocimiento de Dios. Pues hemos advertido frecuentemente sobre el prójimo, que no debe entenderse como otro que no sea Cristo. Porque si se nos prohíbe anteponer al padre, la madre y los hijos al amor de Dios, ¿cómo el amor al prójimo es un mandamiento semejante al de amar a Dios? ¿O se dejará algo que pueda igualarse al amor de Dios? A menos que la semejanza del precepto exigiera un amor igual al Padre y al Hijo.

8. Cristo, que es hijo de David según la carne, es Señor de David.---Y para que pudieran ser refutados con las mismas palabras de la ley, y se aclarara más la inteligencia sobre el prójimo; pregunta qué les parece Cristo, de quién sería hijo. Respondieron que de David. A lo que él dijo, cómo en espíritu se le llamaría Señor por David, siendo su hijo; y cómo se había dicho de él: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (Ibid. 42-44). Era cierto que Cristo sería engendrado del linaje de David: pero la semejanza del nombre, por la cual el Señor decía al Señor, y por la cual lo colocaba a su derecha, hasta que sometiera a todos los enemigos bajo sus pies, significaba tanto la unidad de sustancia en la comunión del nombre, como el juicio en la invitación a sentarse, y el poder sobre la sujeción de todos; para que recordaran que en él, que surgía de

David, se contenía la sustancia de poder y origen eterno, y que Dios permanecería en el hombre.

CAPÍTULO XXIV. Sobre la cátedra de Moisés en la que se sentaron los escribas y fariseos, sobre el reino de los cielos cerrado por los mismos, y sobre los mismos que devoran las casas de las viudas, recorren el mar y la tierra seca, y dicen: Quien jure por el templo, no es nada, y diezman la menta y el eneldo, y edifican sepulcros de los profetas, y sobre Jerusalén que mata a los profetas, y apedrea a los que son enviados a ella.

1. Se encomia la doctrina de la ley. Iniquidad, ignorancia y soberbia de los fariseos.--- Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos, y lo demás (Matth. XXIII, 1 y 2). Presentó la gloria de la ley que daba testimonio de sí misma, que había expresado en sí la imagen de la verdad futura. Pues en todo meditaba la venida de Cristo. Porque todo lo que contenía se asumió para manifestar su conocimiento. Ordena, pues, obedecer los preceptos de los fariseos, porque se sentaron en la cátedra de Moisés: ordena obedecer todos los mandamientos de la ley, pero abstenerse de sus hechos y obras; para que se evite la conducta de los hombres y la infidelidad, no la doctrina de la ley. Porque ellos imponen al pueblo sometido a ellos las cargas más pesadas de la ley, sin mover ni siquiera un dedo para tocarlas (Ibid. 4). Incluso ordenan amar al Señor con todo el corazón, y al prójimo como a sí mismos, ellos mismos en contra del testimonio de la ley que se han dado, persiguiendo a Dios en Cristo con sus pasiones. También dilatan la gloria de sus palabras como filacterias (v. 5), en las que el autor de la vida eterna, Dios, no es entendido en Cristo, y se engrandecen a sí mismos como flecos de una vestidura, que ignorantes de toda la ley, no han reconocido ni la obra ni el poder de la misma ley: amando los primeros asientos en los banquetes, que están destinados al fuego eterno (más bien con las naciones que banquetean con Abraham): y los primeros asientos en las sinagogas, sin conocer a su maestro según el testimonio de la ley y los profetas (v. 6): y también los saludos en el mercado, a quienes se les ha ordenado la humildad del corazón y el servicio a todos. También quieren ser llamados maestros por los hombres (v. 7), ignorantes de la doctrina de la ley, y rechazando al maestro de la salvación eterna. Porque todo esto es profano y perverso, se condena la imitación de sus hechos. Pero se exige la audición de la ley y la obediencia a sus palabras, porque hablaban de Cristo.

2. Preceptos de caridad y humildad. ---Sin embargo, en sentido contrario, a los discípulos que ya se conocían a sí mismos, les consuma los preceptos de toda humildad, para que recuerden que todos son hermanos, es decir, hijos de un solo padre, y que por la generación del nuevo nacimiento han superado los principios del origen terrenal, y que tienen un solo maestro de la doctrina celestial, y que la gloria del honor eterno debe alcanzarse con la conciencia de la humildad; porque Dios hará humilde la insolencia, y elevará la humildad a la gloria (Ibid. 8-12).

3. Los fariseos al rechazar a Cristo cierran el cielo.---¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos (v. 13). Condena su simulación con la significación de la pena. Porque ¡ay! es la voz del que se duele. Dice que cierran el reino de los cielos, porque ocultan en la ley la meditación de la verdad que está en Cristo, y con la simulación de la doctrina esconden la venida corporal predicada por los profetas; y ellos mismos, no accediendo al camino de la eternidad en Cristo, tampoco permiten que los demás accedan.

4. Los que imponen a otros.---¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas (v. 14). De ahí provienen las negaciones de la verdad, de ahí la inhibición

de la salvación que los demás deben alcanzar, y la clausura del reino de los cielos, para que en la visita a las casas de las viudas se retenga la ambición, para que con la dignación de una larga oración sean despojadas, para que de ellas se busque el conocimiento celestial como de un tesoro de riqueza acumulada, para que la dignidad de la ley permanezca en el silencio de la gracia. Y por eso recibirán mayor juicio, porque deberán tanto la pena de su propio pecado como la culpa de la ignorancia ajena.

5. Su odio al Evangelio. Quienes serán castigados con doble pena.---¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis el mar y la tierra seca (v. 15). Con la travesía del mar y la tierra significa que estarán en todos los confines del mundo oponiéndose al Evangelio de Cristo, y sometiendo a algunos al yugo de la ley en contra de la justificación por la fe: porque los prosélitos son recibidos de las naciones en la sinagoga. La rareza de estos futuros se indica en uno: porque después de la predicación de Cristo no quedó fe en su doctrina. Pero cualquiera que haya sido adquirido para el pueblo, se convierte en hijo del infierno, descendencia de la pena, y herencia del juicio eterno: porque la adopción de las naciones formará la familia de Abraham. Por eso será hijo de pena duplicada, porque no ha alcanzado la remisión de los pecados de los gentiles, y ha seguido la sociedad de los que persiguieron a Cristo.

6. La ley es la forma de las cosas futuras, es el asiento y trono de Cristo. Inútil con la venida de Cristo.---¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Quien jure por el templo, no es nada (Ibid. 16). Reprocha la reverencia a las observancias humanas y el desprecio a la tradición profética, porque daban honor a las cosas vanas y lo quitaban a las que debían ser honradas. Pues él mismo había dado la ley, y la ley no contenía eficacia, sino que meditaba los efectos. Porque el ornato del altar y del templo no conciliaba dignidad por el culto, sino que formaba la imagen de las cosas futuras por el decoro. Porque el oro, la plata, el bronce, el latón, las perlas, el cristal comprenden su propia significación según la naturaleza de cada metal. Por lo tanto, reprende que veneren el oro del templo y las ofrendas del altar por la religión de los sacramentos; cuando el honor del altar y del templo era mayor, porque tanto el oro se dedicaba al templo como la ofrenda al altar para la imagen de las cosas futuras. Y por eso, con la venida de Cristo, la confianza en la ley es inútil: porque no está Cristo en la ley, sino que la ley se santifica en Cristo, en la cual se ha puesto como su asiento y trono. Porque si se considera religioso, es necesario que haya recibido la religión de aquel que se sienta en él: y así son necios y ciegos, venerando lo santificado, mientras el santificador ha pasado (v. 17).

7. Las obras externas, aunque no deben omitirse, deben ser pospuestas a las virtudes internas.---¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmáis la menta y el eneldo, y toda hortaliza, y lo demás (Ibid. 23). Reprende la iniquidad oculta de la mente y la oscura voluntad: porque hacen lo que la ley prescribe en los diezmos de la menta y el eneldo, para que se les considere cumplir la ley; pero han dejado la misericordia, la justicia, la fe y todo el afecto de la benevolencia, que es el propio oficio del hombre. Porque ese diezmo de las hortalizas, que era útil para la prefiguración de las cosas futuras, no debía omitirse: pero era necesario hacer esto, para que, habiendo cumplido con las partes de la fe, la justicia y la misericordia, agradáramos no con la imitación de una voluntad fingida, sino con las obras de una voluntad retenida en la verdad. Y porque sería menos culpable omitir el diezmo de las hortalizas que el oficio de la benevolencia; se burla de su diligencia en colar los mosquitos, mientras que en tragar camellos son negligentes, evitando los pecados leves y devorando los graves (v. 24). También se les anuncia una condena similar, que lavan los vasos y los platos por fuera, pero no limpian su interior (v. 25): y siguiendo la jactancia de un estudio inútil, abandonan el ministerio de la utilidad perfecta. Porque el uso del vaso es interior: si se ensucia, ¿de qué sirve que esté limpio por fuera? Y por eso se debe obtener el brillo de la

conciencia interior, para que se laven las cosas del cuerpo por fuera (v. 26). También los comparó con sepulcros, que resplandecen por la obra y el culto humano, pero por dentro están sucios con los huesos de los muertos y las inmundicias de los cadáveres (v. 27): que presentan con palabras vanas la apariencia de justicia, pero tienen dentro de sí el hedor de su conciencia y mente.

8. Los judíos no ignoran que los profetas fueron asesinados por odio a la verdad.---¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis los sepulcros de los profetas, y lo demás (v. 29). La forma del juicio está en lo absoluto, y a cada uno de nosotros se nos impone por la naturaleza del sentido y la opinión de la equidad: para que la obra de la iniquidad tenga menos necesidad de perdón, cuanto más no se haya ignorado la equidad. Porque el pueblo de la ley mató a todos los profetas. Por odio a ellos, se encendieron con la amargura de la reprensión: porque con voz pública los acusaban de robos, asesinatos, adulterios, sacrilegios. Y porque les anunciaban que eran indignos del reino celestial por estas obras, y que las naciones serían herederas del testamento de Dios; fueron acabados con diversos géneros de penas. Pero la posteridad detestó tanto los hechos de los padres, que veneran los libros de los profetas, adornan las memorias, restauran los sepulcros: y con tal reverencia testifican que están fuera de la culpa del crimen paterno.

9. Tanto más son culpables de la muerte de Cristo, que es la obra de los profetas. Elogios de los apóstoles. ---Quienes, pues, confiesan que los profetas fueron asesinados con gravísimo pecado, ¿con qué perdón condenarán a Cristo, que es la obra de los profetas, cuando también multiplican el crimen que detestan? Y por eso son serpientes y generación de víboras, porque llenarán la medida de la voluntad paterna (v. 33). ¿Y cómo escaparán del juicio, detestando la muerte de los profetas, persiguiendo a su Señor hasta la muerte de cruz? De quienes, por causa de los apóstoles, que son profetas por la revelación de las cosas futuras, sabios por el conocimiento de Cristo, escribas por la inteligencia de la ley, perseguidos, lapidados, crucificados, y perseguidos de ciudad en ciudad, toda la sangre de los justos desde Abel hasta Zacarías ha redundado (Ibid. 34 y 35): para que si se les hubiera obedecido, se les hubiera concedido el perdón de sus propios crímenes, y por estos mismos, al ser asesinados, se les acumulara la pena de los crímenes paternos.

10. Afecto de Cristo hacia los judíos.---Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, etc. (v. 37). Entre muchos géneros de reprensiones siempre manifiesta el afecto de su misericordia: cuya queja es que se negaron a regresar a la salvación que ofrecía. Porque Jerusalén había matado a los profetas, y apedreado a los enviados a ella. En la denominación de la ciudad, se muestra el crimen de sus habitantes. Y por eso se muestra que la sangre de Abel y Zacarías vendrá sobre esta posteridad de ellos: porque ya en ellos habitaba Cristo y predicaba, y había sufrido. Que si se le hubiera creído; no solo la fe de los creyentes estaría fuera de la pena de la muerte de los profetas, sino que esa misma sentencia de la pasión del Señor habría alcanzado el perdón. Pero en verdad, como no se le creyó ni después de la resurrección; también se reclamará la venganza de la sangre de Abel y Zacarías de ellos.

11. La obra de la gallina. Doble generación de los polluelos. Lo que Cristo ofreció a los judíos. Su castigo.---Porque aunque habla corporalmente, y como hombre ofrece ayuda a todos, muchas veces quiso reunirlos con las predicaciones de los profetas. Pero en vano les prodigó este afecto. Como una gallina que reúne a sus polluelos, quiso contenerlos bajo sus alas: hecho ahora una ave terrena y doméstica, con una especie de cobertura de su cuerpo como alas, otorgando a sus polluelos el calor de la vida inmortal, y llevándolos al vuelo como con una nueva generación. Porque los polluelos tienen una forma de nacer, y otra de volar.

Porque primero están contenidos en el cascarón del huevo como en un claustro del cuerpo: luego, después, calentados por la diligencia del padre, salen al vuelo. Por lo tanto, al modo de esta ave familiar y casi terrena, quiso reunirlos dentro de sí: para que, habiendo sido ya nacidos por la condición del nacimiento, ahora, con el nacimiento de otra generación, y calentados por el calor del que los confía, renacidos, volaran al reino celestial como con cuerpos alados. Pero como no quisieron; su casa será dejada desierta y vacía (v. 38), es decir, serán indignos de la habitación del Espíritu Santo. Porque su casa comenzó a ser suya, no de Dios: y permaneciendo en la contumacia de la infidelidad, no lo verán hasta el tiempo en que, regresando en el nombre del Señor, incluso con la confesión de la infidelidad involuntaria, lo bendecirán (v. 39).

CAPÍTULO XXV. Sobre la estructura del templo preguntando los discípulos, y sobre los que están en el techo, que no descendan a tomar algo de la casa; y los que están en el campo, que no regresen a tomar su túnica, y sobre las embarazadas y las que amamantan.

1. El hombre que es el templo eterno de Dios.---Y saliendo del templo iba: y se acercaron sus discípulos para mostrarle la estructura del templo (Matth. XXIV, 1). Después de la amenaza de que Jerusalén sería abandonada, como si fuera a ser movido por la ambición del templo, se le muestra la magnificencia de la construcción. Él dice que todo será destruido, y que las piedras de toda la estructura serán dispersadas y derribadas. Porque el templo eterno se consagraba para la habitación del Espíritu Santo: el hombre, por el conocimiento del Hijo y la confesión del Padre y la obediencia a los preceptos, se hace digno de ser morada de Dios.

2. Tiempo y señales de la destrucción de Jerusalén. Simón el Samaritano.---Y cuando se retiró al monte, sus discípulos se acercaron a él en secreto y le preguntaron cuándo sucederían estas cosas, y qué señal habría de su venida y del fin del mundo (v. 3). Y como estas tres cosas se preguntaron en uno, se separan con significaciones distintas de tiempo e inteligencia. Se responde primero sobre la caída de la ciudad: y se les confirma con la verdad de la doctrina, para que ningún engañador pueda sorprender a los ignorantes. Porque vendrán en su tiempo, quienes se llamarán a sí mismos Cristo. Para que la fe no pueda ser socavada por la mentira perniciosa, precedió la advertencia. Porque vino Simón el Samaritano, instruido por el diablo tanto en obras como en palabras: y pervirtió a muchos con los milagros de sus hechos. Y porque esto convenía a los tiempos de los Apóstoles; dice: No es el fin. Pero ni siquiera entonces (será el fin), cuando las naciones y los reinos se enfrenten entre sí, y habrá hambres y terremotos: porque en esto no está la disolución de este universo, sino el comienzo de los dolores, con todos los males comenzando desde entonces. Los confirma, pues, para la tolerancia de las pasiones, la huida, los azotes, la muerte: y el odio público de las naciones hacia ellos por su nombre. Y en estas persecuciones muchos se turbarán, y con tantos males que se levantarán se escandalizarán, y se excitarán hasta el odio mutuo. Y habrá falsos profetas (como Nicolás, uno de los siete diáconos), y muchos serán pervertidos por la verdad fingida: y con la abundancia de la iniquidad la caridad se enfriará. Pero la salvación está reservada para los que perseveren hasta el fin: y entonces, dispersos por todas las partes del mundo los hombres apostólicos, se predicará la verdad del Evangelio (Ibid. 4-13). Y cuando a todos se les haya llevado el conocimiento del sacramento celestial, entonces vendrá la caída y el fin de Jerusalén: para que la fe de la predicación, y el castigo de los infieles y el miedo de la ciudad destruida, la sigan. Estas cosas, pues, se cumplieron en ella como habían sido predichas: y con los apóstoles lapidados, perseguidos, asesinados, fue consumida por el hambre, la guerra, la cautividad. Y entonces fue digna de no ser, cuando, habiendo expulsado a los predicadores de Cristo, se mostró indigna de la predicación de Dios.

3. Indicio del advenimiento de Cristo. Por qué el Anticristo es la abominación de la desolación.---Sigue luego el indicio del futuro advenimiento, cuando vean la abominación de la desolación en el lugar santo, entonces se entenderá el regreso de la claridad. Y sobre esto, con el bienaventurado Daniel y Pablo predicando, creo que es superfluo que tengamos un discurso (Dan. IX, 27; II Tes. II, 4): pues esto se dijo sobre los tiempos del anticristo. Se le llama abominación porque, viniendo contra Dios, reclama para sí el honor de Dios: y abominación de la desolación, porque con guerras y matanzas desolará la tierra con impiedad. Y por eso, aceptado por los judíos, se instalará en el lugar de la santificación; para que donde las oraciones de los santos invocaban a Dios, allí, recibido por los infieles, sea venerado con el honor de Dios.

4. Por qué debe abandonarse Judea.---Y porque este será el error propio de los judíos, que al rechazar la verdad, acepten la falsedad; se aconseja abandonar Judea y huir a los montes (v. 16); para que no se traiga la fuerza o el contagio de la mezcla con el pueblo que creará en el anticristo; sino que para todos los que entonces sean fieles, serán más seguros los desiertos de los montes que la multitud de Judea.

5. Quien está en la cima de la perfección, que no descienda por el deseo de cosas terrenales.--Lo que dice: Y el que esté en el tejado, no descienda a tomar algo de la casa (v. 17): este precepto, según la inteligencia humana, no admite razón de dicho y hecho. Pues quien está en el tejado y va a abandonar Judea, no podrá irse sin descender de él. ¿O qué utilidad hay en permanecer en el tejado y no en la casa? Pero frecuentemente hemos advertido que se deben considerar las propiedades de las palabras y los lugares, para que alcancemos el significado de los preceptos celestiales. El tejado es la cima de la casa y la alta perfección de toda la morada. Pues ninguna casa puede ser llamada o existir sin tejado. Por tanto, quien haya alcanzado la consumación de su casa, es decir, la perfección de su cuerpo, renovado por la regeneración, elevado por el espíritu y perfeccionado por la absolución del don divino, no debe descender a las cosas más bajas por el deseo de lo secular, ni, provocado por las tentaciones inferiores del cuerpo, debe descender de la altura de su tejado. Y el que esté en el campo, no vuelva a tomar su túnica (v. 18). Es decir, quien esté en la obra del precepto, no vuelva a las preocupaciones anteriores: ni desee alguna vestimenta del cuerpo, por la cual, al regresar, será llevado a la túnica de los antiguos pecados con los que antes estaba cubierto.

6. Nada es malo para el hombre salvo por su culpa. Las embarazadas, almas pesadas por pecados.---¡Ay de las embarazadas y de las que amamantan (v. 19)! Esto puede entenderse simplemente por la demora en la huida: porque, impedidas por la carga del vientre, será molesto escapar de la inminente ruina de los tiempos. Pero, ¿qué ha merecido la condición, el sexo y el orden de la generación? A menos que tal edad de las mujeres que caigan en esos tiempos sea propiamente maldita. Pero lejos esté esto, que haya algo que sea malo para el hombre salvo por su culpa. No se debe creer, por tanto, que el Señor advirtió sobre la carga de las embarazadas cuando dice: ¡Ay de las embarazadas!, sino que mostró la gravedad de las almas llenas de pecados, que, puestas en el tejado o permaneciendo en el campo, no podrán evitar la tempestad de la ira reservada. Pues el dolor sigue naturalmente a las embarazadas: y el parto no se da sin la aflicción de todo el cuerpo. Así que las almas que se encuentren en tal estado, estarán contenidas en su carga y dolor. También habrá ¡ay! para las que sean amamantadas. La infancia destetada no es menos inútil para la huida que la que aún es amamantada. ¿Y cómo habrá ¡ay! para la que sea amamantada, si no hay diferencia de edad y tiempo entre ser amamantada y haber sido destetada? Pero aquí también muestra la debilidad de las almas que, como si aún fueran alimentadas con leche, están en el conocimiento de Dios: que, necesitadas de la virtud del alimento perfecto, son imbuidas con el débil y tenue gusto del conocimiento divino. Y por eso habrá ¡ay! para ellas: porque, pesadas para huir del

anticristo e inexpertas para soportarlo, no habrán evitado los pecados ni recibido el alimento del verdadero pan.

7. La huida en invierno o en sábado, qué significa.---Y por eso se nos advierte orar para que nuestra huida no sea en invierno ni en sábado, es decir, para que no seamos encontrados en el frío del pecado o en la ociosidad de las buenas obras: porque una grave e intolerable aflicción se avecinará para todos, salvo que, por causa de los elegidos de Dios, en esos días se acorte la duración, para que el tiempo de los males que se avecinan sea superado por la brevedad (Ibid. 20 y 21).

8. Los intentos de los falsos profetas. Las águilas, los santos. El lugar del advenimiento de Cristo es donde fue su pasión.---Y porque, en medio de una gran aflicción, los falsos profetas, como si fueran a indicar una ayuda presente en Cristo, mentirán diciendo que Cristo está en muchos lugares, para llevar a los oprimidos y afligidos al servicio del anticristo; diciendo ahora que está en los desiertos, para pervertir con el error; ahora afirmando que está en los aposentos, para encerrar con el poder del que domina: pero el Señor profesa que no estará oculto en un lugar, ni será visto por unos pocos; sino que estará presente en cualquier lugar y a la vista de todos, como el relámpago que, levantado desde el oriente, extiende su luz hasta las regiones del occidente, y brillando desde cualquier lugar, se ve en todas partes (Ibid. 22-27). Y para que no ignoráramos el lugar donde estaría, dice: Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas (Ibid. 28). Llamó águilas a los santos por el vuelo del cuerpo espiritual: cuyo encuentro, congregados por los ángeles, se mostrará en el lugar de la pasión. Y dignamente allí se esperará el advenimiento de la claridad, donde nos obró la gloria de la eternidad con la pasión de la humildad corporal.

CAPÍTULO XXVI. Del sol oscurecido, la luna y las estrellas. (Del signo de la higuera, de la incertidumbre del día del advenimiento del Señor, de los tomados y dejados, y de la vigilancia que se debe guardar. Esto falta en los manuscritos).

1. Cuándo y cómo será el glorioso advenimiento de Cristo. ---Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y lo demás (Matth. XXIV, 29). Indica la gloria de su advenimiento y el regreso de la claridad con la oscuridad del sol, la deficiencia de la luna, la caída de las estrellas, el movimiento de las virtudes celestiales, la manifestación del signo de salvación, el lamento de las naciones que reconocerán al Hijo del Hombre en la gloria de Dios, y la destinación de los ángeles para la recolección de los santos con la trompeta, es decir, ya con la exhortación de la libertad pública (v. 30 y 31). Así será del grano de mostaza un gran árbol (Matth. XIII, 31): así del monte de la piedra que destruyó la imagen, el monte que ocupa el orbe de la tierra (Dan. II, 34): así la ciudad visible para todos (Matth. V, 14 y 15): así la luz que brilla para todos en el madero: así de la humildad de la muerte, la gloria de Dios. Con el indicio de todas estas cosas, quiso que supiéramos el tiempo de nuestra redención, cuando seremos trasladados de la corrupción de los cuerpos al honor de la sustancia espiritual.

2. El ramo de la higuera es el anticristo. Que brote.---Puso el signo del tiempo a conocer en la similitud del árbol de la higuera (Matth. XXIV, 32): cuando su rama es tierna y brota, se entiende que el verano está cerca. Pero la naturaleza del verano y del árbol es muy diferente. Pues en los inicios de la primavera brota: y no es poco el tiempo que media entre el verano que se avecina y la rama del árbol que se vuelve tierna en hojas. Por lo cual, se debe entender que esto no se dijo del árbol. Y ya antes tratamos sobre la propiedad de este árbol (c. 21, n. 8). También leemos que Adán fue vestido con sus hojas, y cubrió la vergüenza de su conciencia, es decir, como si estuviera circundado por la ley con la vestidura del pecado. Por

tanto, se entiende que el ramo de la higuera es el anticristo, hijo del diablo, parte del pecado, defensor de la ley. Cuando comience a volverse tierno y a brotar, entonces se sentirá que el verano, es decir, el día del juicio, está cerca. Se conocerá que brota por una cierta verdor de pecados exultantes: pues entonces será la flor de los criminales, el honor de los malhechores, y la gracia de los profanos: pero para ellos el verano, es decir, el calor del fuego eterno, está próximo.

3. Y para que la fe en lo futuro fuera cierta, al decir amén, añadió con la profesión de la verdad que nuestra generación no pasará hasta que todo esto haya sucedido, y que las cosas que se consideran firmes, a saber, el cielo y la tierra, no serán; pero sus palabras no podrán no ser: porque aquellas, por la condición de su creación, es decir, hechas de la nada, tienen en sí la necesidad de no ser; pero estas, traídas desde la eternidad, contienen en sí la virtud de permanecer (Ibid. 34 y 35).

4. Por qué no se define el fin de los tiempos.---Sobre el fin de los tiempos, quitó la preocupación de nuestra solicitud, diciendo que ese día no es conocido por nadie, y no solo por los ángeles, sino también desconocido para él mismo (Ibid. 36). ¡Oh, inestimable misericordia de la divina bondad! ¿Acaso el Dios Padre negó al Hijo el conocimiento del día, con el propósito de ocultarlo; cuando se ha dicho por él: Todo me ha sido entregado por mi Padre (Matth. XI, 27)? Entonces no son todas las cosas, si hay algo que se niega. Pero porque traería a nosotros todo lo recibido del Padre, y la Palabra de Dios no contiene tanto la fe de lo futuro en sí misma, como de lo hecho; por eso el día se puso fuera de la definición, para que, aunque Dios nos concediera un tiempo amplio para la penitencia, nos mantuviera siempre preocupados por el temor de lo incierto; y él mismo, al no hablar a nadie de la voluntad de dar este día, no se restringiera con ninguna definición de su dicho, porque según el tiempo del diluvio, en el mismo curso de nuestra vida, para todos los que actúan y padecen, vendrá aquel gran día (Matth. XXIV, 38).

5. Discreción de fieles e infieles. De los judíos que creerán y los que no creerán, de los herejes y los católicos.---Incluso mostró que habrá una distinción entre los fieles que serán tomados, cuando dos estén en el campo, uno será tomado y el otro dejado; y dos mujeres moliendo, una será rechazada y la otra elegida; y de dos que estén en la cama, uno será tomado y el otro dejado. Enseña la distinción entre infieles y fieles en dejar a unos y tomar a otros. Pues con la ira de Dios intensificándose, los santos (como dice el profeta) serán guardados en los almacenes; pero los pérfidos serán dejados para el material del fuego celestial (Matth. III, 12). Por tanto, los dos en el campo, dos pueblos, de fieles e infieles, serán sorprendidos por el día del Señor en el mundo como en la obra de esta vida; sin embargo, serán separados, dejando a uno y tomando al otro. De las que muelen, la razón es la misma. La muela es la obra de la ley. Pero porque parte de los judíos, como creyeron por los apóstoles, así creerán por Elías, y serán justificados por la fe: por eso una será tomada por la misma fe de la buena obra, y la otra será dejada en la obra infructuosa de la ley, moliendo en vano, y no haciendo el pan del alimento celestial. Pero hay dos en la cama, predicando el mismo descanso de la pasión del Señor: alrededor del cual hay la misma y única confesión de herejes y católicos. Pero porque la verdad de los católicos predicará la unidad del Padre y del Hijo, y la misma será impugnada nuevamente por la falsedad de los herejes con muchas injurias; por eso de los dos en la cama uno será dejado y el otro tomado: porque la fe de la confesión de ambos será aprobada por el juicio del divino arbitrio al tomar a uno y dejar al otro.

6. Necesidad de vigilancia.---Y para que supiéramos que esa ignorancia del día no es sin razón de un útil silencio para todos; nos advirtió vigilar por la venida del ladrón, y estar

detenidos en la asiduidad de las oraciones, adheridos a todas las obras de sus preceptos (Matth. XXIV, 43). Pues mostró que el ladrón es el diablo, vigilante para robar de nosotros los despojos, y acechando las casas de nuestros cuerpos para que, estando nosotros descuidados y entregados al sueño, las perfore con los dardos de sus consejos y tentaciones. Por tanto, nos conviene estar preparados: porque la ignorancia del día agita la solicitud atenta de la expectativa suspendida.

CAPÍTULO XXVII. Del siervo fiel a quien el señor pone sobre su familia, de las diez vírgenes, del hombre que se va de viaje y entrega su sustancia a sus siervos.

1. Especialmente deben vigilar los superiores. Obra y recompensa del superior diligente.--- ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha puesto sobre su familia? etc. (Matth. XXIV, 45). Aunque nos exhorta en común a todos a la incansable atención de la vigilancia; sin embargo, manda una solicitud especial en la expectativa y venida suya a los príncipes del pueblo, es decir, a los obispos. Este siervo fiel y prudente, puesto sobre la familia, significa al que cuida de las comodidades y utilidades del pueblo que se le ha confiado. Si será obediente a la palabra y a los preceptos, es decir, si con la oportunidad y verdad de la doctrina confirma a los débiles, consolida a los dispersos, convierte a los desviados, y distribuye la palabra de vida como alimento de eternidad para la familia que debe ser alimentada, y si haciendo estas cosas y permaneciendo en ellas es encontrado; recibirá la gloria del Señor como dispensador fiel y mayordomo útil, y será puesto sobre todos los bienes, es decir, será colocado en la gloria de Dios, porque no hay nada más allá que sea mejor (v. 47).

2. Vicios y castigo del negligente.---Pero si, contemplando la larga paciencia de Dios, que se extiende para el provecho de la salvación humana; se ensoberbece contra sus consiervos, y se entrega a los males y vicios del siglo, ejerciendo solo el cuidado de las cosas presentes en el culto del vientre: el Señor vendrá en el día que no espera, y lo separará de los bienes que había prometido, y su porción será puesta con los hipócritas en la eternidad del castigo, porque ha desesperado del advenimiento, porque no ha obedecido a los mandamientos, porque ha cuidado de las cosas presentes, porque ha vivido la vida de las naciones, porque por la desesperación del juicio ha afligido a la familia que se le confió con hambre, sed y matanza (Ibid. 48-51).

3. Por qué Moisés recibió el Decálogo en dos tablas. ---Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, y lo demás (Matth. XXV, 1). De las cosas dichas anteriormente también se puede entender la razón de este discurso. Pues todo el discurso es sobre el gran día del Señor, en el cual se revelarán los secretos de las intenciones humanas por el conocimiento del juicio divino, y la verdadera fe en el esperado Dios no obtendrá el mérito de una esperanza ambigua. Absolutamente en las cinco prudentes y en las cinco insensatas, se ha establecido la división de fieles e infieles: por cuyo ejemplo Moisés recibió las diez palabras escritas en dos tablas. Era necesario, pues, que todas ellas se escribieran en ambas: y la doble página, entre la propiedad de la derecha y la izquierda, señalaba bajo un solo testamento la división de buenos y malos.

4. Breve y aguda exposición de la parábola de las vírgenes.---El esposo y la esposa, nuestro Señor es en el cuerpo Dios. Pues así como el Espíritu es al cuerpo (suplir, esposo), así el Espíritu es a la carne esposa. De hecho, con la trompeta que despierta, solo se sale al encuentro del esposo; pues ya eran ambos uno; porque en la gloria espiritual había excedido la humildad de la carne. Pero en el primer avance, nos preparamos para salir al encuentro en la resurrección que es de los muertos. Por tanto, las lámparas son la luz de las almas

resplandecientes, que brillaron con el sacramento del bautismo. El aceite es el fruto de la buena obra. Los vasos son los cuerpos humanos, dentro de cuyos entrañas debe ser guardado el tesoro de la buena conciencia. Los vendedores son aquellos que, necesitados de la misericordia de los fieles, devuelven de sí mismos los bienes pedidos, es decir, vendiendo la satisfacción de su necesidad, la conciencia de nuestra buena obra. Pues esta es la abundante materia del inextinguible resplandor, que con los frutos de la misericordia debe ser comprada y guardada. Las bodas son la asunción de la inmortalidad, y la unión entre la corrupción y la incorruptibilidad por una nueva sociedad. La demora del esposo es el tiempo de la penitencia. El sueño de los que esperan es el descanso de los creyentes, y en el tiempo de la penitencia la muerte temporal de todos. El clamor a medianoche, cuando todos ignoran, es la voz de la trompeta que precede al advenimiento del Señor, y que despierta a todos para que salgan al encuentro del esposo.

5. En el advenimiento de Cristo, los méritos ajenos no ayudarán a nadie. Ya no hay tiempo para la penitencia.---Las vírgenes prudentes son aquellas que, abrazando el tiempo oportuno de obrar en los cuerpos, se han preparado para el primer encuentro del advenimiento del Señor. Pero las insensatas, que disolutas y negligentes, solo han tenido la preocupación de las cosas presentes; y olvidadas de las promesas de Dios, no se han extendido a ninguna esperanza de resurrección. Y porque las insensatas no pueden salir al encuentro con las lámparas apagadas, suplican a las prudentes que les presten aceite (v. 8). A las que respondieron que no pueden dar, porque tal vez no haya suficiente para todas (v. 9): es decir, que nadie será ayudado por las obras y méritos ajenos, porque cada uno debe comprar aceite para su propia lámpara. Las exhortan a que regresen a comprar: si al menos tarde, obedeciendo los preceptos de Dios, con la luz de las lámparas sean dignas del encuentro del esposo. Mientras ellas se demoran, el esposo entra; y junto con él, las sabias, que se preparaban con la luz de las lámparas, entran a las bodas, es decir, en la gloria celestial inmediatamente con el advenimiento de la claridad del Señor (v. 10). Y porque ya no hay tiempo para la penitencia, las insensatas corren, piden que se les abra la entrada. A las que el esposo responde, porque no os conozco (v. 12). Pues no estuvieron presentes en el oficio del que viene, ni acudieron a la voz de la trompeta que despierta, ni se unieron al séquito de las que entran: sino que, demorándose e indignas, perdieron el tiempo de entrar a las bodas.

6. Talentos distribuidos según la medida de la fe.---Como un hombre que se va de viaje, llamó a sus siervos y les entregó su sustancia, y lo demás (v. 14). La división del dinero es desigual: pero la diversidad no debe referirse al que divide; pues dice que cada uno recibió según su virtud. Por tanto, cada uno recibió en la medida en que era capaz: y está fuera del juicio del que modera lo que estaba en el derecho del que recibe. El padre de familia, se significa a sí mismo. El tiempo de la peregrinación es el espacio de la penitencia: en el cual, sentado a la derecha de Dios en los cielos, permitió al género humano entero el poder de la fe y la operación evangélica. Por tanto, cada uno, según la medida de su fe, recibió un talento, es decir, la predicación del Evangelio del que predica. Pues esta es la sustancia incorrupta, esta es la herencia de Cristo reservada para los herederos eternos.

7. A quien se le dieron cinco talentos.---Pero aquel siervo que recibió cinco talentos (v. 20), es el pueblo de los creyentes de la ley: de donde, habiendo partido, duplicó su mérito al cumplir correctamente con la operación de la fe evangélica. En el balance que se presenta, se examina el juicio, donde se exige el uso de la palabra celestial y el retorno del talento administrado. Así pues, a quien se le confiaron cinco, al regresar el Señor, ofreció diez de los cinco: tal como se encontró en la fe, así como en la ley, quien por la gracia de la justificación evangélica cumplió con la obediencia de los diez mandamientos en los cinco libros de

Moisés. Por lo tanto, se le ordena entrar en el gozo del Señor, es decir, es recibido en el honor de la gloria de Cristo (v. 21).

8. A quien se le dieron dos.---Aquel siervo, a quien se le confiaron dos talentos (v. 22), es el pueblo de los gentiles, justificado por la fe y la confesión tanto del Hijo como del Padre, y que confesó a nuestro Señor Jesucristo como Dios y hombre, en espíritu y carne. Pues la fe es del corazón, y la confesión es de la boca. Estos son, por tanto, los dos talentos que se le confiaron. Pero así como el primero conoció todo el sacramento en los cinco talentos, es decir, en la ley, y lo duplicó con la fe del Evangelio: así este mereció el incremento de los dos talentos, y eso por la operación. Aunque el balance y el retorno son diferentes, el don del Señor es igual para ambos; para que conociéramos la fe de los gentiles igualada a la de los creyentes de la ley en conocimiento. Pues con la misma alabanza se le ordena entrar en el gozo del Señor (v. 23). La duplicación del dinero recibido es añadir la operación de la fe, y lo que creyeron en opinión, lo llevaron a cabo en hechos y acciones.

9. A quien se le dio un talento.---Aquel que recibió un talento y lo escondió en la tierra (v. 24), es el pueblo que persiste en la ley, totalmente carnal y necio, y que no entiende nada espiritual, y a quien no le llega la virtud de la predicación evangélica, sino que por envidia de las naciones que han de salvarse, escondió el talento recibido en la tierra; ni lo usa él mismo, ni lo administra para que otros lo usen, sino que considera que la ley es suficiente para la salvación. Y por eso, cuando se le pidió cuentas, dijo: Temí a ti (v. 25), como si por reverencia y miedo a los antiguos preceptos, se abstuviera del uso de la libertad evangélica y dijera: Aquí tienes lo que es tuyo, como si hubiera permanecido en lo que el Señor había mandado.

10. ¿Qué significa esconder en la tierra?---Esconder el talento en la tierra es ocultar la gloria de la nueva predicación bajo la objeción de la pasión corporal. Quien, aunque no puede negar que Cristo el Señor fue enviado para la salvación de las naciones (pues tanto su venida como su pasión están en la ley), sin embargo, no quiso obedecer a los Evangelios. Pues dice: Sé que eres un hombre duro, cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste (v. 24). La naturaleza de las cosas presentes no permite que haya cosecha sin siembra, ni que se recoja lo que no se ha esparcido: pero todo este discurso es espiritual. Pues dijimos que este pueblo es de la ley, no ignorante de la venida del Señor y de la salvación de las naciones; pero infiel: ya que sabe que allí se cosecharán los frutos de la justicia, donde la ley no fue sembrada, y se recogerán de entre las naciones, los que no fueron dispersados de la descendencia de Abraham: y por eso este hombre es duro, es decir, justificará sin ley, recogerá sin dispersión, y cosechará sin siembra.

11. Cuánta culpa. Qué castigo para esta culpa.---Y por eso será más sin perdón, por qué ocultó la predicación, y enterró el talento que se le confió, sabiendo que cosechará sin siembra, y recogerá lo que no esparció: pero más bien debió haberlo dado a los banqueros, es decir, a todo el género humano, que está ocupado en los negocios del mundo, para comunicar el uso del talento que se le confió, y el Señor pedirá su retorno de cada uno. Por esta culpa, el talento no se le quita tanto del Evangelio, que había enterrado, como de la ley, y se le da a quien duplicó los cinco, diciendo el Señor: Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (v. 29). Puede ciertamente el que tiene abundar; porque es fácil, por el incremento ya sea de la munificencia o del trabajo, que el rico pueda enriquecerse: pero ¿cómo el que no tiene tendrá para su daño? Esto es así, porque a los que tienen el uso de los evangelios, también se les devuelve el honor de la ley: pero al que no tiene la fe de Cristo, aun lo que parece tener de honor de la ley, se le quita.

CAPÍTULO XXVIII. Sobre la venida del Hijo del Hombre viniendo en su majestad.

1. Discreción de los malos y los buenos en el juicio.---Cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, y lo demás (Mat. XXV, 31). Él mismo completa toda la razón de este discurso. Pues recuerda el tiempo del juicio y su venida, en la que separará a los fieles de los infieles, y distinguirá a los fructuosos de los infructuosos, es decir, a los cabritos de los corderos, y colocando a cada uno a la derecha o a la izquierda, lo establecerá en un lugar digno de su bondad o malicia: indicando que en sus más pequeños, es decir, en aquellos que le sirven con la expectativa de su humildad, se alimenta a los hambrientos, se da de beber a los sedientos, se acoge a los peregrinos, se viste a los desnudos, se visita a los enfermos, y se consuela a los solícitos (v. 40). Pues así se infunde en los cuerpos y mentes de todos los fieles, que estos oficios de humanidad, o merecen su gracia cuando se otorgan, o provocan su ofensa cuando se niegan.

2. Después de este discurso, en el que mostró que vendría en el retorno de la claridad, ahora advierte que va a sufrir (Mat. XXVI, 1): para que reconocieran que el sacramento de la cruz está mezclado con la gloria de la eternidad. Se toma entre tanto el consejo de los judíos para matarlo: y congregados los príncipes de los sacerdotes, se espera la ocasión de tan gran crimen (v. 4).

CAPÍTULO XXIX. Sobre la mujer que se acercó a Jesús en la casa de Simón el leproso con un frasco de alabastro de unguento precioso.

1. Cuando Jesús estaba en Betania en la casa de Simón el leproso, se acercó a él una mujer con un frasco de alabastro de unguento precioso, y lo demás (Mat. XXVI, 6 y 7). En el mismo tiempo de la pasión no es sin razón que una mujer derramó unguento precioso sobre la cabeza del Señor reclinado: luego que los discípulos se enojaron, y dijera que eso debía haberse vendido para uso de los pobres (v. 8 y 9): entonces que el Señor aprobara el acto de la mujer, y prometiera que la memoria de esta obra sería eterna con la predicación del Evangelio: finalmente que después de esto Judas se lanzara a vender su salvación.

2. La mujer que unge a Cristo, el pueblo de los gentiles. Favor de los discípulos por Israel. Los pobres, los judíos necesitados de fe.---Esta mujer es en prefiguración del pueblo de los gentiles, que en la pasión de Cristo dio gloria a Dios. Pues ungió su cabeza: y la cabeza de Cristo es Dios. Pues el unguento es el fruto de la buena obra. Y por el cuidado del cuerpo es especialmente grato al sexo femenino. Por tanto, toda la preocupación de su cuerpo, y todo el afecto de su mente preciosa lo transfirió en honor y alabanza de Dios. Pero los discípulos, movidos por el favor de salvar a Israel, como muchas veces, se conmueven: que esto debía haberse vendido para uso de los pobres. Pero esta mujer no llevaba unguento para vender. Y a los pobres, necesitados de fe, los llamaron por instinto profético. Y que esta fe de los gentiles debía comprarse más bien para la salvación de este pueblo necesitado. A quienes el Señor dice, que hay mucho tiempo en el que pueden tener cuidado de los pobres; pero que no se puede otorgar la salvación a los gentiles sino por su mandato, que con el unguento derramado de esta mujer están sepultados con él (v. 11 y 12): porque la regeneración no se devuelve sino a los que mueren con él en la profesión del bautismo. Y por eso donde se predique este Evangelio, se narrará su obra (v. 13): porque cesando Israel, la gloria del Evangelio se predica por la fe de los gentiles. Por esta emulación en la persona de Judas, Israel profano se enciende, y con todo odio se incita a extinguir el nombre del Señor.

CAPÍTULO XXX. Sobre el primer día de los ázimos, en el que se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua?

1. Cuándo se otorgó el nombre cristiano.---El primer día de los ázimos se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua? y lo demás (Mat. XXVI, 17). Se ordena a los discípulos ir a cierto hombre, y decirle que el Señor quería hacer la Pascua con sus discípulos con él. Quienes obedecieron las órdenes, y prepararon la Pascua (v. 19). Pero debían saber a dónde ir, y ser instruidos sobre el nombre del hombre. De lo contrario, inciertos a quién enviar, ¿cómo podrían ejecutar lo que se les había ordenado? Pero el discurso de la profecía se mezcla con los efectos de las cosas presentes. Pues no nombra al hombre con quien iba a celebrar la Pascua. Aún no se había otorgado a los creyentes el honor del nombre cristiano, que verdaderamente son los que contemplan a Dios con los ojos de la mente y la fe: para que supiéramos que los Apóstoles preparaban la Pascua del Señor con aquel a quien en el tiempo del Señor se le añadiría un nuevo nombre.

2. Judas no tomó el cuerpo de Cristo.---Después de lo cual se indica al traidor Judas, sin quien se celebra la Pascua con el cáliz recibido y el pan partido: pues no era digno de la comunión de los sacramentos eternos. Pues se entiende que se fue inmediatamente, ya que se muestra regresando con las multitudes. Ni ciertamente podía beber con el Señor, quien no iba a beber en el reino: cuando a todos, que entonces bebían del fruto de esta vid, les prometió que beberían con él después (v. 29). Y dicho el himno, regresaron al monte (v. 30). Consumadas ciertamente todas las virtudes de los misterios divinos, con alegría y exultación común son llevados a la gloria celestial.

3. Afecto de Pedro hacia Cristo.---También les advirtió sobre su futura debilidad, y que esa misma noche todos serían turbados por el miedo y la infidelidad (v. 31). La certeza de esto también se contenía en la autoridad de la profecía antigua, que al ser herido el pastor las ovejas serían dispersadas (Zac. XIII, 7): pero que él, resucitado, iría delante de ellos a Galilea, para consolar su debilidad con la promesa de su regreso (Mat. XXVI, 32). Pero Pedro, por el fervor de su fe, respondió que aunque los demás se escandalizaran, él nunca se escandalizaría. Pues estaba tan exaltado en afecto y amor por Cristo (v. 33), que no consideraba ni la debilidad de su carne, ni la fe en las palabras del Señor: como si lo dicho por él no fuera a cumplirse. A quien le dice: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces (v. 34). Pero tanto él como los demás prometen que ni siquiera por miedo a la muerte se apartarán de la confesión de su nombre: pues se habían afirmado con la voluntad intrépida de la fe para toda constancia del ministerio.

CAPÍTULO XXXI. Cuando Jesús llegó al huerto llamado Getsemaní, y dice a sus discípulos, Sentaos aquí mientras voy allí a orar, y sobre su alma triste hasta la muerte, sobre el cáliz si es posible que pase de él, sobre el espíritu dispuesto y la carne débil; y de nuevo, Padre, no puede este cáliz pasar si no lo bebo? hágase tu voluntad.

1. Entonces Jesús llegó con ellos al huerto llamado Getsemaní, y dice a sus discípulos, Sentaos aquí mientras voy allí a orar, y lo demás (Mat. XXVI, 36). Había aceptado la fe de los discípulos y la constancia de la voluntad devota hacia él: pero también sabía que serían turbados y desconfiarían. A quienes ordena sentarse en un lugar mientras él avanzaba a orar. Y tomó a Pedro, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Y habiéndolos tomado, comenzó a estar triste y angustiado: y dijo que su alma estaba triste hasta la muerte (v. 37, 38).

2. Se refuta la opinión de quienes atribuyen tristeza, miedo, etc., a la divinidad de Cristo.--- Algunos tienen la opinión de que la tristeza pudo caer en Dios por sí mismo, y que el miedo a la futura pasión lo quebrantó: porque dijo, Mi alma está triste hasta la muerte (v. 38); y

aquello, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (v. 39); y de nuevo, El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (v. 41); y al final, dos veces lo mismo, Padre, si no puede este cáliz pasar, si no lo bebo, hágase tu voluntad (v. 42). Quieren que de la debilidad del cuerpo la aflicción se adhiera al Espíritu: como si la virtud de aquella sustancia incorrupta, la ascensión de la carne la hubiera infectado con su debilidad, y la eternidad hubiera tomado la naturaleza de la fragilidad. Que si está triste por miedo, si está ansiosa por dolor, si está temerosa de la muerte; ya también estará sujeta a la corrupción, y caerá en ella la afección de toda debilidad. Será, por tanto, lo que no era, triste por angustia, ansiosa por temor, aterrada por dolor: y así la eternidad cambiada en miedo, si puede ser lo que no era, pudo igualmente lo que está en ella alguna vez no ser. Pero Dios es siempre sin medida de tiempos: y tal como es, tal es eterno. Pero la eternidad permaneciendo en lo infinito, se extiende en lo que fue, así como en lo que seguirá: siempre íntegra, incorrupta, perfecta, fuera de la cual nada, que pueda ser, queda dejado fuera. No ella en algo, sino dentro de ella todo: capaz de dar así a nosotros lo que es suyo, que nada de lo que es suyo le disminuya al darlo.

3. Quiénes son los autores de esta opinión.---Pero todo su sentido es este, que opinan que el miedo a la muerte cayó en el Hijo de Dios quienes afirman que no fue proferido de la eternidad ni existió de la infinitud de la sustancia paterna, sino que fue hecho de la nada por aquel que creó todo: que fue asumido de la nada, y comenzado de la obra, y confirmado en el tiempo. Y por eso en él la ansiedad del dolor, por eso la pasión del Espíritu con la pasión del cuerpo, por eso el miedo a la muerte: que quien pudo temer la muerte, y puede morir; quien pudo morir, aunque en el futuro será (se sobreentiende eterno), sin embargo, no es eterno por aquel que lo engendró desde el pasado. Que si por la fe y la probidad de vida pudieran ser capaces de los Evangelios, sabrían que el Verbo en el principio es Dios, y esto desde el principio con Dios, y que nació de aquel que era, y que esto está en aquel que nació, lo que él mismo es junto a quien estaba antes de nacer: que la misma eternidad es del que engendra y del engendrado. Por tanto, nada pudo morir en Dios, ni hay miedo alguno en Dios por sí mismo. Pues en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19).

4. La tristeza de Cristo no surgió de sí mismo, sino de los discípulos.---Pero todo este discurso debe ser examinado, para que, ya que leemos que el Señor estuvo triste, encontremos las causas de la tristeza. Había advertido anteriormente que todos se escandalizarían. Pedro, confiando en sí mismo, había respondido que aunque los demás se turbaran, él no se movería: a quien el Señor también respondió que lo negaría tres veces. Pero tanto él como todos los demás discípulos prometen que ni siquiera por miedo a la muerte se apartarán de la confesión de su nombre: pues se habían afirmado con la voluntad intrépida de la fe para toda constancia del ministerio. Y avanzando, ordenó a sus discípulos sentarse mientras oraba. Y habiendo tomado a Pedro, Santiago y Juan, comenzó a estar triste. Por tanto, no está triste antes de tomarlos, y todo el miedo comenzó a ser con ellos tomados: y así la tristeza no surgió de sí mismo, sino de aquellos que había tomado. Y ciertamente se debe recordar que no fueron otros los tomados aquí, que aquellos mismos a quienes el Hijo del Hombre iba a ser mostrado viniendo en su reino, cuando asistiendo en el monte Moisés y Elías, fue rodeado de todo el honor de su gloria eterna (Mat. XVII, 1 y ss.). Pero la misma causa de tomarlos entonces, fue la misma ahora.

5. Tristeza de Cristo hasta, no por la muerte. Cristo teme la blasfemia en el Espíritu de los suyos.---Finalmente dice, Mi alma está triste hasta la muerte. ¿Acaso dice, Mi alma está triste por la muerte (V. lib. X de Trinit. num. 36)? Ciertamente no es así. Pues si el miedo era por la muerte, debía referirse a ella por la cual era. Pero una cosa es temer hasta en eso, otra cosa es temer por eso. Y no causa lo que sea que esté en el final, porque se diferencie hasta en eso que comenzó por otro. Por tanto, había dicho anteriormente, Tropezaréis en mí esta noche

(Mat. XXVI, 31). Sabía que serían aterrorizados, dispersados, negarían: pero porque la blasfemia del Espíritu no se perdona ni aquí ni en la eternidad, temía que lo negaran como Dios, a quien verían azotado y escupido y crucificado. Esta razón se mantuvo en Pedro, quien cuando iba a negar, así negó: No conozco al hombre (Ibid., 72): porque algo dicho contra el hijo del hombre será perdonado. Por tanto, está triste hasta la muerte. No es, por tanto, la muerte, sino el tiempo de la muerte lo que está en miedo: porque después de ella, por la virtud de la resurrección, la fe de los creyentes sería fortalecida.

6. Sigue aquello: Velad y orad conmigo. Y avanzando, se postró sobre su rostro orando (Ibid., 38, 39). Les advierte que permanezcan vigilantes con él. Pues sabía que con el diablo agravándose, su fe sería adormecida: y ordena la misma vigilancia con él, a quienes la misma pasión les amenaza.

7. *Transitum calicis non sibi, sed suis deprecatur.* ---Deinde ora: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz: pero no como yo quiero, sino como tú quieres. Ruega que el cáliz pase de él. ¿Acaso dijo, Pase de mí este cáliz? pues esta sería una oración de quien teme por sí mismo. Pero es diferente pedir que pase de uno mismo a pedir que pase de uno. En lo que pasa de uno mismo, uno mismo es liberado de la molestia del que pasa: pero quien ruega que pase de él, no ora para que él sea pasado por alto, sino para que lo que pasa de él exceda a otro. ¿Era posible que Cristo no sufriera? Sin embargo, ya desde la constitución del mundo este sacramento había sido mostrado en él para nuestra salvación. ¿Acaso él no quería sufrir? Sin embargo, anteriormente había consagrado su sangre a ser derramada para la remisión de los pecados (Ibid., 28). Entonces, ¿cómo dice, Padre, si es posible? y ¿cómo, No como yo quiero, sino como tú quieres? Todo el temor es por aquellos que habrían de sufrir: y por eso, porque no es posible que él no sufra por aquellos que habrían de sufrir después de él, ruega diciendo, Pase el cáliz de mí, es decir, como yo lo bebo, así sea bebido por ellos, sin desconfianza de la esperanza, sin sensación de dolor, sin miedo a la muerte.

8. *Patiendi virtutem eis flagitat.*---Por eso dice si es posible; porque tanto para la carne como para la sangre de estos es un gran terror, y es difícil que los cuerpos humanos no sean vencidos por la amargura de ellos. 803 Pero lo que dice, No como yo quiero, sino como tú quieres: querría ciertamente que ellos no sufrieran, para que no desconfíen en la pasión, sino que merezcan la gloria de su co-herencia sin la dificultad de la pasión. No ruega, por tanto, para que no sufran, diciendo, No como yo quiero: sino que, dice, lo que el Padre quiere, la firmeza de beber el cáliz pase de él a ellos: porque por su voluntad no solo debía ser vencido el diablo por Cristo, sino también por sus discípulos.

9. *Metus Christi causa, infirmitas nostra.*---Después de esto regresa a los discípulos, y los encuentra durmiendo: y reprende a Pedro por no poder velar con él al menos una hora (v. 41). A Pedro, de entre los tres, porque había presumido que no se escandalizaría más que los demás. Indica las causas de su propio temor anterior, diciendo, Orad para que no entréis en tentación (v. 41). Esto era, por tanto, lo que quería; y por eso había entregado en la oración, No nos dejes caer en la tentación, para que nada se permitiera a la debilidad de la carne (Matth. VI, 13). Pero por qué les había advertido que oraran para no caer en tentación, lo muestra diciendo, El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil, no ciertamente de sí mismo: pues esta palabra está dirigida a ellos. ¿O cómo ahora de sí mismo el espíritu está dispuesto, si antes su alma está triste hasta la muerte? Pero ordena velar y orar, para que no caigan en tentación, para que no sucumban a la debilidad del cuerpo: y por eso ora si es posible que pase de él el cáliz, porque toda carne es débil para beberlo.

10. *Passio Christi virtutem nobis contulit patiendi.* ---De nuevo, apartándose, oró, diciendo, Padre, ¿no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba? hágase tu voluntad (Ibid., 42). Para los discípulos que habrían de sufrir, por la justificación de la fe, asumió en sí toda la debilidad de nuestro cuerpo: y con él en la cruz fijó todas aquellas cosas por las que éramos débiles. Por eso lleva nuestros pecados, y sufre por nosotros: porque con el fervor de la fe ardiendo en nosotros, cuando hay que luchar en la batalla de la pasión contra el diablo, todos los dolores de nuestras debilidades mueren con su cuerpo y pasión. Y por eso no puede pasar de él el cáliz, sin que él lo beba: porque no podemos sufrir sino por su pasión.

11. *Discipulorum somnus et variae Christi allocutiones quid significant.*---Pero cuando de nuevo regresó y los encontró durmiendo; muestra que durante su ausencia muchos serán retenidos por un cierto sueño de fe. Pero de nuevo oró, repitiendo lo mismo: y al regresar, quien había ordenado velar, quien había reprendido a los adormecidos, dice, Dormid ya y descansad (v. 45). Después de la oración frecuente, después de múltiples idas y venidas, quita el miedo, devuelve la seguridad, exhorta al descanso, ya seguro de la voluntad del Padre sobre nosotros, diciendo, Hágase tu voluntad: porque al beber el cáliz que pasará a nosotros, absorberá la debilidad de nuestro cuerpo, la preocupación del miedo, y el mismo dolor de la muerte. Pero al regresar a ellos, encontrándolos durmiendo, primero al regresar los reprende, la segunda vez guarda silencio, la tercera ordena descansar: esta es la razón, que primero después de la resurrección los reprenderá dispersos y desconfiados y temerosos: la segunda vez, al enviar el Espíritu Paráclito, los visitará con los ojos cargados para contemplar la libertad del Evangelio. Pues durante algún tiempo, retenidos por el amor a la ley, fueron ocupados por un cierto sueño de fe. Pero la tercera vez, es decir, con el regreso de su gloria, los devolverá a la seguridad y al descanso.

CAPÍTULO XXXII. De Judas, que era uno de los doce discípulos, viniendo a Jesús con una gran multitud para entregarlo; sobre la espada que ordenó a Pedro devolver a su lugar.

1. *In Christum nulla potestas nisi quam dederit.*--- Y aún mientras él hablaba, he aquí que Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud (Matth., XXVI, 47-49). En todo esto hay un orden de la pasión. Pero en el beso de Judas hubo esta razón: para que aprendiéramos a amar a todos los enemigos, incluso a aquellos que sabíamos que se ensañarían contra nosotros. Pues el Señor no rechazó su beso. Pero lo que dijo a Judas, haz lo que haces, permite el poder de su traición bajo la condición de esta palabra. Pues quien tenía el derecho de invocar contra los traidores doce mil legiones de ángeles, mucho más fácilmente podría haber enfrentado los planes y artes de un solo hombre (v. 53). Finalmente, dijo a Pilato: No tendrías poder sobre mí, si no te hubiera sido dado (Job. XIX, 11). Por lo tanto, da poder sobre sí mismo diciendo: Haz lo que haces (Juan XIII, 27): evidentemente porque el crimen de la voluntad se mide por la envidia del hecho, realizaría en realidad lo que ya hacía con la voluntad.

2. *Qui gladio utens gladio peribit.*---Pero uno de los que estaban con él, desenvainando una espada, cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote: y el Señor le dijo: Vuelve tu espada a su lugar. Porque todos los que usan espada, a espada perecerán (Matth. XXVI, 51, 52). Entonces, ¿ya está juzgado aquí que quien usa espada perecerá por espada? Pero no a todos los que usan espada les suele llegar la muerte por espada. Pues muchos son consumidos por fiebre o por otro caso que se presenta, que han usado la espada ya sea por oficio de juicio o por necesidad de resistir a los ladrones. Por lo tanto, el apóstol corta la oreja del siervo del sumo sacerdote: al pueblo que sirve al sacerdocio, por el discípulo de Cristo se corta el oído desobediente, y se amputa lo que era sordo a la capacidad de la verdad. 805 Pero toda la multitud avanzó armada con espadas contra el Señor. Ordenó guardar la espada: porque no

los mataría con espada humana, sino con la espada de su boca. Sin embargo, si según su sentencia todo el que usa espada, pereciera por espada; correctamente se desenvainaba la espada para la muerte de aquellos que la usaban para el crimen.

3. Sacerdotis confessio. Vestis discissio.--- El resto de los hechos tienen un orden. Se buscaron falsos testigos: el sacerdote, ignorante de la misma ley en la que se gloriaba, incluso buscando fe en el juramento de si él era el Cristo: como si la ley y los profetas hablaran de él en secreto. Incluso él mismo confesó a Cristo a su pesar, cuando el Señor dijo: Tú lo has dicho. Al escuchar su majestad, rasgó sus vestiduras, rompiendo evidentemente el velo de la ley con el que estaba cubierto. En las palmas y los escupitajos, para consumir la humildad del hombre, se ejercían sobre él todos los géneros de insultos (Ibid., 59-67).

4. Petri negatio.---Sin embargo, debe observarse cuidadosamente en qué condición negó Pedro: aunque esto se ha tratado anteriormente. Pues primero dijo, que no entendía lo que decía: en segundo lugar, que no se había adherido a él: y en tercer lugar, que no conocía al hombre. Y verdaderamente ya casi sin culpa negaba al hombre, a quien primero había reconocido como Hijo de Dios: sin embargo, porque por la debilidad de la carne o había sido ambiguo, lloró amargamente, recordando que no había podido evitar la culpa de esta vacilación ni siquiera advertido (Ibid., 70-75).

5. Judae poenitentia e mentium arguit infidelitatem. ---Luego es entregado a Pilato, juez de los gentiles. Pues no podía ser juzgado culpable según la ley, él mismo sin engaño ni pecado. Entonces viendo Judas, quien lo entregó, que había sido condenado, y lo demás (Matth., XXVII). Judas, haciendo penitencia, devolvió el precio de la sangre de Cristo a los sacerdotes: para que aunque él mismo fuera el autor de la sangre vendida del justo, sin embargo, la misma confesión del vendedor acusara la infidelidad de los compradores. Quienes respondieron, ¿qué nos importa? Tú verás (v. 4). La confesión es audaz y ciega. Escuchan que han comprado la sangre del justo, y creen que estarán fuera de la culpa del juicio: aunque al decir: Tú verás, constituyen el crimen mismo en el vendedor, pero por el testimonio del vendedor se confirma el crimen de los compradores. Así que apartándose se ahorcó después de que Cristo fue condenado (v. 5). Así, el tiempo de la muerte de Judas está dispuesto de tal manera que bajo la pasión del Señor, con los infiernos y los cielos todos conmovidos y arrancados, y con la administración de todos los elementos asombrada y olvidada de su deber, no sería visitado entre los muertos, ni tendría la oportunidad de penitencia entre los vivos después de la resurrección.

6. Emptio agri figuli de pretio Christi plena mysteriis. ---De los denarios devueltos (Ibid., 6), porque era el precio de la sangre, y no se permitía mezclarse con el corban, es decir, con el dinero de las ofrendas, se compra un campo de alfarero, y se destina para sepultura de extranjeros. Gran sacramento de la profecía en esto y meditación llena de milagro en los hechos de iniquidad. La obra del alfarero es formar vasijas de barro: en cuya mano está, del mismo barro rehacer la vasija o la misma o más hermosa. Pero que el campo sea llamado mundo, está contenido en las mismas palabras de nuestro Señor (Matth. XIII, 38). Por el precio de Cristo, por tanto, se compra el mundo, es decir, se adquiere su totalidad, y se destina para sepultura de extranjeros y pobres. Nada de esto pertenece a Israel, y todo el uso de este mundo comprado es para los extraños: a aquellos, evidentemente, que serán sepultados en el precio de la sangre de Cristo, por el cual todo ha sido comprado. Pues todo lo ha recibido del Padre, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra (Matth. XXVIII, 18): y por eso este campo es del alfarero, porque todo es de Dios, en cuya mano está, como alfarero, rehacernos como quiera. En este campo, por tanto, muertos y sepultados con Cristo, obtendremos el descanso eterno de nuestra peregrinación. En cuya fe se añade la profecía de

Jeremías, para que en la obra de este hecho se mostrara la autoridad de la voz divina mucho antes (Matth. XXVII, 9).

7. Cur sacerdoti: Tu dixisti, Pilato: Tu dicis, responsum est.---Pero al ser preguntado por Pilato, si él era el rey de los judíos, respondió: Tú dices. Pero cuán diferente es la palabra que fue al sacerdote. Pues a aquel que preguntaba, si él era el Cristo, dijo: Tú lo has dicho (Matth. XXVI, 64). Esto es así, porque toda la ley había predicado que Cristo vendría, se responde al sacerdote como de cosas pasadas, porque él mismo siempre había dicho de la ley que Cristo vendría. Pero a este ignorante de la ley, que pregunta si él es el rey de los judíos, se le dice: Tú dices: porque por la fe de la confesión presente es la salvación de las naciones, y que esto lo diga de sí mismo aquel que antes ignoraba, lo que niegan aquellos que antes hablaban.

CAPÍTULO XXXIII. De Pilato: cuando estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensaje, diciendo: No tengas nada que ver con este justo. De los que pasaban junto a la cruz que movían sus cabezas, y decían: Este es el que destruía el templo, y en tres días lo reedificaba.

1. Pilati uxor, gentium plebs. Lotio manuum Pilati.---Pero mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensaje, diciendo: No tengas nada que ver con este justo (Matth. XXVII, 19). En ella está la figura del pueblo de los gentiles: que ya fiel, llama al pueblo incrédulo con el que convivía a la fe de Cristo. Que porque ella misma ha sufrido mucho por Cristo, invita a la misma gloria de la esperanza futura a aquel con quien convivía. Finalmente, Pilato se lavó las manos, y testificó al pueblo judío que era inocente de la sangre del Señor (v. 24): porque al recibir los judíos sobre sí y sus hijos la culpa de la sangre derramada del Señor, el pueblo de los gentiles se lava diariamente en la confesión de la fe (v. 25).

2. Barabbas quid.--- Al ofrecer Pilato, según el privilegio del día solemne, en el que se debía liberar a uno de los reos, a Jesús para que lo absolviera (Ibid., 17): el pueblo, instigado por los sacerdotes, eligió a Barrabás (v. 20, 21). La interpretación del nombre de Barrabás es hijo del padre. Ya se muestra aquí el misterio de la futura infidelidad, prefiriendo al hijo del padre, es decir, al anticristo, hombre de pecado e hijo del diablo, a Cristo: y más bien eligen, instigados por sus príncipes, al reservado para la condenación, que al autor de la salvación.

3. Chlamys coccinea et purpurea. Corona spinea. Calamus in manu. In capite.---Luego de azotado el Señor, se le impone una clámide escarlata, y una vestidura púrpura, y una corona de espinas, y una caña en la mano derecha, y puesto de rodillas es adorado en burla. Habiendo asumido evidentemente todas las debilidades de nuestro cuerpo, luego es bañado en el color del escarlata con la sangre de todos los mártires, a quienes se debía el reino con él: y es vestido con el precioso honor de los profetas y patriarcas, en la púrpura. También es coronado con espinas, es decir, con los pecados de las naciones que antes lo herían: para que de las cosas perniciosas e inútiles, que rodean su cabeza, es decir, a Dios, se buscara gloria de los pecados. Pues hay un aguijón en las espinas, de las cuales se teje la corona de victoria para Cristo. En la caña, además, se fortalece la debilidad e inanidad de las naciones en la mano. Incluso se le golpea en la cabeza. A la cabeza, creo, no es gran injuria el golpe de la caña: pero se guarda en ello una razón típica, para que la debilidad de los cuerpos de los gentiles, antes comprendida en la mano de Cristo, también se someta a Dios Padre, que es su cabeza. En todo esto, sin embargo, Cristo es adorado mientras es burlado (Ibid., 28-30).

4. Procedentes autem, homini quidam Cyrenensi lignum passionis imponunt. Indigno era el judío para llevar la cruz de Cristo: porque estaba reservado a la fe de los gentiles, tanto tomar

la cruz como sufrir con él. El lugar de la cruz, además, es tal que, puesto en medio de la tierra, y como en la cima de este universo, fuera igual para todas las naciones para alcanzar el conocimiento de Dios. También rechazó beber el vino mezclado con hiel que se le ofreció: pues la amargura de los pecados no se mezcla con la incorruptibilidad de la gloria eterna. Su vestidura, además, dividida por sorteo más que rasgada, indicaba la incorruptibilidad del cuerpo que habría de permanecer (Ibid., 32-35).

5. *Latronum situs quid repraesentet.*---Y así en el madero de la vida, la salvación y vida de todos es suspendida: a la cual dos ladrones son fijados, a la izquierda y a la derecha, (y por eso con él, para que se entendiera que la muerte de los hombres difiere de la muerte del Unigénito: pues él entregó el espíritu voluntariamente cuando quiso, a estos les fueron quebradas las piernas (Lucas XXIII, 33) mostrando que toda la humanidad es llamada al sacramento de la pasión del Señor. Pero porque por la diversidad de fieles e infieles se hace la división de todos según la derecha y la izquierda: uno de los dos, situado a la derecha, es salvado por la justificación de la fe (Ibid., 43). Se añade también aquel oprobio, por el cual el mismo Israel se acusaría de infidelidad, cuando se dice: Este es el que destruía el templo de Dios, y en tres días lo reedificaba, y lo demás (Matth. XXVII, 40). No era difícil descender de la cruz: pero era un sacramento que debía cumplirse según la voluntad del Padre. Pero ¿se pone esto como lo más grande de todo, y como lo más difícil? ¿Qué perdón habrá, cuando después de tres días se vea el templo de Dios reedificado en la resurrección del cuerpo? Pero que ambos ladrones le reprochan la condición de su pasión (v. 44); significa que también para todos los fieles será un escándalo la cruz.

6. *Triduum mortis Christi. Derelictio Christi a Deo. Aceti potati mysterium.*---La noche del día, es la división de los tiempos. Así se completa el número de tres días y tres noches: y se siente el misterio oculto de la operación divina con el asombro de toda la creación. El clamor a Dios, es la voz del cuerpo, testificando la disensión del Verbo de Dios que se retira de él. Finalmente, exclama por qué es abandonado, diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (v. 46). Pero es abandonado; porque también debía ser llevado a cabo como hombre en la muerte. Incluso esto, que después de haber bebido el vinagre dado en una esponja con una caña, proclamando entregó el espíritu, es digno de ser observado cuidadosamente (Ibid., 48-50). El vino es tanto honor de la inmortalidad como virtud, que se agría por el vicio o negligencia o del recipiente. Esto, por tanto, cuando en Adán se había agriado, él mismo lo tomó y bebió de los gentiles. Pues en la caña se le ofrece para beber de la esponja, es decir, de los cuerpos de los gentiles tomó los vicios de la eternidad corrompida; y en sí mismo y en la comunión de la inmortalidad transfundió los vicios que había en nosotros. Finalmente, en Juan, después de haber bebido, dijo: Consumado es (Juan XIX, 30): porque había absorbido todo vicio de la corrupción humana. Y porque no había nada que hacer externamente, entregó el espíritu con clamor y gran voz (Matth. XXVII, 50): lamentando no llevar los pecados de todos.

7. Lo que siguió a la muerte de Cristo.--- Y enseguida el velo del templo se rasga: porque desde entonces el pueblo se divide en partes, y el honor del velo con la custodia del Ángel protector se retira. La tierra se mueve: pues no podía soportar a este muerto. Las rocas se partieron: porque la palabra de Dios, penetrante y poderosa, y el poder de la virtud eterna irrumpieron en todo lo que era fuerte y sólido. Y los sepulcros se abrieron: pues las barreras de la muerte fueron abiertas. Y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron: iluminando las tinieblas de la muerte, y alumbrando las oscuridades del infierno, en la resurrección de los santos que se manifestaban en el presente, despojaba a la muerte misma de sus trofeos. Pero para que se acumulara el crimen de la infidelidad en Israel; el

centurión y los guardias, al contemplar esta perturbación de toda la naturaleza, confiesan al Hijo de Dios (Ibid. 51-54).

8. Sepultura de Cristo.---Lo que sucedió cuando José pidió a Pilato que devolviera el cuerpo, y se envuelve en una sábana, y se coloca en un sepulcro nuevo excavado en la roca y se rueda una piedra a la entrada del sepulcro (Ibid., 58-60): aunque es el orden de los hechos, y era necesario que fuera sepultado aquel que resucitaría de entre los muertos; sin embargo, cada detalle se expresa no sin algún significado. José tiene la apariencia de los apóstoles: y por eso, aunque no estaba en el número de los doce apóstoles, se le llama discípulo del Señor. Él envuelve el cuerpo en una sábana limpia. Y de hecho, en este mismo lienzo encontramos que desde el cielo se le presentaron a Pedro todas las especies de animales (Act. X, 12). De lo cual quizás no se entiende sin razón que, bajo el nombre de este lienzo, la iglesia es sepultada con Cristo: porque entonces en él, como en la confusión de la iglesia, se acumuló la diversidad de animales puros e impuros. Por lo tanto, el cuerpo del Señor es introducido como por la doctrina de los apóstoles en el descanso vacío y nuevo de la piedra excavada: es decir, Cristo es introducido en el pecho de la dureza gentil, excavado por una obra de doctrina, rudo y nuevo, y antes inaccesible al temor de Dios. Y porque nada más que él debe penetrar en nuestros corazones, se rueda una piedra a la entrada: para que, como antes no había sido introducido en nosotros ningún autor de conocimiento divino, después de él no se introduzca ninguno. El miedo al robo del cuerpo y la custodia y sellado del sepulcro es testimonio de la necedad e infidelidad: porque quisieron sellar su sepulcro, de quien habían visto resucitar a un muerto por su mandato.

9. Resurrección el día del Señor. El ángel como primer testigo. Por qué primero a las mujeres.---El movimiento de la tierra en la mañana (Matth. XXVIII, 2), es la virtud de la resurrección del día del Señor: cuando, al romperse el aguijón de la muerte y al iluminarse sus tinieblas, al resucitar el Señor de las Virtudes celestiales, se conmueve la inquietud de los infiernos. Pero el ángel del Señor descendiendo del cielo, y removiendo la piedra, y sentado en el sepulcro, es el signo de la misericordia de Dios Padre, enviando los ministerios de las Virtudes celestiales al Hijo resucitante de los infiernos. Y por eso él mismo es el primer testigo de la resurrección, para que la resurrección fuera anunciada con un cierto servicio de la voluntad paterna. Pero enseguida el Señor se encuentra con las mujeres animadas por el ángel, y las saluda (Ibid., 9): para que, al anunciar la resurrección a los discípulos que esperaban, no hablaran más bien por boca de ángeles que de Cristo. Que las mujeres sean las primeras en ver al Señor, ser saludadas, postrarse a sus pies, y ser enviadas a anunciar a los apóstoles; es un orden devuelto al contrario de la causa principal: para que, así como de este sexo comenzó la muerte, a él primero se le devolviera la gloria, la visión, el fruto y el anuncio de la resurrección. Sin embargo, se compra el silencio de la resurrección de Cristo con dinero por parte de los guardias que vieron todo esto 811, y la mentira del robo con el honor del mundo y la codicia, porque en el dinero está su honor, se niega la gloria de Cristo (Ibid., 12, 13).

1. Los príncipes de los sacerdotes, que debieron convertirse al arrepentimiento y buscar a Jesús resucitado, perseveran en la maldad: y el dinero, que había sido dado para los usos del templo, lo convierten en la redención de la mentira, como antes los treinta denarios que los judíos (Hieron. Judae) habían dado al traidor. Todos, por tanto, que abusan de la ofrenda del templo y de lo que se confiere para los usos de la Iglesia en otras cosas para cumplir su voluntad, son semejantes a los Escribas y sacerdotes, redimiendo la mentira y la sangre del Salvador.

2. Pero los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado (v. 16). Después de la resurrección, Jesús es visto en el monte y en Galilea, y allí es adorado, aunque algunos dudan, y su duda aumenta nuestra fe.

3. Entonces se manifiesta más claramente a Tomás: y muestra el costado herido por la lanza, y las manos fijadas con clavos. Jesús se acercó y les habló diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra (v. 18). A él se le ha dado potestad, quien poco antes fue crucificado, quien fue sepultado en el sepulcro, quien yació muerto, quien después resucitó. En el cielo y en la tierra se le ha dado potestad: para que quien antes reinaba en el cielo, reine en la tierra por la fe de los creyentes. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (v. 19). Primero enseñan a todas las naciones, luego a las enseñadas las sumergen en agua. Pues no puede ser que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo, si antes el alma no ha recibido la verdad de la fe. Son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: para que de quienes es una divinidad, sea una la concesión; y el nombre de la Trinidad es un solo Dios.

4. Enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (v. 20). Orden principal: mandó a los apóstoles que primero enseñaran a todas las naciones, luego las sumergieran en el sacramento de la fe, y después de la fe y el bautismo, les ordenaran lo que debían observar. Y para que no pensemos que son leves y pocas las cosas que se mandan, añadió: Todo lo que os he mandado: para que quienes crean, quienes sean bautizados en la Trinidad, hagan todo lo que se les ha mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros (los manuscritos añaden, todos los días) hasta la consumación del siglo. Quien promete estar con los discípulos hasta la consumación del siglo, muestra que ellos siempre vivirán, y que él nunca se apartará de los creyentes. Y quien promete su presencia hasta la consumación del mundo, no ignora aquel día, en el que sabe que estará con los apóstoles.